

3

10485



1060904

DL 1303

DL 1303

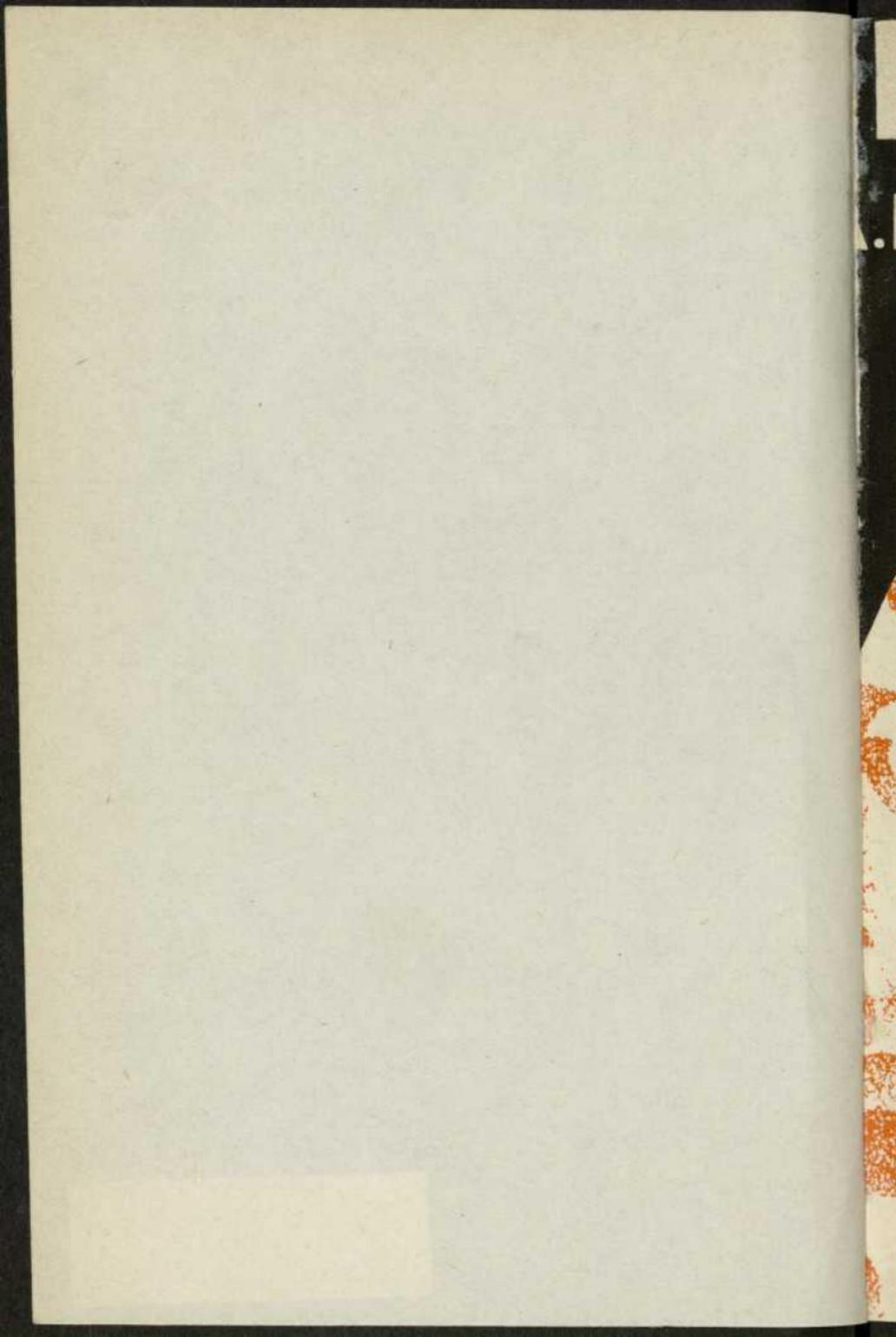
T. 45131

60904

BPE Burgos



3360904 DL 1303



FLORES

A. RISCO

DRAMATICAS

escenas  
representables

covadonga por

sevilla por

la fundacion de

genoveva de

quién fu

primero di

ARRIBAS B.

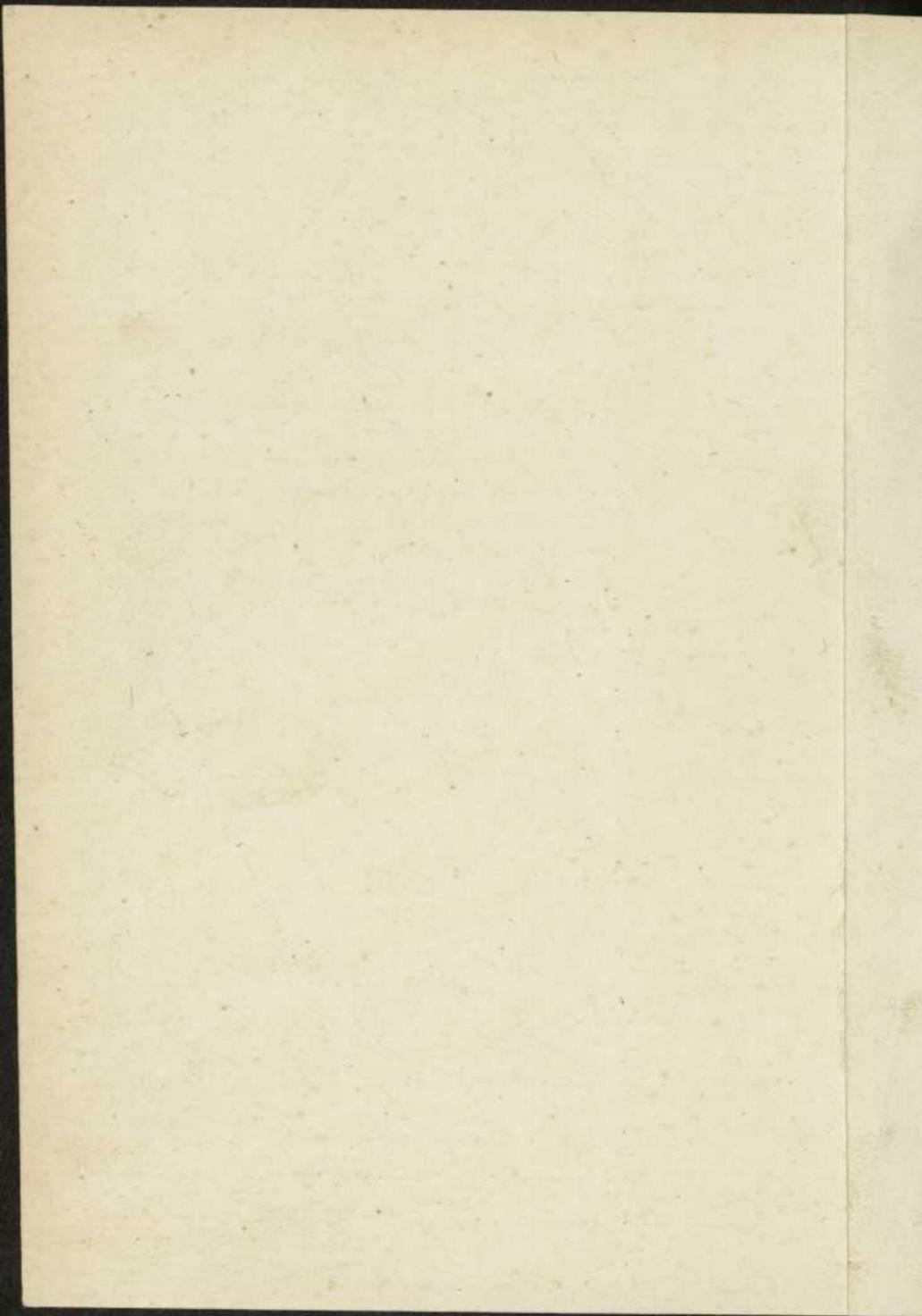
maria

maria

salamanca

de brabant

era obispo



FLORES DRAMATICAS

## Obras del mismo autor

---

- Flores silvestres*. Novela. (4.<sup>a</sup> edición.) Ptas. 4.
- Emigración*. Novela. (3.<sup>a</sup> edición.) Ptas. 4.
- Los que triunfan*. Novela. (2.<sup>a</sup> edición ilustrada.) Ptas. 5.
- Mariela*. Novela. (2.<sup>a</sup> edición.) Ptas. 5.
- Claveles sevillanos*. Novela. Ptas. 4.
- Paso a paso*. Novela. (2.<sup>a</sup> edición.) Ptas. 2.
- Caramelos de menta*. Cuentos. Ptas. 3,50; en tela, 4,50.
- Clavellina y otros cuentos*. (2.<sup>a</sup> edición.) Ptas. 3.
- Tristes y alegres*. Cuentos. (2.<sup>a</sup> edición.) Ptas. 2.
- Pepín*. Cuento. (2.<sup>a</sup> edición ilustrada.) Ptas. 0,75.
- Mil-Hombres*. Biografía del General Romero Palomeque. (3.<sup>a</sup> edición.) Ptas. 5.
- La Escuadra del Almirante Cervera*. Narración histórica. (3.<sup>a</sup> edición.) Ptas. 3.
- Juan de la Tierra*. Narración histórica. (3.<sup>a</sup> edición.) Ptas. 3.
- La ley marcial y Narraciones históricas*. (2.<sup>a</sup> edición.) Ptas. 3.
- Amor de madre*. Poesías. (3.<sup>a</sup> edición.) Ptas. 2.
- Vida de Santa Teresa de Jesús*. (2.<sup>a</sup> edición.) Ptas. 5,50.
- Biografía del Excmo. Sr. D. Pascual Cervera y Topete*. 4.<sup>o</sup> mayor. 400 grabados. En tela, ptas. 18.
- El P. Francisco de Paula Tarín*. Biografía. Ptas. 5; en tela, 7.
- El P. Juan de la Cruz Granero*. Biografía. Ptas. 4.

R. 98. 019

# Flores dramáticas

Escenas representables

por el

P. Alberto Risco



Editorial «Razón y Fe», S. A.  
Exclusiva de venta: Ediciones FAX  
Plaza de Santo Domingo, 14. - Apartado 8001  
Madrid

**Nihil obstat:**  
**ANTONIUS VALLE**  
Cens. eccles.

**Imprimase: )**  
**DR. MANUEL RUBIO CERCAS**  
Provic. Gen.  
*Madrid, 9 de abril 1932*

---

ES PROPIEDAD

---

PRINTED IN SPAIN

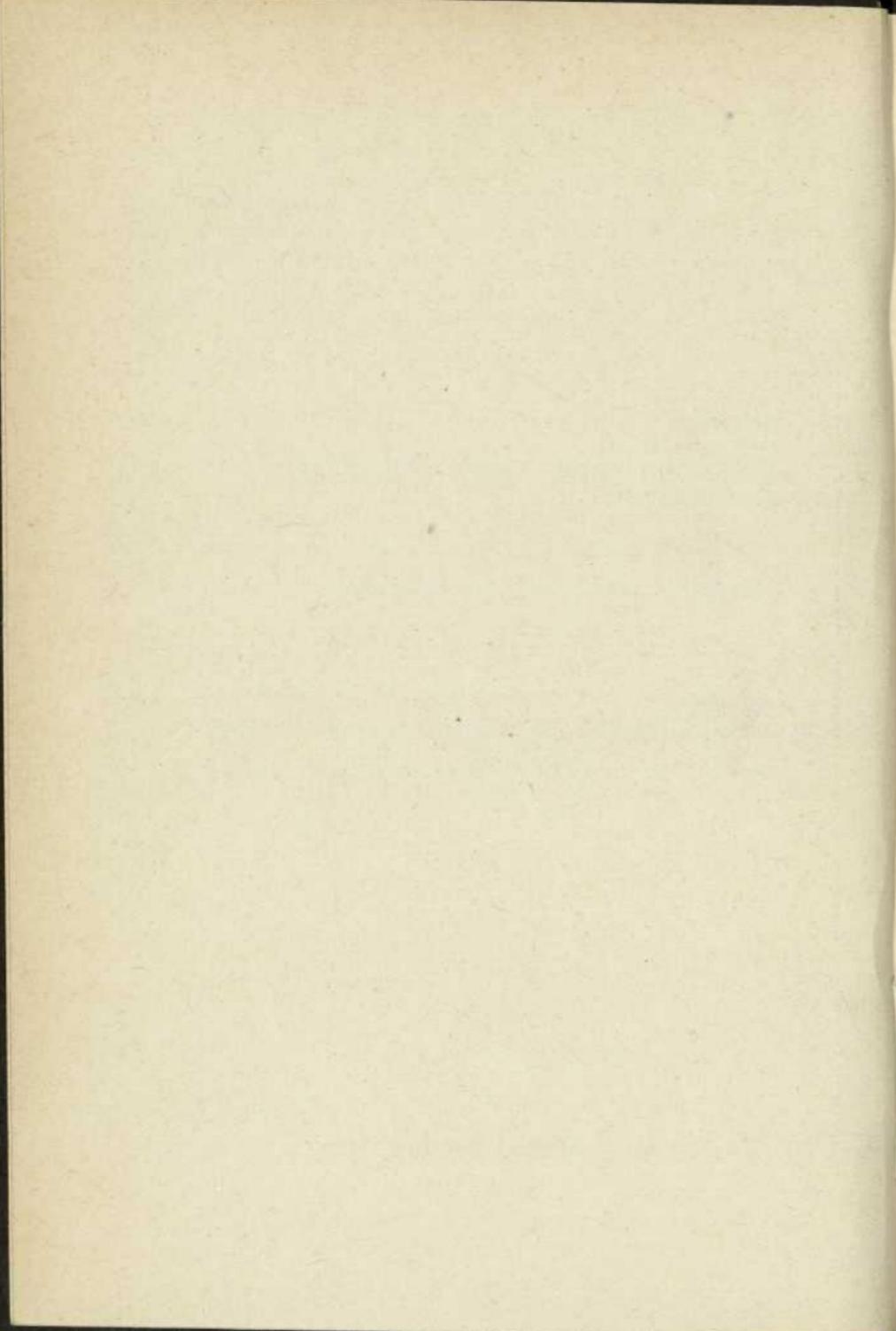
# ¡Covadonga por María!

---

Ensayo dramático en tres actos

---

Escrito expresamente para la Congregación de la Virgen  
Santísima y San Estanislao.- Iglesia de San Francisco de Borja  
Madrid



---

---

## OBSERVACION

---

Al querer cimentar sobre datos históricos la trama de mi ensayo dramático, me encuentro con que la crítica moderna ha tendido el caos más nebuloso sobre la historia de esta memorable hazaña de nuestra Patria. Hasta tal punto, que don Julio Somoza, en su obra *Gijón en la Historia general de Asturias*, se ha atrevido, por supuesto sin aducir prueba convincente ninguna, a negar la veracidad del hecho.

Este mismo caos en que la crítica envuelve la batalla de Covadonga, le permite al poeta desplegar algún tanto libremente las alas de su fantasía, porque si lo único cierto que nos deja esa alambicada *señora* es que se dió una batalla, y que *debió darse* cerca de Cangas de Onís y que la ganó Pelayo, hijo de Favila, duque de Cantabria, y que *tal vez* pudo intervenir en ella un milagro de la Providencia divina, el poeta queda en libertad para fundar la trama en las tradiciones y en el relato de las antiguas Crónicas, que, al fin y al cabo, no dejan de tener grande autoridad, aunque la crítica no las declare del todo auténticas y verídicas, ya que no las da por del todo apócrifas o mentirosas.

Estas leyendas, más o menos autorizadas, se fundan en los antiguos Cronicones. La entrevista de Pelayo con don Oppas, a quien hago, con la mayor parte de los críticos, hermano de Witiza y no hijo suyo, está citada casi del mismo modo en todos los referidos Cronicones. La trae el Albeldense, el de San Sebastián, obispo de Salamanca, el Silense, el *Chronicon Mundi*, de Lucas de Túy, y el libro *De rebus Hispaniae*, de Rodrigo Jiménez, arzobispo de Toledo. Alfonso X el Sabio lo copia de ellos como cosa cierta.

Creo, pues, que la presencia de este personaje está bien autorizada.

Lo mismo diré de la de Munuza, que vino con don Oppas, y

sobre el cual se ha discutido acaloradamente, sin sacar nada en claro.

La del ermitaño, que anima a don Pelayo a la lucha y le acoge en la cueva de Covadonga, es Leyenda, que, aunque no admitida como cosa histórica, se relata en varios autores de tiempos antiquísimos, como lo prueba y puede verse en las *Memorias de la Real Academia de la Historia*, tomo IX, año 1879, página 71, y hacen mención de ella el Diccionario *Espasa*, letra C, Tomo XV, *Covadonga*, y el P. Zacarías García, S. J., en el tomo IX de la Colección "Grandezas Españolas", editada por *Razón y Fe*.

De los demás personajes, cuando sea necesario hacer alguna mención la haremos en notas.

El primer acto se refiere a la huida de Pelayo hacia la cueva, cuando, según el Cronicón de Sebastián, obispo de Salamanca, al saber que venían contra él los sarracenos, trayendo consigo a don Oppas, con objeto de llevarle preso a Córdoba, "se retiró a un lugar del monte Auseba, que se llama cova de Santa María; poco tiempo después se vió cercado el rey Pelayo por el enemigo..." El segundo acto se funda en el mismo Cronicón, al decir: "Y acercándose a él Oppas, le habló en estos términos: Hermano, estoy seguro que trabajas inútilmente..."

Todo lo que la crítica da ya por seguramente apócrifo, como los amores de Munuza con la hermana de Pelayo, etc., etc., lo omito aun en los relatos que entre sí tienen los personajes.

---

---

## PERSONAJES

---

DON PELAYO, duque de Cantabria.

CONDE PABLO.

MARQUÉS DON RAMIRO.

MONJE, que acompaña al conde Pablo.

ERMITAÑO, que habita la cueva de Covadonga.

DON OPPAS, arzobispo de Sevilla y antes de Toledo.

MUNUZA, valí de Gijón (mahometano).

SIGBERTO, soldado de las huestes españolas.

VACRILA, aldeano (de los montes astures).

UN DECURIÓN, del ejército de don Pelayo.

ALDEANO 1.º, de los montes astures.

ALDEANO 2.º, de los montes astures.

UN ESPÍA, de los astures de don Pelayo.

PAJE 1.º, que lleva el cetro en el primer acto.

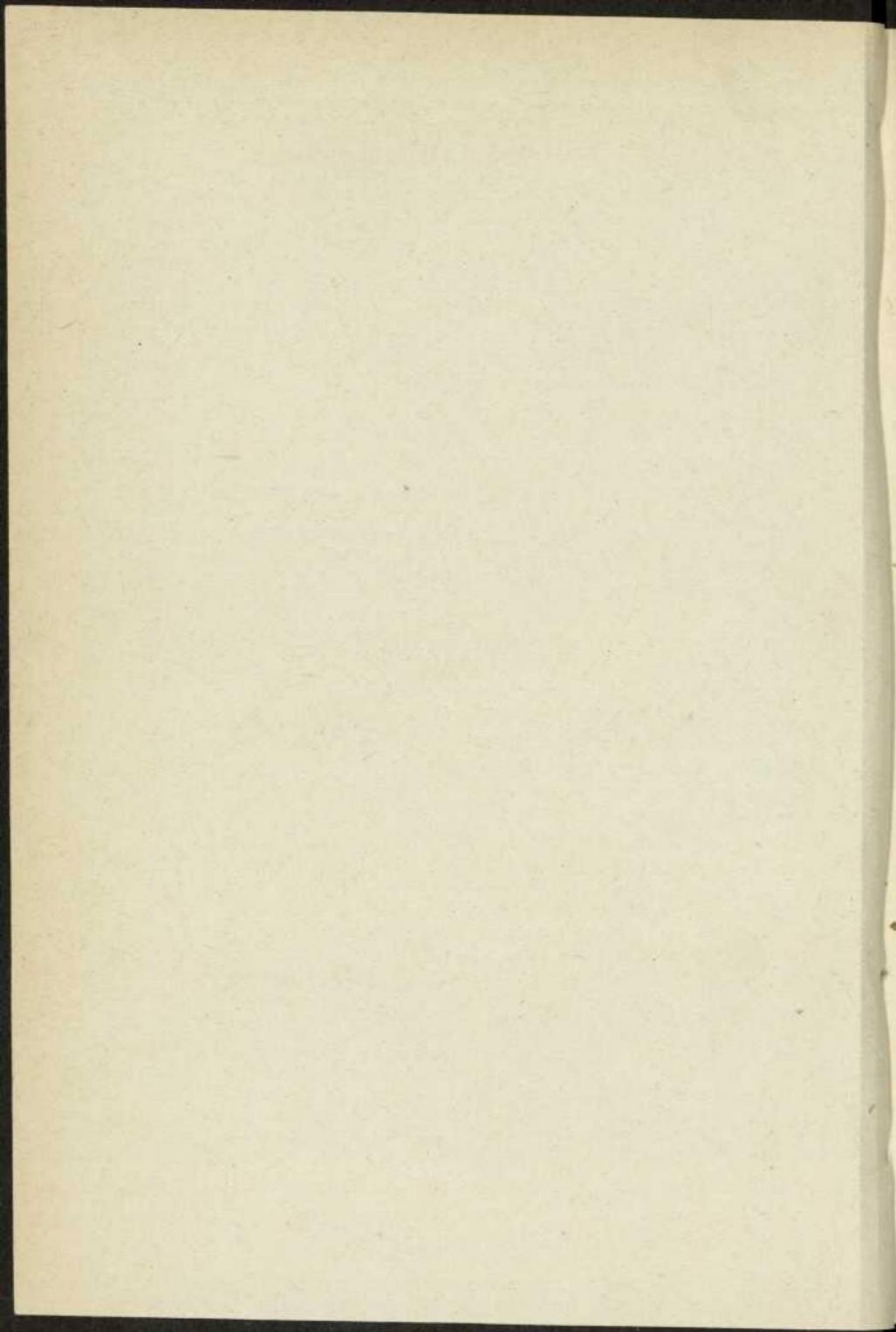
PAJE 2.º, que lleva la corona.

SOLDADO 1.º, de don Pelayo.

SOLDADO 2.º, de don Pelayo.

UN ESCUDERO, de don Ramiro.

Coro de aldeanos en el primer acto y coro de guerreros en el segundo.



---

---

## ACTO PRIMERO

---

Decoración ordinaria de bosque muy espeso. Al levantarse el telón aparece Vacrila, sentado sobre una piedra, limpiando la reja de un arado romano. Sigberto, a su lado de pie, en traje de soldado, apoyando su cuerpo sobre un lanzón.

Derecha e izquierda, las del espectador.

### ESCENA I

Vacrila y Sigberto

VACRILA

Ya ves; echada la suerte,  
entre vivir o morir,  
prefiero esclavo vivir  
a encontrar segura muerte.  
¡Y si la nobleza diera  
el ejemplo... menos mal!  
mas... ¡sonó la hora fatal!  
¡no hay enhiesta una bandera!  
¡Todo se rinde al musulín!  
La nobleza, el clero, todos;  
Tárif domina a los godos  
de un confin a otro confin.  
Y, pues el hado inhumano  
a esclavitud nos condena,  
¡venga pronto la cadena  
del temido mahometano!

SIGBERTO

¿Temido? ¡Es poco! ¡Cruel!  
¡Y aun cruel no expresa nada!  
¡Fuego brota su mirada!  
¡Su sonrisa, amarga hiel!  
Yo en esos bosques cercanos  
pude esquivar sus alfanjes,  
al ver rotas mis falanges  
en los montes Carpetanos!  
Y huyendo, sin descansar,  
sin dormir en cuatro días,  
entre miedos y agonías,  
a Asturias pude llegar.  
Acaso, de este rincón  
no dé Tárfif con la pista,  
pues, si da... ¡Dios nos asista!  
¡Adiós, gótica nación!

VACRILA

¡No es tanto! ¡Desecha el miedo!  
¿No dicen todas las gentes  
que se han mostrado clementes  
con la ciudad de Toledo?  
¿Que nos dejan nuestros cultos,  
nuestra hacienda, nuestra vida?...  
No es gente tan homicida;  
no deben ser tan incultos.  
Peor camino ha tomado  
ése, que se quiere alzar  
contra Tárfif, y excitar  
al pueblo, ya sosegado.

SIGBERTO

¿Quién, Pelayo?

VACRILA

El mismo.

SIGBERTO

¡Un loco!

Nadie ha de seguirle aquí.  
Lo digo, al menos, por mí.

VACRILA

Pues, por mi parte, tampoco.  
Que se deje de algaradas  
y de luchas peligrosas;  
porque hay que tomar las cosas  
como vienen encauzadas.  
¡Si esperanza de vencer  
se encontrara en la porfia!...

SIGBERTO

Ser valiente en demasía  
nos puede comprometer.  
Vacrila, tú has acertado;  
y yo contigo me quedo;  
dejemos al lanzón quedo  
y empuñemos el arado.

VACRILA

*(Mirando hacia el lado derecho.)*  
¿Quién se acerca?... ¡Ah! Ya lo entiendo.  
Un godo de la nobleza  
que busca en esta aspereza  
un asilo.

SIGBERTO

Viene huyendo.  
Se ve en su cara, en su andar.

## ESCENA II

Dichos y don Pelayo

PELAYO

*(Entra, lado derecho. Trae una lujosa sobreveste, espada, daga y capacete de guerra.)*

Buena gente, Dios os guarde.

*(Aparte.)* ¡Vamos, no he llegado tarde!

¡Aún le tengo que esperar!

*(Alto.)* ¿No ha pasado por aquí algún noble? ¿Le habéis visto?

SIGBERTO

¿Un goda noble? ¡Por Cristo

que es el que hace poco vi!

Pero pronto se perdió

entre las breñas subiendo;

íbamos los dos huyendo,

y él huía más que yo.

PELAYO

*(Con ira.)* ¡Villano! ¡Si no te callas,

te coso con mi puñal!

¡Vil ralea criminal,

no sois godos, sois canallas!

¡El que busco no es mujer,

no es goda; es hombre; es un goda;

VACRILA

*(Sumiso.)* ¡Señor, como el mundo todo,

hoy sólo piensa en ceder...

PELAYO

¿Todos? ¡Mientes! ¡Pronto el rayo

se fraguará en esta tierra!

SIGBERTO

(*Riendo.*) Y ese rayo de la guerra  
¿quién será?

PELAYO

¡Yo, ¡Don Pelayo!

(*Al oír el nombre, ambos se aterran y se dirigen hacia la izquierda, como para huir.*)

SIGBERTO

¡El duque!

VACRILA

(*Aparte a Sigberto.*) ¡Huyamos! No sepa  
lo que hablábamos! (*Retroceden hacia la izquierda.*)

PELAYO

(*Con ironía.*) ¡Marchad!  
¡Dejadme solo! Y trocad  
ese arado en una rueca.

VACRILA

(*Ya desde el extremo izquierdo.*)  
Nos vamos a la oración.  
Ya la campana ha tañido;  
y el pueblo estará reunido  
en la iglesia.

PELAYO

¡Sí! ¡Es razón!  
¡Alzad al cielo las manos! (*Ironía.*)  
¡Pedid al cielo que os guarde!...  
¡De oraciones de cobarde  
se burlan los mahometanos!  
(*Vanse los dos izquierda.*)

## ESCENA III

Pelayo

¡Estoy solo en la boca del abismo!  
 ¡Solo, en medio de un pueblo, que aún respira;  
 Mas... ¿qué esperanza ya su vida inspira?  
 ¡Tengo miedo, al pensarlo, de mí mismo!  
 El cáliz de la cólera del cielo,  
 gota a gota, se vierte sobre España.  
 ¿Y han de quedar las heces de su saña  
 para abrevarte a ti, mi patrio suelo?  
 ¡Y qué amarga es la copa de tu ira,  
 Dios fuerte del Siná! ¡Qué dura mano  
 la que azota la espalda del cristiano,  
 que sin honor, sin libertad se mira!  
 ¡Guadalete fatal, si de la Historia  
 te pudiera borrar la sangre mía,  
 mi sangre toda con placer daría  
 por no dejar de ti ni la memoria!  
 ¡Aún queman mis pupilas las visiones  
 del día del castigo y del estrago!  
 ¡La sangre en torno mío formó un lago  
 que impedía el andar a los bridones!  
 ¡Yo vi a Rodrigo pelear con brío...  
 vi rodar su corona por la orilla...  
 y con ella la honra de Castilla  
 vi sepultarse en el fangoso río... (Pausa.)  
 ¡Tarde de execración, de estéril lloro!...  
 ¡Poco después, la luna nacarada  
 vió el cadáver de España, estrangulada  
 entre las vueltas del turbante moro! (1)  
 Marché a Toledo; Urbano, su prelado,  
 me entregó de su iglesia las riquezas,  
 y de Asturias busqué las asperezas,  
 guardando aquí tesoro tan sagrado... (Pausa.) (2)

(1) La presencia de Pelayo en la batalla de Guadalete la confirma el P. Mariana, y varios de los Cronicones antiguos, citados ya.

(2) P. Mariana.—H. de E.

¡Y a buscarlo vendrás, pueblo precito!  
 ¡Y estoy solo!... ¡Señor, oye mis cuitas! (*Con cierta desesperación.*) ¡Si sacas de las piedras israelitas, haz godos de estas rocas de granito! (*Pausa. Se sienta en la roca que hay en primer término, en donde apareció sentado Vacrila.*)

(*Hablado.*)

¿Y para qué me cita don Ramiro, ese marqués, cobarde y apocado?  
 ¡Ahí viene. No me fio! Disgustado con mi conducta ha días que le miro. (*Se levanta y va a su encuentro.*)

(*Al quedarse Pelayo sentado sobre la piedra, comienza dentro el coro.*)

#### CORO

¡Piedad, Señor, piedad tu pueblo implora!  
 el pueblo fiel, que siempre te adoró;  
 hoy, sin hogar, cautivo y triste llora,  
 hoy a tus pies implora tu perdón.

#### UN TIPLE (*Solo.*)

Cuando mis padres—tus hijos fueron,  
 cuando cumplieron—tu santa Ley,  
 iban los genios—de la victoria,  
 iba la gloria—junto a su rey.

#### OTRO TIPLE (*Solo.*)

Hoy que tus leyes—han despreciado,  
 y del pecado—fueron en pos,  
 perdidos lloran—sus patrios lares,  
 sin sus altares—sin rey ni Dios.

#### CORO

¡Piedad, Señor, piedad tu pueblo implora!...  
 (*Repíte.*)

## ESCENA IV

Pelayo y don Ramiro, en traje de guerrero (lado derecho).

RAMIRO

¡Salve, duque de Cantabria!

PELAYO

¡Salud, noble don Ramiro!

RAMIRO

¡Sois puntual a la cita!

PELAYO

¡No diré de vos lo mismo,  
que ha tiempo que os esperaba  
impaciente en este sitio!

RAMIRO

Perdonad; pero en el valle  
sabéis que tengo el castillo,  
y estoy, con mis hondas penas,  
desmazelado y rendido.

PELAYO

Y aun comienza la jornada  
para entrambos, don Ramiro;  
porque éstos montes astures  
de las águilas son nido,  
que en vuelo nervioso y fuerte  
se lancen desde estos riscos  
para cebarse en las carnes  
morenas de esos vampiros.

RAMIRO

Para eso precisamente  
os di cita en este sitio.

## PELAYO

¡Dios os lo pague, marqués!  
 ¿Queréis combinar de fijo  
 alguna astuta celada?  
 ¡Contad al punto conmigo!  
 La sangre, que en Gúadaleta  
 reservé, no fué egoísmo  
 ni cobardía; la quise  
 para ofrecerla a Ramiro  
 o a cualquiera que se alzase  
 para ser nuestro caudillo!

## RAMIRO

¡Calma, don Pelayo, calma!  
 Sois hijo de Recesvinto,  
 y sabemos que aquel rey  
 era un loco torbellino.  
 A mí me educó Witiza,  
 pozo de prudencia y tino;  
 y, antes de emprender hazafías,  
 sus consecuencias medito.

## PELAYO

¡Witiza! ¡El prudente rey! (*Como recordando.*) Tan prudente, tan medido,  
 que a traición mató a mi padre  
 Favila; y el que a mi tío,  
 Teodofredo, con prudencia  
 sepultó en la cárcel vivo,  
 y le sacó los dos ojos  
 con prudencia y con sigilo!  
 ¿Y qué hiciera aquí Witiza,  
 el prudente, el... asesino?

## RAMIRO

Dejando a Witiza a un lado,  
 pues no sois de su partido,  
 vengo en nombre de los nobles,

de los godos de prestigio,  
a reprender la actitud  
que habéis tomado.

## PELAYO

(*Indignado.*)                    ¡Ramiro!  
¡Que estamos solos, que estamos  
con armas, que somos hijos  
de dos familias rivales,  
y que hay de por medio abismos  
de odios, que el fondo ignoran,  
de recuerdos de asesinos!  
Si queréis salvar los restos  
de nuestro roto prestigio;  
si queréis que estos jirones  
que vagan por el vacío  
de nuestras pasadas glorias,  
los colguemos ahora mismo  
de los brazos redentores  
de la Cruz de Jesucristo,  
y nos lancemos con ellos,  
bajando desde estos riscos  
a recobrar, palmo a palmo,  
los hogares derruidos,  
las aras, pedazos hechas,  
los hijos, hechos cautivos,  
nuéstras mujeres esclavas,  
nuestros profanados ritos;  
sí queréis que con las puntas  
de las dagas, desde hoy mismo  
vayamos, piedra por piedra,  
escribiendo en sus granitos  
una hazaña en cada una  
con sangre de berberiscos,  
aquí me tenéis; soy vuestro;  
todo lo pasado olvido;  
hemos de ser dos hermanos;  
notas que van al unísono;

dos astros de un mismo cielo,  
hasta perecer unidos.  
Mas si queréis que, cobarde,  
me entregue como un cautivo,  
como esclavo de esos perros,  
que han profanado el recinto  
donde mis padres reposan,  
donde yo beso a mis hijos,  
donde ante el Dios del Calvario,  
y ante El solo, me arrodillo,  
guardad las sabias razones,  
de Witiza fiel discípulo,  
que, por seguirlas, hundisteis  
a España en estos abismos,  
de donde yo, por sacarla,  
dispuesto estoy al martirio!

*(Se va hacia el lado izquierdo, dispuesto a retirarse.)*

RAMIRO

*(Yendo hacia él.)*

¡Calma, don Pelayo, calma!

PELAYO

*(Desde el extremo izquierda.)*

¡Calma pedís! ¡Ya las cajas  
tocan a guerra; ya el grito  
de España, que resucita  
llama al combate a sus hijos!  
¡Quedad los muertos en tierra,  
y empuñen armas los vivos!

RAMIRO

¡Vos solo iréis al combate!  
¡Ningún loco ha de seguiros!

PELAYO

¡Así moriré más pronto,  
renegando de los vivos!  
*(Vase, lado izquierdo.)*

## ESCENA V

Don Ramiro, luego Vacrila (lado derecho).

## RAMIRO

¡Iluso! ¡Tu mismo ardor  
te va arrastrando a la tumba!  
¿Qué es un puñado de gente,  
sin guía que la conduzca,  
ante las huestes de Alcama,  
que trepan ya las alturas?  
¡Si el pueblo yace sin fuerzas,  
rendido, tras dura lucha,  
y lo que pide es descanso,  
venderse a la Media Luna  
y disfrutar, siendo esclavo,  
paz, que libre no disfruta;  
si lo que están anhelando  
los godos de noble alcurnia  
son harenas y saraos  
y dulces coros de música,  
y esos nos los dan los moros,  
¿a qué seguir en la lucha?  
¡Nuestro signo es ser esclavos  
o de Tárif o de Muza;  
amansemos a los amos;  
suavicemos la coyunda  
y, cual don Oppas, miremos  
hacia el sol que más alumbra!  
Vacrila, ya te esperaba. (*Entra, lado  
derecho*). ¿Qué tal se halla esa gentuza?

## VACRILA

¡Hum! ¡Verdecita la encuentro!  
De un modo que no me gusta.  
El nombre de don Pelayo  
forma eco entre las turbas;  
quieren alzarle por rey,  
fian todos de su astucia;

y mientras él esté vivo  
estará viva la lucha.

RAMIRO

Pues mi intento ha fracasado  
de llevarle con astucia  
a Córdoba o a Valencia,  
alejándole de Asturias,  
dejemos la astucia a un lado.  
Mañana, en esa espesura  
le esperaréis apostados  
cuando hacia la iglesia suba,  
y... tendrán festín los lobos  
que estos contornos circundan.

VACRILA

¡Como no vayamos muchos!...

RAMIRO

¿Tanto teméis su bravura?

VACRILA

¡Sí, cuando pasa en el bosque, (*con acento de encarecimiento*) y sus pisadas barruntan, los jabalíes se esconden y los lobeznos aúllan, ¿no hemos de temer los hombres su fiereza y su bravura?

RAMIRO

Ya entiendo lo que me pides;  
Ahí tienes la paga; es tuya (*arrojándole una bolsa*) y de los brazos que compres para que te den ayuda;  
corta paga, si sois muchos;  
si sois pocos, será mucha.

VACRILA

*(Recogiendo del suelo la bolsa.)*  
 Procuraré que a los brazos  
 les pueda suplir la astucia.

RAMIRO

Y vete, que hacia aquí vienen  
 dos hermanos de cogulla  
 y no hay que excitar sospechas.  
 Mañana... *(En voz baja a Vacrila que se  
 retira.)*

VACRILA

Sí, en la espesura... *(Yéndose,  
 lado izquierdo, sonando el dinero que lleva  
 en la bolsa.)*

## ESCENA VI

Don Ramiro, el Conde Pablo (vestido de monje), Un monje o  
 ermitaño (lado derecho).

RAMIRO

Venid, hermanos, con Dios.

PABLO

El os guarde, don Ramiro.

RAMIRO

¿Me conocéis?

PABLO

Os conozco  
 hasta el fondo del espíritu.  
 Casi sé lo que tratábais

con el villano asesino,  
que estará contando el oro,  
precio de crimen inicuo.

RAMIRO

Hermano, tened la lengua,  
que, si seguís, ¡vive Cristo!  
que con hábito y cogulla  
os lanzo en un precipicio.

PABLO

Nadie se mete con vos;  
dejadnos libre el camino.

RAMIRO

¿A dónde vais?

PABLO

¿Qué os importa?  
¿Guardáis acaso este sitio?  
¿Estáis esperando a Alcama  
para entregarle estos riscos?

RAMIRO

Tenéis vosotros de frailes  
menos que yo de judío;  
¡O decid a donde vais,  
o a los dos os asesino!

PABLO

De judío tenéis tanto,  
y perdonad, don Ramiro,  
que hemos muy frailes de ser,  
si he de negar vuestro dicho.  
¿Queréis saber dónde vamos?

Pues bien, dejadnos tranquilos;  
 busquemos al rey Pelayo;  
 ¿por ventura le habéis visto?

RAMIRO

¿Rey Pelayo? ¡Estáis beodos!  
 Cuando murió don Rodrigo,  
 cayó al río su corona;  
 quedamos todos cautivos,  
 y Dios manda obedecer  
 al Poder constituido.

PABLO

Eso no lo manda Dios;  
 lo manda un advenedizo;  
 un don Oppas, un traidor  
 y un comprador de asesinos;  
 Dios lo que manda es unirse  
 y bajar después unidos  
 y exterminar la ralea  
 maldita de esos malditos.  
 Y dejadnos paso ya,  
 que urge el tiempo y es preciso  
 mientras acatáis, cobardes,  
 el Poder constituido,  
 unirnos los que en las venas  
 sangre de mártir sentimos.

RAMIRO

*(Sacando la daga.)*  
 ¡No iréis a ver a Pelayo!  
 ¡Iréis los dos al abismo!

*(Se va a lanzar contra los dos. El monje se abraza al cuerpo del conde don Pablo. Este se quita el sayal de un tirón y aparece vestido de guerrero.)*

PABLO

¡Atrás, cobarde, o te coso  
 con un roble!

## RAMIRO

(*Retrocediendo.*) ¡Dios bendito!  
¡El conde Pablo! ¡Traición!

## PABLO

¡Traición, la tuya, bandido!  
¡Vete a las tiendas de Alcama!  
Di a don Oppas lo que has visto;  
que la raza de los godos,  
la de Wamba y Chindasvinto,  
acaba de resurgir  
de la fe cristiana al grito;  
que va a buscar a Pelayo;  
a aclamarle por caudillo;  
y que pronto nos veremos  
cara a cara en estos riscos;  
¡dile!, mas... ¡vete a un harén  
con Oppas, que es vuestro sitio!  
¡Y no vengáis con los moros,  
que si venís, ¡vive Cristo!  
¡os habremos de azotar,  
de esclavos con el castigo!  
(*Vase don Ramiro lado izquierdo.*)

## ESCENA VII

Conde Pablo y el monje

## PABLO

¡Ay del vencido! ¡sí tal!,  
que los que piden hoy plaza  
serán raza contra raza  
en lucha descomunal.  
Sigamos ambos, hermano, (*al monje*)  
a cumplir nuestra misión.  
Yo conozco esta región  
cual la palma de la mano.

Vos le daréis la embajada  
 que el ermitaño os ha dado;  
 yo le diré que a su lado  
 luchará mi gente armada:  
 que, pues de la guerra es ley  
 que haya un rey en la batalla,  
 dispuesto el pueblo se halla  
 a coronarle por rey.

## MONJE

Yendo de Pelayo en pos,  
 podéis sin miedo marchar,  
 pues yo os puedo asegurar  
 que irá con vosotros Dios.  
 Y, si va el Dios de la Gloria  
 con vosotros, no dudéis  
 que al moro le arrancaréis  
 el lauro de la victoria.

*(Entra el pueblo, lado derecho. Vienen todos vestidos de campesinos. Con ellos entra Vacrila, hablando con dos o tres muy animado. El conde Pablo y el monje se retiran, confundiendo con el coro hasta que tengan que hablar.)*

## ESCENA VIII

Dichos, Vacrila, Sigberto y coro de campesinos

## VACRILA

¡Yo les vi desde ese cerro!  
 ¡Viene innumerable gente,  
 y al que resistir intente  
 le degüellan como a un perro!

## ALDEANO 1.º

¿Son muchos? *(Con miedo.)*

## VACRILA

¡Muchos! ¡Mirad!  
 ¿Habéis visto cómo vuela *(con acento)*

*medroso*) la langosta cuando asuela  
vuestra pequeña heredad?  
¡La habéis visto cómo avanza  
por los surcos a montones,  
por enjambres, por millones  
arrasando cuanto alcanza?  
Así les vi; sus rugidos  
subían a estos canchales,  
cual conjuros infernales  
del averno desprendidos.  
¡Somos pocos! ¡No intentéis  
defender estas guaridas,  
porque perderéis las vidas  
sin que ahuyentarles logréis!

## ALDEANO 2.º

Vacrila, exageras mucho.  
No nos metas tanto miedo,  
que sin ánimos me quedo  
de luchar, cuando te escucho.  
¡No son tantos! Ni, aunque sea  
su número tan crecido,  
es ley que quede vencido  
nuestro pueblo en la pelea.  
Armas, valor y destreza  
de fijo no faltarán.  
Lo que falta es capitán  
que se ponga a la cabeza.  
¡Si lo hubiera...!

## SIGBERTO

No lo habrá.  
Los nobles han desertado,  
y por gozar, se han pasado  
a los harenes de Alá.  
No tientes al cielo, amigo.  
Si Dios, por nuestra maldad,  
nos priva de libertad,  
acatemos el castigo.

## MONJE

*(Saliendo de entre el grupo.)*

Es muy cierto. Los delitos  
de esta raza afeminada,  
cobarde, degenerada,  
pedían venganza a gritos.  
Y vino el castigo al fin,  
y la tralla justiciera  
de Dios vibró en la bandera  
vencedora del musulín.  
Mas calmados sus enojos  
con castigo tan cruel,  
espera que el pueblo fiel  
vuelva hacia su Dios los ojos.  
Nuestros pechos golpeemos;  
pèrdón al cielo pidamos.  
Pero a la lucha corramos,  
y a su sombra venceremos.  
¿Queréis caudillo?, ¿verdad?  
Dios, con vosotros benigno,  
os dará un caudillo, digno  
de tan noble empresa. ¡Hablad! *(A Pablo.)*

## PABLO

Los godos nobles, no todos,  
desertaron de su fe.  
Cuando yo les convoqué  
junté muchos nobles godos.  
Les reanimé en su desmayo;  
a luchar se han decidido;  
y en su nombre yo he venido  
a alzar por rey a Pelayo.  
Aquel que sienta bullir  
sangre goda por sus venas,  
no consienta las cadenas  
del esclavo. ¡A combatir!  
Y si a dejar el arnés  
alguien os está incitando,

está vuestro honor manchando.  
¡Caiga muerto a vuestros pies!  
(*El pueblo vitorea a Pelayo.*)

## VACRILA

(*Aparte a Sigberto.*)  
¡Sigberto esto va muy mal!  
¿Qué hacemos?

## SIGBERTO

Yo no lo sé.  
(*Segue la agitación, vitoreando a don Pelayo, aclamándolo por rey.*)

## VACRILA

A Pelayo buscaré.  
Llegó su hora fatal.  
Voy a quedarme apostado  
a la vera del camino.  
Cuando pase, le asesino,  
y su reino ha terminado.  
(*Vase, lado izquierdo.*)

## CORO

Abajo los traidores—que siembran el temor;  
astures, al combate;—luchemos con ardor.  
El Dios de la victoria—las huestes guiará;  
y libre el pueblo hispano—del yugo se verá.

## MONJE

Cuando el pueblo a su Dios abandona,  
cuando esclavo se rinde al placer,  
de sus reyes verá la corona  
a pedazos, deshecha caer.  
Mas llorando sus culpas, contrito,  
perdonadas al fin las verá,

y de guerra lanzándose al grito,  
nueva patria su Dios le dará.

CORO

Abajo los traidores...

### ESCENA IX

Dichos, menos Vacrila; luego Pelayo

PABLO

¿Qué decís por fin?

CORO

¡Viva Pelayo!

¡Viva el rey!

PABLO

Nuestro Dios con él camina.  
La lucha por la fe ya se avecina;  
la diestra de Jehová blandió su rayo.  
¡Ay del vencido, sí, ay del vencido!  
¡Ay de aquel a quien Dios miró con saña!  
¡Levanta del sepulcro, noble España!  
¡Nuevamente la cruz te ha redimido!

PELAYO

*(Se dirige a Pablo.)* ¿Vos, conde? *(Saludándole.)*

CORO

*(Prorrumpiendo en aclamaciones.)* ¡Viva el rey!

PELAYO

*(A Pablo con alegría.)* ¡Dios sea loado!  
¿Tenemos rey por fin? ¿Vos, noble conde,

la nueva nos traéis? ¿Dónde está?, ¿dónde?  
¿Quién es ese monarca deseado?

CORO

¡Viva el rey don Pelayo!

PABLO

¿Habéis oído?

Ya sabéis dónde está, cómo se llama,  
y sabéis además cómo le aclama  
la voz del pueblo, ante sus pies rendido.

PELAYO

¿Yo, rey? ¡No tal! Cejad en la porfía;  
¡tal es la empresa y tanta su grandeza,  
que, aunque aliento no falta a mi flaqueza,  
al abismo, a la muerte os llevaría!

PABLO

Eso queremos todos. De tal suerte  
nuestra causa perdida ya miramos,  
que un valiente caudillo deseamos,  
que nos lleve o al triunfo o a la muerte.

PELAYO

¡Eso sí que lo haré! ¡Morir luchando!  
¡Y lanzarme el primero a la batalla!  
¡Y en la sangre saciar de esa canalla  
la sed que, ha tiempo ya, me está matando!  
¡Morirán los que caigan en mi mano,  
como ha muerto hace poco un asesino  
que se terció en mal hora en mi camino  
y matarme a traición intentó en vano!  
Saltó de un risco y aferrarme intenta; (*con  
viveza*) me abrazo a él. Luchamos a porfía;  
y he sentido por fin cómo crujía  
en mis manos deshecha su osamenta.

No sé quién pueda ser; ni me he parado  
a mirarle la cara a mi vencido.

SIGBERTO

Es Vacrila, el traidor.

MONJE

¡Nada ha perdido  
la patria con perder a otro malvado!

PELAYO

Si me queréis por rey, sabéis quién soy;  
en llamando al descanso, iré el postrero;  
cuando hay que combatir, buscad mi acero  
donde haya más fragor; porque allí estoy.  
Me ha de seguir mi gente, esa es mi ley.  
Compartir el fracaso y la victoria;  
ir juntos a la muerte o a la gloria.  
Ese es mi lema.

CORO

¡Viva nuestro rey!

MONJE

Escuchad, don Pelayo; hace ya un año  
un duque de Cantabria perseguía  
a cierto malhechor, que ante él huía  
y en la cueva se entró de un ermitaño.  
Os puedo asegurar que el monte Auseba  
no vió jamás nidar entre sus breñas  
a un santo como aquél; hasta las peñas  
perfuma el ermitaño de la cueva.  
Los que habitan del Cánigas el soto  
le oyen hablar, cuando en sus raptos ora,  
con la Madre de Dios, nuestra Señora,  
entre ecos dulces de cantar remoto.  
Cuando el duque llegó tras el bandido,  
el ermitaño intercedió clemente.

Temblaba por su vida el delincuente  
a los pies de la Virgen confundido.  
—No con sangre profanes esta cueva  
—exclamó el ermitaño—, que algún día  
a invocar el amparo de María  
vendrás tú por las márgenes del Deva.  
El noble duque, el hijo de Favila,  
perdonó por la Virgen al culpado;  
aquel duque eras tú; y aquel malvado,  
que en su crimen siguió, era Vacrila.  
Del premio de esa acción llegó la hora;  
el suyo halló Vacrila entre tus manos;  
el que Dios te reserva en sus arcanos  
comienza a realizarse desde ahora.  
Corre a implorar su auxilio soberano.  
¡Huya ante el Sol la Luna musulmana!  
¡Ya alborea la plácida mañana  
del día del perdón para el cristiano!

## ESCENA ULTIMA

Dichos y un espía godo

## ESPÍA

*(Entrando, se dirige al conde Pablo.)*

Dios os guarde, mi señor.  
De la cumbre del Auseba  
vengo a daros una nueva  
que ha de causaros horror.  
Puesto en él, como atalaya,  
por orden vuestra, ayer vi  
subir moros hacia aquí  
como arenas de la playa.  
Aun más que granos de arena;  
más que en el cielo hay luceros;  
y atruenan esos oteros  
como enjambres de colmena.  
Dicen que Alcama les guía;

que entre ellos don Oppas viene;  
y que orden su jefe tiene  
de tomar la serranía.

MONJE

¡Oh Dios, sonó tu venganza!  
¡Los va empujando tu mano  
al alcance del cristiano  
para empezar la matanza!

PELAYO

¡A ellos!

MONJE

¡Nadie se oponga  
por ahora a su furor!

ESPÍA

¡Que vienen cerca, señor!

MONJE

¡Huyamos a Covadonga!  
Cuando esté la gente unida;  
cuando a la Reina invoquemos,  
entonces nos alzaremos  
a comenzar la batida.  
Seguidme a la cueva todos;  
yo os guiaré en el camino.  
¡Ya brilla en el plan divino  
la redención de los godos!

PELAYO

Esperad. Juremos antes  
por la cruz de nuestra espada  
defender la fe sagrada  
en tan sublimes instantes.

*(Saca su espada. El conde Pablo saca la suya y las cruzan,  
formando una cruz.)*

¡Soldados! ¿Juráis seguir  
al que alzasteis por Señor,  
de un mártir con el ardor,  
hasta vencer o morir?

CORO

¡Juramos! (*Levantando sus manos  
hacia la cruz.*)

PELAYO

¡Cambió tu suerte,  
raza que sueñas con gloria!  
¡Vas buscando la victoria  
y has de hallarte con la muerte!

(*El coro vitorea a Pelayo. Comienza el canto de "Abajo  
los traidores"..., como en la escena VIII.*)

TELÓN RÁPIDO

---

---

## ACTO SEGUNDO

---

Decoración: una gruta, cuyo ornato se deja al gusto de quien la prepare. En el centro o a un lado, un altar rústico, donde se venera la antigua imagen de la Virgen de Covadonga. Ante la cual, pendiendo del techo de piedra, cuelgan algunos faroles encendidos. Peñascos abruptos surgen del suelo. Sentado en uno de ellos está don Pelayo, vestido de malla y sin capacete. A su lado conversa el ermitaño sentado también sobre otra piedra. Dos soldados, que sirven de escolta a don Pelayo, duermen, tendidos en el suelo, vestidos con sus arreos de batalla y las lanzas al lado. La cueva tiene una abertura al lado izquierdo, que se supone da fuera de ella, por la que entran y salen los personajes.

### ESCENA I

Pelayo, Ermitaño y dos soldados

PELAYO

¡Eterna ha sido la noche!  
Gracias a Dios, la alborada  
viene tendiendo en los montes  
su manto de nieve y nácar.  
Día hermoso el que ya viene  
engendrando la mañana,  
en que a borrar comencemos,  
más con sangre que con lágrimas,  
esas manchas que han caído  
en la historia de mi patria.

## ERMITAÑO

También de Adán el linaje  
su historia empafió con máculas  
más humillantes, más tristes  
que las que hoy nos degradan;  
mas borrólas de tal guisa  
de un Dios la sangre y las lágrimas,  
que, enardecida la Iglesia  
al tocar sus frutos, canta:  
¡Feliz culpa la que ha sido  
manantial de tantas gracias!  
Ya lo veis, era preciso  
sanear la inmunda charca,  
donde enfangados vivían,  
como en inmunda cloaca,  
desde el esclavo más vil  
a la nobleza más alta.  
Barrió el vendaval los campos,  
arrastrando los miasmas,  
esclareciendo el ambiente,  
purificando las almas,  
y hõy surge una patria nueva,  
fuerte, vigorosa y sana.

## PELAYO

¡Feliz invasión, si barre  
de los cielos de mi Patria  
el delirio de placeres  
que sus miembros enervaba!  
¡El cielo nos favorezca,  
porque la empresa es muy ardua!  
¡Sin un milagro de Dios...!

## ERMITAÑO

*(Señalando a la imagen de la Virgen.)*  
¡Pelayo, volved la cara!  
¡Ved a la Reina del cielo,  
que ya se viste de mallas,

y a combatir con vosotros  
 en la lucha, se prepara.  
 ¿Qué le importará a esa Reina  
 que cientos o miles haya  
 en las legiones que guía  
 bajo su bandera Alcama?  
 ¿No puede volver las flechas  
 que dispare esa canalla  
 contra los mismos arqueros  
 que con furia las disparan?  
 ¿No puede sobre esos valles  
 volcar las duras montañas  
 y sepultarlos a todos  
 con Munuza y con Alcama?

PELAYO

(*Mirando al altar.*) ¡Todo lo podéis, Señora!  
 ¡Y todo de Vos lo aguarda  
 este puñado de héroes  
 que sin Vos no podrán nada!  
 (*Levantándose.*) Ya va apuntando la aurora.  
 Voy a recorrer las guardias. (*Llamando a los  
 soldados, que duermen.*)  
 ¡Muchachos, vamos arriba,  
 que ya la noche es pasada,  
 la noche de nuestro oprobio,  
 que ha sido larga, muy larga!

ERMITAÑO

¿Aún no ha llegado a la cueva  
 el conde Pablo?

PELAYO

Ya tarda.

¿Le habrán tomado el camino  
 esos perros?

ERMITAÑO

Su tardanza  
 me está poniendo en cuidado.

## PELAYO

(*A un soldado.*) Sube al punto a la atalaya  
a ver si ya se divisa  
al conde con sus mesnadas. (*Va hacia la puer-  
ta.*) Vos, padre, pues sois su amigo, (*señala a  
la Virgen*) pues tanto entendéis sus hablas,  
interceded por nosotros  
con la Reina y Capitana.  
(*Vase con los soldados.*)

## ESCENA II

(Comienza el coro, oculto entre bastidores.)

(*Música que se supone lejos.*)

## CORO

Ya viene la alborada;  
la noche huye medrosa;  
se alegra la enramada,  
vistiéndose de luz;  
la dulce melodía  
del ave, que despierta,  
preludia el himno bélico  
del triunfo de la Cruz.

## SOLO DE TIPLE

La lucha se acerca;  
despierta, soldado;  
el día de gloria  
comienza a brillar.  
La luna se eclipsa,  
la noche ha pasado,  
pasó la borrasca;  
serénase el mar.

## OTRA VOZ

¡Oh Reina de España!  
¡Oh Virgen querida!

De Dios justiciero  
 alcanza el perdón;  
 y España a tus plantas  
 viviendo rendida,  
 será tu corona,  
 será tu nación.

---

 ERMITAÑO

*(Va con Pelayo hacia la entrada de la cueva. Se queda unos instantes mirando hacia fuera, como si contemplase el panorama que tiene ante su vista. Después de la música comienza su monólogo, siempre mirando hacia fuera.)*

¡Comienza a nacer el día!  
 ¡Qué lujoso panorama!  
 ¡Cómo por él se derrama  
 mi gastada fantasía!  
 ¡Sueño como soñaría  
 un niño de pocos años!  
 ¡Tras de tantos desengaños,  
 se hace tan dulce el soñar  
 que al fin se han de remediar  
 del desacierto los daños...!

---

¡Allí están los que han venido *(los va como señalando)* de los montes oretanos;  
 los feroces carpetanos,  
 que al reclamo han acudido;  
 aquel cerro han escogido  
 los valientes de León;  
 más allá, los de Gijón;  
 los celtíberos honderos;  
 los de Astorga, esos guerreros  
 de valiente corazón!

---

¡Qué día de inmensa gloria!  
 ¡Qué espléndido resurgir!  
 ¡Con qué gozo va a venir

a estos montes la victoria!  
 ¡Hoy comienza nuestra historia!  
 Esas huestes que acaudilla  
 don Pelayo, es la semilla  
 que muy pronto brotará  
 y al fin se desdoblará  
 en el reino de Castilla!... (*Pausa.*)

¡De Covadonga, a León!  
 ¡De León, a Andalucía!  
 ¡Vuela, loca fantasía,  
 en alas de la ilusión!  
 ¡Ya la hispalense región  
 domeña su dura espada...  
 Ya de la Cruz la mesnada  
 hasta Málaga domina...  
 Ya ondea la Cruz divina  
 en las torres de Granada!...

¿Es sueño? ¡No! ¡Es realidad!  
 ¡Me lo ha dicho la Señora! (*Señala a la  
 Virgen.*) ¡Es verdad consoladora!  
 ¡Es un sueño que es verdad!  
 ¡Oh, qué inmensa es tu bondad! (*Se vuelve  
 a la Virgen.*) ¡Por castigar al hispano,  
 nos trae de Dios la mano  
 al mahometano enemigo;  
 y tú vuelves el castigo  
 contra el mismo mahometano!

### ESCENA III

Eremitaño, Pelayo y dos soldados

PELAYO

(*Entrando.*) ¿Aún el conde no ha venido?

ERMITAÑO

Aquí, al menos, no ha llegado.

## PELAYO

¡Mucho temo por su vida!  
En uno de esos barrancos  
fácil le habrá sido al moro  
cortarle a su gente el paso.  
Pregunté a las atalayas;  
pero todo ha sido en vano.  
Y... ¡como somos tan pocos,  
perder guerreros tan bravos  
es un contratiempo grande!

## ERMITAÑO

¡Más fe, más fe, don Pelayo!  
La Virgen no necesita  
para nada a tus soldados.  
Tiene legiones de ángeles,  
a las luchas avezados,  
que contra Luzbel un día  
no ser tímidos mostraron.

## PELAYO

No me falta a mí la fe.  
Tengo por tan descontado  
el triunfo, que ya lo veo  
y gozo sólo al pensarlo;  
lo siento, porque es el conde  
el más fiel de mis vasallos,  
y verle alegre quisiera  
cuando de la lid volvamos.

## SIGBERTO

(*Entrando.*) ¡Señor, allá en lo más hondo  
de un peligroso barranco  
vienen subiendo las huestes  
que acaudilla el conde Pablo!  
Desorientados caminan,  
y, de seguir ese atajo,  
darán en manos de Alcama,  
que ha de cortarles el paso.

PELAYO

Corro al punto a defenderle.  
¡Gracias a Dios que ha llegado!  
¡Pronto empezará el combate!

ERMITAÑO

Yo le guiaré. Quedaos.  
¿Les han visto ya los moros? (*A Sigberto.*)

SIGBERTO

Aún no. Les cubre el barranco.

ERMITAÑO

Sigberto, ven tú conmigo.  
Yo conozco esos atajos  
y vericuetos del monte  
uno a uno, palmo a palmo.  
Vayamos pronto; aún es hora.  
Quedad aquí, don Pelayo,  
que pronto tendréis el gusto  
de abrazar al conde Pablo.

(*Vanse Ermitaño y Sigberto. Don Pelayo les acompaña hacia la entrada y vuelve al proscenio, con señales de intranquilidad.*)

## ESCENA IV

Pelayo, luego don Oppas y Munuza

PELAYO

¡Qué ganas de luchar tengo!  
¡Teniendo tan cerca a Alcama,  
que me incita, que me llama,  
no sé cómo me detengo!  
Ya, febriles e impacientes,  
mis huestes la lucha esperan,  
y gritan y vociferan

ese montón de valientes!  
 Ya el caballo con sus manos  
 araña la dura roca,  
 y cabriolando, provoca  
 a los potros mahometanos.  
 Sólo aguardo a los guerreros  
 que el conde Pablo acaudilla... *(Pausa.)*  
 ;Y el sol en los cielos brilla,  
 y aún no brilla en los aceros!  
 ;Es una contradicción  
 que a todos nerviosos tiene!... *(Pausa.)*  
 ;En fin, ya sube, ya viene  
 la suspirada legión! *(Pausa. Se dirige  
 al altar.)* ;Oh Virgen, sonó la hora  
 de que reines sobre España,  
 que en esta abrupta montaña  
 te aclama Reina y Señora!  
 ;Hoy tu poder nos asista,  
 que, al triunfar con tu poder,  
 Reina de España has de ser  
 por derecho de conquistista!  
 ;Y España, en amor profundo,  
 contigo rivalizando,  
 irá tu nombre aclamando  
 por los ámbitos del mundo!

## SOLDADO

Señor, con blancos vestidos, *(entrando)*  
 en señal de parlamento,  
 se acercan a paso lento  
 dos hombres desconocidos.

## PELAYO

; Son moros?

## SOLDADO

El uno, sí.  
 Otro, o viene disfrazado,  
 o es, en efecto, un prelado.

## PELAYO

(*Con ira.*) ¡Don Oppas! Tráelos aquí. (*Vase el soldado.*) ¡No quiere que yo me oponga a nuestra completa ruina, y nueva traición maquina el infame en Covadonga! ¡Sin saber que ya el castigo con Guadelete cesó; que Dios del cielo ya alzó la corona de Rodrigo!

## ESCENA V

Pelayo, don Oppas, con hábitos de arzobispo cristiano, y Munuza con jaique y traje moro, pero sin armas

(*Don Oppas se dirige a don Pelayo, como para abrazarle. Este se retira, esquivando el saludo con dignidad. Munuza queda en la misma puerta, al principio.*)

## OPPAS

Dame los brazos, hermano;  
desde el campo mahometano  
te he venido a saludar.

## PELAYO

(*Apartándose.*) ¡Teneos! ¡Vais a manchar con vuestro aliento mi mano!  
¿A qué venís?

## OPPAS

A orientarte.  
Vengo, oh príncipe, a mostrarte el verdadero camino;  
pues vas corriendo sin tino al abismo, a despeñarte.  
Y lo que más me tortura

es ver que ciego caminas  
 y arrastras en tu locura  
 hacia el fondo de la hondura  
 de nuestro pueblo las ruinas.  
 ¡Sacrificate a ti mismo!  
 ¡Mas no vayan al abismo  
 de ti los godos en pos!  
 ¿A eso llamas heroísmo?  
 ¿No es eso tentar a Dios? *(Todo con cari-  
 ñosa reconvención.)*

PELAYO

¿Y eso es lo que queréis?  
 ¿Y qué premio me daréis? *(Con ironía.)*  
 Si es justo, mis fuestes bravas,  
 hoy todas ellas esclavas  
 con su caudillo tendréis.

MUNUZA

*(Avanzando.)* Ya premiará vuestra acción  
 el califa Ulit o Muza.

PELAYO

¿Qué sois en esta región?

MUNUZA

Soy el valí de Gijón,  
 el invencible Munuza.  
 Yo os puedo enviar mañana  
 al califa, y él allí  
 verá de muy buena gana  
 el que se os nombre valí  
 de alguna región cristiana.

PELAYO

¿Me creéis tan necio o loco  
 que hoy mismo, cuando ya toco  
 las primicias de un reinado,

lo vea alegre trocado  
 por una provincia? ¡Es poco!  
 Buscadme un premio más grato;  
 que llene mis ambiciones.  
 ¡No me vendo tan barato!

MUNUZA

¿Qué anheláis?

PELAYO

Muchas naciones;  
 al menos, un califato.

MUNUZA

(*Contrariado.*) Mucho pedís, en verdad.  
 Tanto Pelayo ambiciona...

PELAYO

¿Es mucho? Pues bien, pensad  
 que vendo mi libertad;  
 pongo a precio mi corona.  
 Y de otra venta no hablé,  
 porque un precio pediré  
 que acaso dar no podréis.  
 Decidme, ¿qué me daréis  
 por la venta de mi fe?  
 La tuya, superficial, (*señalando a Oppas*)  
 una fe de poco fondo,  
 con un poco de metal  
 pudo cegar su caudal  
 y hacer negocio redondo;  
 mas la fe de mi bautismo  
 es muy honda, es un abismo  
 en donde guardo un tesoro,  
 que yo aprecio, que yo adoro  
 mil veces más que a mí mismo.  
 Mi fe es el recuerdo santo  
 de un padre, a quien quise tanto

y a quien tu hermano mató;  
y sólo la fe cerró  
los veneros de mi llanto.  
Mi fe es la imagen sagrada  
de una madre idolatrada  
de cuya ausencia la pena  
esa otra Madre serena (*señala a la Virgen*)  
con su divina mirada.  
Mi fe es la Patria querida;  
los montes donde he nacido;  
este sol, donde he bebido  
la luz, el calor, la vida,  
que reverbera en mi nido.  
Eso es mi fe; son honduras  
sin fondo de amores llenas;  
son abismos de ternuras,  
de recuerdos de venturas,  
son... la sangre de mis venas!  
¡Sangre por sangre! Desprecio  
paga de menos valor;  
que en menos mi fe no aprecio.  
¡Si la queréis a ese precio,  
id al campo del honor!

## OPPAS

No creas me maravilla (*con calma*)  
tu duro lenguaje, hermano.  
Ignoras que aún la fe brilla  
en Toledo y en Sevilla  
al lado del mahometano.  
Nuestros amos, aunque infieles,  
no son duros ni crueles;  
nos dejan nuestras creencias;  
y no hostigan las conciencias  
timoratas de los fieles.  
Allí en Córdoba se agita  
nuestro pueblo libremente  
con el pueblo nazarita;  
si ellos tienen su mezquita,  
tiene su templo el creyente.

## PELAYO

¡Hablas con tal seriedad (*con ira y sorna  
 marcadas*) que voy dudando, a fe mía,  
 si te hallarás en verdad  
 ufano con la ruindad  
 de tu negra apostasía!  
 ¿Es que jamás has rezado?  
 ¿Tú en lo sublime has pensado  
 de tu santa religión?  
 ¿Puedes tener oración  
 con una mezquita al lado?  
 ¿Dos dioses juntos? ¡Te engaña  
 el que es falso de los dos!  
 ¡Si es estrecha esta montaña;  
 si es nuestra adorada España  
 templo estrecho para Dios!  
 Ve a adorarle en el lugar  
 que marquen tus vencedores.  
 Que yo le quiero adorar  
 con mis montes por altar  
 y por incienso, mis flores!

## MUNUZA

¡Basta! Pronto volveremos.  
 Ahí cerca el precio tenemos  
 que pedís por vuestra fe.

## PELAYO

A venderla bajaré.

## OPPAS

(*Con ira reconcentrada.*)  
 ¡Pobre de ti, si vencemos! (*Vanse los dos.*)

## ESCENA VI

Pelayo; luego el Monje, conde Pablo, Sigberto y Coro

PELAYO

Acabo de echar los dados.  
Ya no es hora de cejar.  
¡A la lid! ¡A guerrear  
con mis valientes soldados!  
¡A ir de la victoria en pos!  
¡A esa lucha sin ejemplo!  
¡A defender este templo  
en donde adoro a mi Dios!  
(*Entra el conde Pablo. Se abrazan los dos.*)

CONDE

¡Gracias al cielo, llegué!

PELAYO

¡Llegasteis, gracias al cielo!  
¡Bien sabe Dios el desvelo  
que en vuestra ausencia pasé!

PABLO

Por vericuetos insanos  
llevo dos días mortales,  
saltando entre matorrales,  
con mis bravos aquitanos.  
Ya por fin aquí nos vemos.

PELAYO

¿Vienen muchos?

PABLO

Dos centurias.

PELAYO

¡Dios sea loado! ¡En Asturias (*muy  
alegre*) la flor de España tenemos!

¡Suenen cajas y tambores!  
 La voz de combate dad (*a Pablo*)  
 y la vanguardia tomad  
 con los honderos mejores.  
 Con mis cántabros valientes,  
 vuestra acción secundaré,  
 y el combate sostendré  
 del Auseba en las vertientes.  
 ¡Que de este monte al crucero  
 no suba ni un mahometano (*comienzan a  
 sonar trompetas de guerra*)  
 mientras se agite una mano  
 y en ella vibre un acero! (*Suenan tambores.*)

## PABLO

Ya se acercan a implorar,  
 santa Virgen, tu favor.  
 ¡Si les protege tu amor  
 no hay duda que han de triunfar!

## ESCENA ULTIMA

Dichos, Ermitaño, Sigberto, coro de guerreros con toda clase de  
 armas. Vienen entre ellos jefes y centuriones

## ERMITAÑO

Ya se mueven las huestes agarenas,  
 subiendo la colina;  
 las he visto al rasgarse la neblina.  
 Igualan de los mares las arenas.  
 Confían en sus cotas y en sus mallas,  
 y en su innúmero gente.  
 ¡Rodilla en tierra la cristiana gente,  
 invoquemos al Dios de las batallas!  
 (*Todos hincan la rodilla.*)  
 Tú tienes en tu mano la victoria,  
 oh Dios de las naciones.

¡Lleva hoy al combate a tus legiones  
 envueltas en el iris de tu gloria!  
 ¡Mueve esa mano, que al moverse un día,  
 con pavoroso enojo,  
 sepultó entre las ondas del Mar Rojo  
 al pueblo que a tu pueblo perseguía;  
 y rodará el muslín hasta la hondura  
 de esta abrupta montaña;  
 y surgirá a tu voz de nuevo España  
 cual Lázaro dejó su sepultura!

*(Volviéndose a la Virgen y elevando al cielo las manos.)*

¡Madre de amor! ¡Que cese ya el castigo  
 del pueblo que te adora!

¡Dales tu bendición, Reina y Señora,  
 que, en tu nombre, al partir, yo les bendigo!

*(Les echa la bendición. Todos se santiguan y se levantan. Pelayo toma en sus manos el estandarte, que trae uno de los jefes; saca la espada; adopta la actitud que tiene en el cuadro célebre de Mañraza y dice volviéndose a la Virgen):*

¡Ven con nosotros tú, Virgen querida!

¡Alienta nuestro brío!

¡Levanta a España del sepulcro frío,  
 porque sólo en tu amor está su vida!

*(Se oyen fuera los tambores y trompetas. Comienza a salir la gente de la cueva. El ermitaño se pone de rodillas a los pies de la Virgen.)*

TELON LENTO

---

---

## ACTO TERCERO

---

DECORACION.—Donde otra no se pueda, póngase la del acto primero. Donde pueda hacerse, varíese con decoración de monte escarpado. En el fondo se elevan altas montañas. A un lado y a otro, grandes macizos de piedra. El escenario formará entonces una meseta. Al alzarse el telón aparecen varios soldados, algunos sentados, otros de pie, vestidos con todas sus armas. Esperan órdenes de seguir el combate. El decurión les está contando la batalla.

### ESCENA I

Grupo de soldados y un decurión

(Música)

#### DECURIÓN

Creedme a mí,—porque es verdad;  
entre los godos—no hay otro igual;  
¡es inconcebible—su temeridad!

#### CORO

Cuéntame, pues,—lo que pasó,  
que me fascina—tanto valor;  
cómo don Pelayo—le descabezó.

#### DECURIÓN

Alcama con los suyos peleaba  
con furia de león;

cada revés que con su alfanje daba  
 tendía a un español.  
 ¡Era valiente! ¡No hay que dudar!  
 ¡Pero Pelayo lo era más!

Pelayo le buscaba en el combate;  
 y al punto que le vió,  
 suelto el pretal y hundiendo el acicate  
 el potro allí lanzó.  
 ¡Santa María! ¡Qué hora mortal!  
 ¡Eso se llama pelear!

¡Se embisten ambos! ¡Zas! ¡Zas!  
 ¡Ora adelante, ora hacia atrás!  
 ¡Vacila el moro! ¡Yo oí su voz,  
 cuando del potro muerto rodó!

CORO

¡Viva Pelayo!

DECURIÓN

¡Eso es valor!

CORO

¡Viva el monarca triunfador!

(Hablado)

DECURIÓN

¡Yo le vi! Con furia loca,  
 revolviendo su caballo,  
 buscaba al caudillo Alcama  
 en los grupos mahometanos.  
 Le vió a distancia; lanzóse  
 hacia el moro como un rayo;  
 y tras de rudo combate  
 en que, pecho a pecho, entrambos  
 jugaban de espada y maza,

lanzó Alcama un grito ahogado,  
y deshecha la cabeza  
cayó del potro rodando.  
¡Qué rey tenemos! ¡Así  
se puede luchar! ¡Muchachos,  
viva el monarca de Asturias!  
¡Viva el valiente Pelayo!

TODOS

¡Viva!

SOLDADO 2.º

¡Viva nuestra Reina  
la que el triunfo nos ha dado!

TODOS

¡Viva!

DECURIÓN

¡Qué día de gloria!  
¡Ha sido un día de estrago!  
¡Lástima que dure poco!  
¡Se va el degüello acabando!  
¡La Virgen de Covadonga  
como Reina se ha portado!

SOLDADO 1.º

¿Estabas tú en la montaña?  
¿Pudiste ver el milagro?

DECURIÓN

¡Como te estoy viendo a ti!  
¡Aún no vuelvo de mi espanto!  
Nubes de flechas subían  
desde aquel hondo barranco,  
que baja desde la cueva;  
los moros van escalando  
los repechos con fatiga...  
de pronto se oye: —¡Milagro!  
¡Covadonga por María!

El prodigio era muy claro.  
 Las flechas que lanza el moro  
 sobre el monte, rebotando  
 contra los mismos arqueros,  
 se vuelven por modo extraño.  
 ¡Matan más moros las flechas  
 que nuestros mismos soldados!  
 Nuestras mesnadas se alientan;  
 decaen los mahometanos;  
 inician la retirada  
 al valle, desordenados,  
 y por las agrias quebradas  
 del Amosa se lanzaron;  
 y Pelayo les persigue,  
 su retaguardia picando.  
 ¡No es victoria de los goños,  
 es un poder sobrehumano  
 el que nos ha dado el triunfo!  
 ¡Es la Virgen quien le ha dado!

SOLDADO 1.º

Ahí viene un grupo de gente. (*Mirando lado izquierdo.*)

DECURIÓN

Traerán la orden que aguardo.  
 Prepárense a entrar en lucha.

SOLDADO 2.º

Deseándolo ya estamos.

SOLDADO 1.º

No deben venir a eso.  
 Traen a unos hombres atados.  
 Son prisioneros de guerra.

DECURIÓN

Es que vendrán a dejarlos.

## SOLDADO 2.º

Ganas tenía de ver  
a un moro, así, bien despacio.  
¡Caramba y qué feos son!  
¡Son más negros que un pecado!  
¡A ver si entre todos juntos  
que se santigüen logramos!

## ESCENA II

Dichos, Sigberto, don Oppas con las manos amarradas a las espaldas, dos moros amarrados también y dos soldados o tres con ellos

## SIGBERTO

(*Entrando.*) ¡Salve, valientes astures!

## DECURIÓN

Dios venga con la compañía.  
¿Son prisioneros de cuenta?

## SIGBERTO

(*Por Oppas.*) Este tiene cuenta larga.  
Hermano del rey Witiza.  
Traidor por más señas.

## DECURIÓN

¡Basta!

Con sus cuerpos esta noche  
hemos de hacer luminarias.  
(*Los presos se espantan.*)

## SOLDADO 1.º

¡Pues vaya un olor a azufre  
que darán en la montaña!  
Mejor se cogen así (*avanza a un moro*)

como a un saco de patatas  
y se echan en una sima  
donde hay buitres a bandadas.

OPPAS

Déjanos en paz, malsín.  
Respetad nuestra desgracia.

SOLDADO 1.º

Como la nuestra vosotros;  
¿no es verdad? ¡Viles, canallas,  
ya se han trocado las tornas!

SOLDADO 2.º

(*Acercándose a uno de los moros con marcada burla.*) Este moro tiene cara  
de hombre de bien. Ven conmigo;  
yo te llevaré a mi casa  
y probarás el tocino.  
¿Verdad?

MORO

(*Diciendo que no con la cabeza.*) ¡Alá! ¡Alá!

DECURIÓN

Dice que Alá lo prohíbe.

SOLDADO 2.º

Lo que dice es: ¡Ala! ¡ala!  
¡Vamos pronto! ¿Verdad, moro?  
(*Suenan trompetas y tambores.*)

DECURIÓN

¡Muchachos, dejad la guasa,  
que se acerca don Pelayo  
al frente de su mesnada!

OPPAS

(*Aparte.*) ¡Don Pelayo! ¡El triunfo es suyo!  
¡Quién mandar a esas montañas

pudiera, que se cayesen  
 sobre mí! ¡Suerte menguada!  
 ¡Quise rematar el lance  
 y me ha fallado la carta!

### ESCENA III

Dichos, Pelayo con la espada desnuda, su abanderado detrás  
 con el pendón de Asturias, el conde Pablo al lado de Pelayo y  
 coro de guerreros

#### PELAYO

¡No hay que dejarles marchar!  
 ¡Vamos por esta cañada  
 a cortar su retirada  
 la victoria a completar!  
 ¡Id, conde Pablo, hacia el Deva,  
 y ocultaos en la espesura;  
 mientras subo yo a la altura  
 a arrojarles del Auseba!  
 ¡Trepan cual corzos cerriles!  
 ¡Parecen hongos dafinos!  
 ¡Si brotan por los caminos  
 a centenares y a miles!

#### PABLO

Mataremos la semilla.  
 Munuza huyendo escapó.  
 ¡Ah! ¡Como lo encuentre yo  
 del Deva al cruzar la orilla...!

#### PELAYO

(*Reparando.*) ¡Don Oppas! ¡Cómo! ¿Aquí vos?  
 ¿Preso? ¿Esperando la muerte?

#### OPPAS

(*Con humildad.*) ¡Así lo quiso tu suerte!

PELAYO

¡No! ¡La justicia de Dios!

OPPAS

¡Piedad, Pelayo, piedad!  
Mira que de reyes vengo;  
¡que tu misma sangre tengo!  
¡Respetá mi dignidad!

PELAYO

¡Vienes de reyes tiranos!  
¡Tienes sangre de traidor!  
¡Tú, un ungido del Señor,  
venderse a los mahometanos!

OPPAS

*(Poniéndose de rodillas en actitud suplicante.)*  
Fué locura, aberración,  
lo confieso y lo deploro;  
de hinojos por eso imploro  
de un rey benigno el perdón.

PELAYO

Me llamas benigno rey;  
y benigno me mostrara  
si sobre ti no pesara  
tanto el peso de la ley.  
Cuándo en Guadalete vi  
que entregabas a Rodrigo,  
sentí que darte el castigo  
mandábame España a mí.  
Confieso estás de traidor.  
Tu acción es muy criminal.  
Aquí yo no soy fiscal;  
soy un mero ejecutor.  
Ya ves; viniste a mis manos  
al querer darme la muerte.

¡Llevedle atado bien fuerte (a los soldados)  
con los demás mahometanos!  
¿Quién esta presa ha logrado? (Al decurión.)  
Pagarle quiero con creces,  
pues hallará pocas veces  
lance tan afortunado.

SIGBERTO

(Saliendo.) ¡Yo, Sigberto; que en Valencia  
fui cobarde en demasía,  
y con gritos me pedía  
desagravio mi conciencia!

PELAYO

Al que a esos extremos lleva  
su conciencia, es de fiar.  
A mi lado has de quedar,  
Sigberto, marqués de Auseba.

SIGBERTO

¡Gracias, oh rey! Combatir  
junto a vos es grande gloria.  
¡Más dulce que una victoria  
me será por vos morir!

PELAYO

Ven conmigo a recorrer  
tu ya nuevo señorío,  
y me probarás el brío  
con que lo has de defender.  
¡Vamos pronto, que ya miro  
concluida la jornada!  
¡Salga al aire nuestra espada  
y a luchar!... ¡Oh!... ¡Don Ramiro!  
(Viéndole entrar.)

(Entra don Ramiro con traje de combate, pero sin casco  
y con la espada ceñida. Viene acompañado de un escudero.)

## ESCENA IV

Dichos, don Ramiro y un escudero suyo

RAMIRO

*(Dirigiéndose a Pelayo.)*  
 Teneos, rey don Pelayo;  
 el combate ha terminado.  
 La más completa victoria  
 os ciñe ya con sus lauros.  
 El cielo os mira propicio.  
 Quiere Dios de su letargo  
 sacar a la raza goda  
 que se ha puesto en vuestras manos.  
 Tomad mi espada, cautivo *(sacándola)*  
 quedo de vos, o vasallo.  
 Si queréis hacer justicia,  
 llevadme presto al cadalso;  
 si con piedad me tratáis,  
 quitadme título y cargos,  
 que he de seguir vuestras huestes  
 como un infimo soldado.

PELAYO

*(Sin admitir la espada de don Ramiro.)*  
 Quedaos con vuestra espada;  
 con los títulos quedaos;  
 que no es hora de restar,  
 sino de sumar vasallos.  
 Vos os haréis la justicia  
 siendo en adelante esclavo,  
 no del rey, que mucho os ama,  
 sino del honor jurado.  
 Y ahora, decidnos qué pasa,  
 que así tenéis nuestro paso.

RAMIRO

¡El prodigio más divino!  
 ¡El más grandioso milagro!

Huían por el Auseba  
los musulimes desbandados,  
para rehacerse en el valle  
y dar de nuevo el asalto.  
Munuza delante de ellos  
iba en su potro africano.  
Cuando, al pasar la encañada,  
donde el Deva se abre paso,  
comienza el monte a agitarse  
cual si terremoto extraño  
las entrañas agitara  
de aquellos bosques fantásticos.  
El miedo cunde; los moros  
se echan al hondo barranco  
queriendo salvar sus vidas;  
sigue el monte trepidando,  
y al fin, cual si le abatiera  
peso de tanto pecado  
como en sus conciencias llevan  
los que están su cumbre hollando,  
desgajóse sobre el valle  
con un estruendo selvático.  
Munuza y los suyos quedan  
bajo el monte sepultados,  
teniendo por tumba infanda  
del Deva el fangoso álveo.  
Yo, que a retaguardia iba,  
por el prodigio aterrado,  
subí a la cueva, postréme  
a los pies del ermitaño,  
pidiendo perdón a gritos  
de mi proceder bastardo.

PELAYO

Y el ermitaño, ¿qué dijo  
al escuchar el relato?

RAMIRO

Se sonrió, sin turbarse,  
y a la Virgen señalando

con su mano: —Esa, me dijo,  
ya me lo había contado.  
Esperad mayores triunfos.  
Este es preludio de un canto  
de una epopeya sublime  
que comienza con Pelayo  
y cuyos himnos de triunfo,  
después de episodios trágicos  
en ocho siglos de guerra  
de conquistas, palmo a palmo,  
resonarán en Granada  
nuestro perdón proclamando.  
Al contármelo, sus ojos  
brillaban de un modo extraño;  
llegó al sitio en donde tiene  
nuestros tesoros guardados;  
sacó una hermosa corona,  
y de los nobles cercado,  
viene, como a rey de Asturias  
a ungiros y a coronaros.

#### PELAYO

Como corona de espinas  
acepto yo ese regalo.  
Comienza a subir España  
de la expiación el calvario;  
llevarán la cruz sus reyes;  
¡venga la cruz y subamos!

#### ESCENA ULTIMA

Dichos, ermitaño, grupo de nobles y soldados y dos pajes; uno  
trae en una almohadilla de terciopelo una corona y otro un  
cetro dorado

#### ERMITAÑO

Dad treguas a la lucha,—valientes campeones;  
que cese del combate—el hórrido fragor;

de Asturias flameando—ya libres los pendones,  
aclamen a su nuevo—monarca triunfador.

La Virgen por caudillo—le elige en este día,  
y entre prodigios quiere—que empiece a gobernar;  
¡Que sepan nuestros reyes—que reinan por María!  
¡Que España debe a ella—su nuevo despertar!

Ceñid esta corona,—que encontraréis manchada  
con crímenes de reyes,—esclavos del placer.  
¡Volvedle su hermosura,—dejándola esmaltada  
de leyes que os pregonen—esclavos del deber!  
(*Da la corona al conde Pablo, que la ciñe a Pelayo.*)

## PABLO

Tomad con ella el cetro—señal de poderío, (*se lo da*)  
que roto en mil pedazos—y oscurecido está.  
Mas pronto de tu arrojo—espera el pueblo mío  
que al oro de ese cetro—su brillo tornará.

## PELAYO

Han sido mis maestros—la adversidad y el llanto;  
a ser justo y creyente—con ellos aprendí.  
Mi reino es de la Virgen;—bajo su regio manto  
puse a mi pobre España,—cuando su rey me vi.

Hoy que corona y cetro—para guiaros llevo,  
sabed que vuestra guía—la Virgen ha de ser.  
La ofrenda de mi España—le torno a hacer de nuevo;  
su amor ha sido aurora—de un claro amanecer.

Tal vez rodando siglos—despunte la mañana  
y el sol de nuestra gloria—radiante brillará  
y agradecida España—por Reina y soberana  
de otros lejanos mundos—tal vez la aclamará!

UN SOLDADO

¡Viva la Virgen de Covadonga!

OTRO

¡Viva nuestra Reina!

OTRO

¡España por María!

*(Los vivos se suceden. Todos han sacado sus espadas y las han levantado en alto.)*

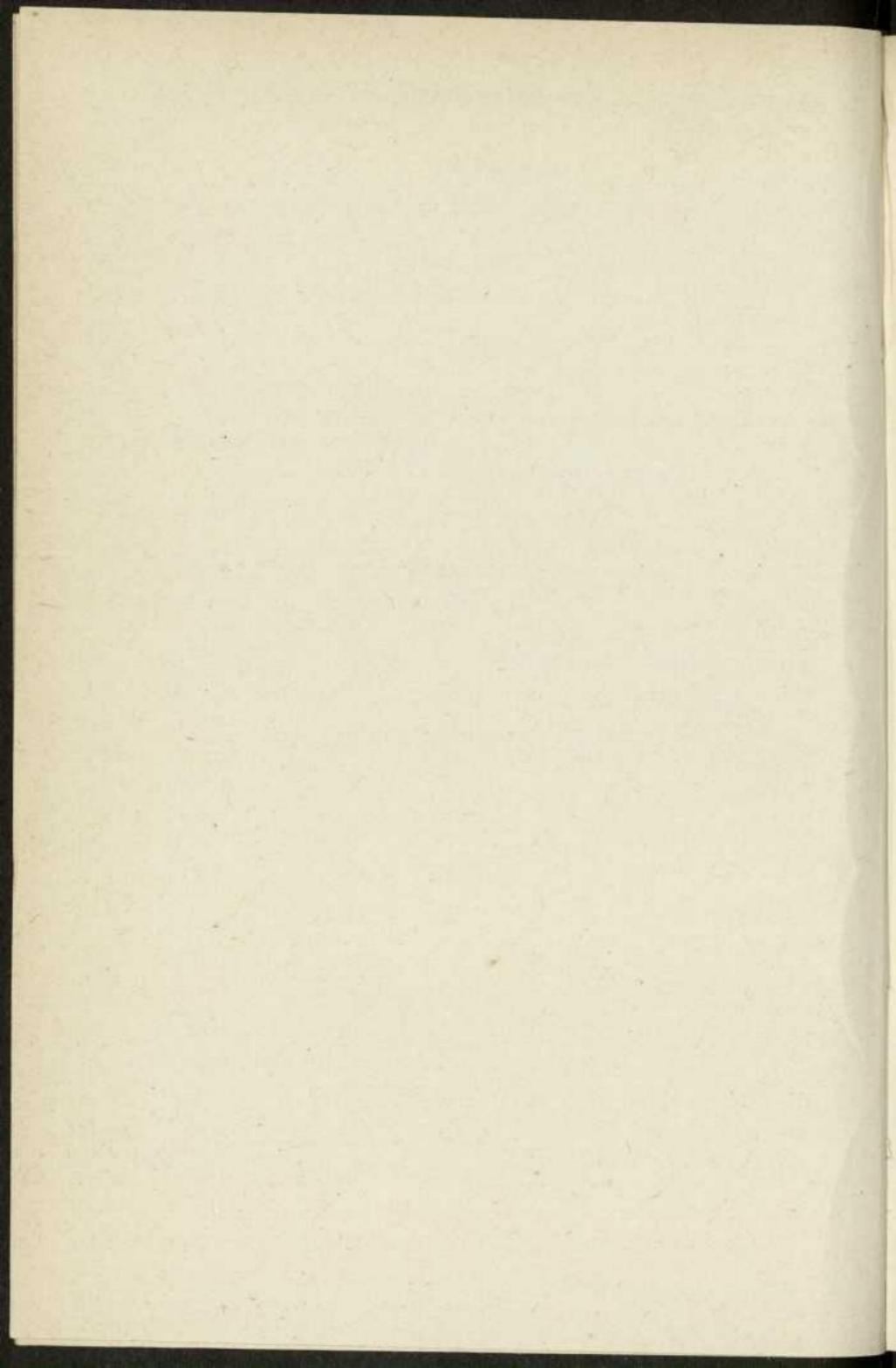
TELON RAPIDO

# Sevilla por María

---

LOA

de Personajes Marianos en la Historia de Sevilla,  
para obsequiar a las Juventudes Marianas de la  
América de raza de iberos



---

---

## AL LECTOR

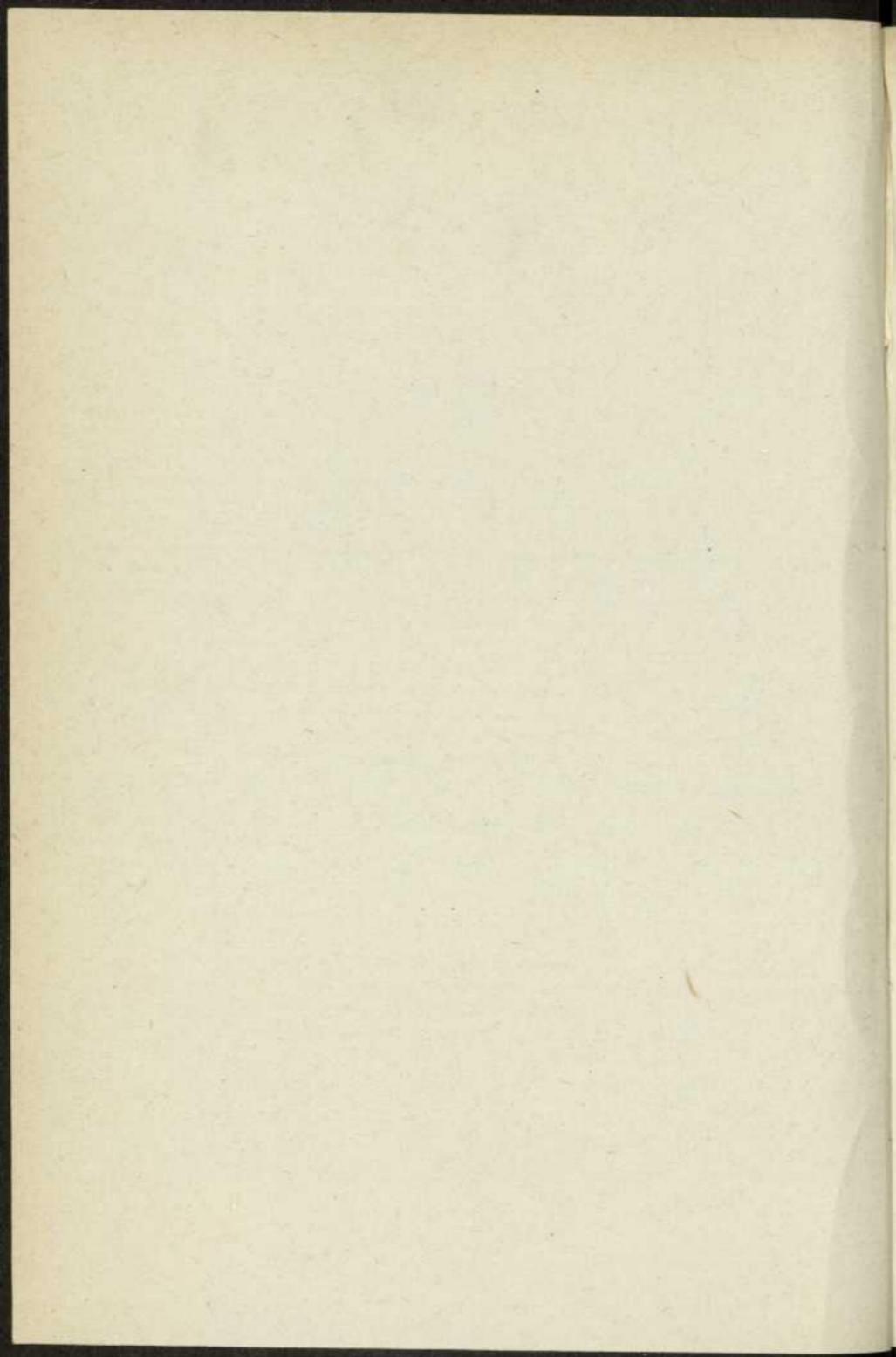
---

Como nota final del Gran Congreso Mariano Iberoamericano (1929), se tenía anunciada una cabalgata histórica representativa de la devoción de Sevilla a la Virgen, en especial en el dogma de su Concepción Inmaculada.

Esta cabalgata había de recorrer las calles de Sevilla, pasar por delante de la Lonja, donde estaba la tribuna de los prelados, en número de unos cincuenta de España, Portugal y América del Sur, y al desaparecer detrás del edificio de la Lonja, daría comienzo la loa *Sevilla por María*, compuesta por el P. Alberto Risco, a petición de los organizadores de este festejo. El escenario había sido dirigido por el arquitecto don Aníbal González.

El grandioso éxito de la cabalgata, donde tomaron parte cerca de mil personajes, entre ellos la aristocracia toda de Sevilla, y donde el inmenso público (unos cien mil espectadores) vió desfilar ante sus ojos y con todo lujo la indumentaria de la nación ibera, desde el manto romano hasta el morrión de la guerra de la Independencia, y desde el palanquín del pretor de Hispalis, llevado por ocho vigorosos negros, hasta la carretela donde el general Castaños paseaba su triunfo de Bailén por las calles sevillanas, todo esto ha sido descrito por periódicos de la localidad.

Lo que deseaba el centenar de miles de oyentes que se emocionaron al escuchar la *Loa*, con auxilio de los poderosos altavoces, y sobre todo al descorrerse el telón de fondo y aparecer la Inmaculada de talla, debida al cincel de Montañés, envuelta en flores y luces y cercada de sus seises, era conservar la letra de la *Loa* como recuerdo de aquella última gratisima impresión de días netamente marianos.



---

---

## PERSONAJES

(ORDEN DE ENTRADA)

---

### QUE HABLAN

- CUADRO I: HERALDO.—DIOGENIANO.—JUSTA.—RUFINA.—SABINO.
- CUADRO II: RECAREDO.—HERMENEGILDO.—CARCELERO.—INGUNDA.—SAN LEANDRO.
- CUADRO III: SAN FERNANDO.
- CUADRO IV: CONDE DE CIFUENTES.—ARZOBISPO MENDOZA. COLÓN.
- CUADRO V: ARZOBISPO CASTRO.—B. DEL TORO.—VÁZQUEZ DE LECA.—MONTAÑÉS.—MURILLO.—MIGUEL DEL CID.—P. J. DE PINEDA.
- CUADRO VI: GUARDIA PATRIA.—CASTAÑOS.—J. DE SAN MARTÍN.—FRANCISCO DE SAAVEDRA.

### QUE NADA HABLAN

- CUADRO I: Legionarios del pretor Diogeniano.
- CUADRO II: Soldados, si se quiere, pues puede salir sólo el carcelero.
- CUADRO III: La reina doña Juana.—Príncipe don Alfonso el Sabio.—Infantes don Felipe, don Enrique, don Sancho, don Manuel, don Alfonso de Molina.—El arzobispo don Remondo.—Otros obispos.—Mohamed de Baeza.—Sidi Abucet, de Valencia.—Diego López de Haro.—Lorenzo Suárez Gallinato.—Ramón Bonifaz.—Pelay Correa.—Pero Núñez

de Guzmán.—Garcí-Pérez de Vargas.—Soldados, damas, frailes, etc., etc.

CUADRO IV: Juan R. de Fonseca.—Rodrigo J. de Santaella. Algunos veinticuatro y damas.—Bartolomé Colón.—Diego Colón.—Fernando Colón.—Frailes, guerreros, marinos, etcétera, etc.

CUADRO V: Melchor de Alcázar.—Veinticuatro, dignidades del Cabildo, damas.

CUADRO VI.—Coupigni.—Reding.—Peña (generales).—Cabildos de Sevilla, Junta de Sevilla (vocales), soldados, músicos, etc., etc.

---

---

## INTRODUCCION

---

Al llegar la cabalgata, queda toda ella oculta, y entra en escena el heraldo, vestido de paje del siglo XIV; se dirige directamente al público y comienza la loa.

### HERALDO

Soy heraldo de la gloria  
que canto gestas pasadas,  
muchas veces olvidadas  
en los libros de la Historia.  
Hoy que, surcando del mar  
las siempre movibles olas,  
a las playas españolas  
he visto gente llegar,  
quise saber con qué fin  
esas olas desafían;  
qué ideales les traían  
de tan remoto confin;  
y de gozo me llené  
al ver tanta juventud  
junta con tanta virtud  
como en sus almas miré.  
Supe que Sevilla era  
la meta de su destino;  
que va buscando el camino  
de una gloria verdadera;  
y yo que siempre sentí  
por Sevilla un hondo amor;  
que en las sendas del honor  
siempre caminar la vi,

vengo alegre a saludar  
a esa juventud lozana,  
y en la historia sevillana  
voy esa senda a mostrar.  
¡Llegaron por fin! ¡Ya brilla  
su inmaculada bandera!  
¡Salve, ciudad hechicera,  
hermosísima Sevilla!  
¡Salve, sol de eterno brillo!  
¡piedra de inmenso valor,  
que engarzó un día el Señor  
del Betis en el anillo!  
Los que, fiados en Dios,  
dejaron su patrio hogar  
para lanzarse a la mar  
de nuevos mundos en pos,  
formaron pueblos guerreros,  
mezclando con galanura  
de sus montes la bravura  
con la fe del pueblo ibero.  
Y hoy, que empiezan a brillar  
en los cielos de la Historia,  
vienen a ver en tu gloria  
claro ejemplo que imitar.  
Que tú les digas desean  
contándoles tu pasado,  
dónde, Sevilla, has hallado  
los lauros que te hermocean.  
Diles que la gloria es vana  
si en la virtud no se asienta;  
que el mayor timbre que ostenta  
Sevilla, es su fe mariana.  
Santiago dejó al pasar  
por esta hermosa región,  
de la limpia Concepción  
la tradición secular,  
y ya en la época romana  
se desarrolla esta escena.  
Van a cumplir su condena  
los dos Lirios de Triana.

---

---

## CUADRO PRIMERO

---

Epoca romana.—Confesión de fe de Santa Justa y santa Rufina: conversión del lictor Sabino. (Conforme va hablando el heraldo, van entrando en escena los personajes. Diogeniano se sienta en el estrado. Justa y Rufina entran con las manos encadenadas. Sabino queda en un extremo, siempre admirando el valor de las dos jóvenes trianeras.)

### HERALDO

Por legionarios seguido  
avanza el pretor romano,  
el impío Diogeniano,  
de furor enardecido.  
Entran después, pudorosas,  
Justa y Rufina su hermana.  
¡En los huertos de Triana  
nacieron estas dos rosas!  
Sigue el Lictor con su gente.  
Es Sabino. Ya en su pecho,  
por negras dudas deshecho,  
la fe del cristianismo siente.

*(Diogeniano se dirige a Justa y Rufina con mucha dulzura. El heraldo desaparece por el extremo izquierdo del espectador, por donde ha entrado el grupo.)*

### DIOGENIANO

¡Hermosas niñas, dejad  
esa loca terquedad

con que os estáis condenando  
a una cárcel, y secando  
en flor vuestra tierna edad!

JUSTA

¡Pretor, no insistas! Es vana  
tu temeraria porfia;  
para una mujer cristiana  
no hay más reina y soberana  
que la del cielo: María!  
Ni hay más Dios a quien servir  
que el que vino a redimir  
a los hombres con su muerte!

PRETOR

*(Todavía con disimulada dulzura.)*  
Pues... ¡Moriréis!

RUFINA

*(Con sonrisa dulce pero algo irónica.)*

Dulce suerte  
lograr por mi Dios morir!  
Escucha. A Híspalis vino,  
ha tiempo ya, un peregrino  
de la región palestina,  
para enseñar la doctrina  
de su Maestro divino.  
Nos instruyó en la verdad  
de un Dios que en la Cruz murió.  
Nos enseñó castidad,  
que no enseña tu deidad  
impura de Salambó.  
Nos formó con la ternura  
de una mujer, siempre pura,  
que al par es Virgen y es Madre  
de un Dios que nace sin padre  
y es Creador y al par criatura.  
Juez y Víctima a la par;  
Pastor que tanto me amó,

que ya no supo qué dar,  
 y el cuerpo, que en cruz murió,  
 me lo ha dejado en manjar!  
 ¡A ese adoramos las dos!  
 ¡Y de la pureza en pos  
 vamos de esa Virgen bella!  
 porque es el norte, es la estrella  
 que guía al seno de Dios.  
 ¡El triunfo ya está previsto!  
 ¡Y por eso ya habrás visto  
 que al cristiano no le arredra  
 morir proclamando a Cristo  
 ante un ídolo de piedra!

SABINO

*(Aparte.)*

¡Qué heroísmo da una fe  
 del triunfo en la eterna palma!  
 ¡Oh, qué doctrina!... ¡No sé  
 desde que yo la escuché  
 lo que tengo aquí en el alma...

PRETOR

*(Llamándole.)*

¡Sabino!

SABINO

*(Precipitadamente y muy turbado, creyendo que Diogeniano habrá oído su soliloquio.)*

¡Señor! ¡Decía!...

PRETOR

¡Por Hércules! ¡Es extraña  
 de estas locas la manía!  
 Vamos a subir hoy día  
 camino de la montaña.  
 Vendrán descalzas las dos  
 de mis legiones en pos

con la suerte que prefieran:  
o que de cansancio mueran,  
o que olviden a ese Dios.

SABINO

Así se hará.

JUSTA

*(A Diogeniano, que baja las escaleras del tribunal y se dirige al lado opuesto por donde ha entrado, seguido de los legionarios.)*

¡Diogeniano!  
un favor. ¡No lo neguéis  
a estas niñas!

PRETOR

Siempre humano  
veréis al pretor romano,  
si sois cuerdas. ¿Qué queréis?

JUSTA

*(Con mucha insinuación.)*  
Señor, aquel peregrino  
que vino de Palestina,  
dejónos en su camino  
una Virgen peregrina;  
con un rostro tan divino  
que, cuando libres estábamos  
en nuestra humilde ollería,  
mi hermana y yo cada día  
ante sus plantas rezábamos,  
y ella nuestro ruego oía.

PRETOR

*(Con disgusto.)*  
¿Y qué quieres?

JUSTA

¿No es razón?  
¿No es justa mi aspiración?

¡Si ella es mi único embeleso,  
quiero verla, y en un beso  
dejarle mi corazón!

## PRETOR

*(Saliendo ya de escena, por el lado opuesto a donde entró, y con mucha displicencia.)*

¡Por Baco! ¡No cejarán!  
¡Y se saldrán con su intento!

*(A Sabino, que ha quedado al lado opuesto con los soldados de su mando, y mira a Diogeniano con señales de ira, cuando éste está vuelto de espaldas.)*

¡Líctor, hoy las llevarán  
al ecúleo, y les darán  
media hora de tormento!

*(Sale con la cohorte con que entró. Sabino le hace una reverencia, y al verle desaparecer, una señal de ira.)*

## SABINO

¡Está bien! *(Aparte.)* ¡Tigre dañino!  
*(Volviéndose a sus soldados con señal de imperio.)*

¡Idos vosotros de aquí!  
Que ha de ser duro el camino,  
y en Hispalis hay buen vino.

¡A mi salud, y por mi!

*(Les arroja un bolso con dinero. Los soldados lo recogen y se van detrás de la cohorte de Diogeniano.)*

## RUFINA

*(Al quedarse los tres solos, se acerca a Sabino con humildad de continente y en son de súplica. Sabino ha quedado en el sitio opuesto y vuelve hacia ella.)*

¡Líctor, por el Dios del cielo!  
¡Mira que es justo el anhelo  
de estas pobres prisioneras!  
¡Muéstrate humano y no quieras  
privarnos de este consuelo!

## SABINO

*(Queda un momento pensativo. Al fin toma una resolución, que manifiesta en la misma sacudida del cuerpo.)*

¡Mi vida expongo! ¡Lo sé!  
 Mas... ¿por qué temer? ¿Por qué?  
*(Dirigiéndose ya a las dos.)*  
 ¡Venid conmigo las dos!  
 ¡Vuestro Dios será mi Dios!  
 ¡será mi fe vuestra fe!

## RUFINA

*(Llena de júbilo.)* ¡Sabino!...

## JUSTA

*(Idem.)* ¡Oh! ¡Qué alegría!  
 ¿Cristiano eres?

## SABINO

Aún no.

¡Pero siente una agonía  
 y una lucha el alma mía  
 como nunca la sintió!  
 ¡Os he venido escuchando  
 hablar ante el tribunal;  
 y he venido comparando  
 con un Dios que muere amando,  
 mis dioses de pedernal!  
 ¡Con la vida indecorosa  
 de tanta diosa romana,  
 la de esa Virgen hermosa,  
 que es linda, como una rosa,  
 y pura, cual la mañana!  
 ¡Y yo la quiero adorar,  
 y, cual vosotras, gozar  
 de la luz del cristianismo!  
 ¡Que pronto, por el bautismo,

la pueda ¡Madre! llamar!

Id conmigo sin temor.

*(Se van acercando lentamente hacia el lado por donde han salido el pretor y sus soldados; pero con naturalidad, de suerte que, al desaparecer, se suponga que siguen hablando.)*

Mas, pronto; que el tiempo vuela,  
y si me busca el pretor...

#### JUSTA

*(Con transportes de gozo.)*

¡Oh, qué bueno es el Señor

que así los llantos consuela!

¡Sí! ¡Vamos pronto, Sabino!

¡Mi gozo veré colmado!

¡Veré su rostro divino!...

¡Ven, sé un oculto camino

por nosotras frecuentado!...

*(Han desaparecido. Al mismo tiempo, aparece el heraldo por la puerta izquierda.)*

#### HERALDO

*(Apareciendo, continuando la escena.)*

Y aquellas dos azucenas

vieron su gozo cumplido,

yendo a los pies de la Virgen,

amparadas por Sabino.

Los tres sellaron muy pronto

la fe con santo martirio.

Desde entonces, en las huertas

del otro lado del río,

tiene el nardo más blancura;

carmin, el clavel, más vivo,

y olor más fino la rosa,

porque a través de los siglos,

dicen que bajan al horno

y a regar su huertecito

las dos hermosas trianeras;

y al cruzar por el plantío,

en las rosaledas dejan

efluvios del paraíso;  
 y besan los blancos nardos  
 por ser de pureza el símbolo,  
 y en los claveles reflejan  
 la sangre de su martirio. (*Pausa.*)

Cuando el imperio de Roma  
 de España perdió el dominio,  
 no perdió el suyo la Virgen  
 en ese vergel florido.  
 Mientras el resto de Hesperia  
 profanaba Leovigildo  
 de la inmunda secta arriana  
 con los sacrílegos ritos,  
 Híspalis era un encanto;  
 siguió siendo un paraíso,  
 donde Fulgencio, Isidoro,  
 y Leandro, su arzobispo,  
 la pureza de María  
 probaron en sus escritos.

(*Pausa.*) (*Se vuelve como mirando al castillo de Aznal-  
 farache, y cambia de tono. Algo profético.*)

¡Castillo de Aznalfarache;  
 de Oseto fuerte castillo;  
 si de oro fueran los bloques  
 de tus bastiones macizos,  
 no dieran al sol más lumbre  
 que dan a la Historia brillo!  
 ¡En tus lóbregas mañmorras,  
 tras de infame parricidio,  
 brotaron luces de áurora,  
 con fulgores diamantinos,  
 que fueron más tarde el día  
 del triunfo del Cristianismo!

(*Vuelve al tono natural de narración.*)

Era Ingunda de la Galia  
 el clavel más peregrino.  
 Sus ruegos, sus oraciones,  
 volvieron la fe de Cristo  
 a Hermenegildo, su esposo,  
 nublada un tiempo en su espíritu.

La conversión, en su padre  
el arriano Leovigildo  
mueve satánicas iras,  
y al fin concibe el designio  
de arrancarle la corona  
y la vida a un tiempo mismo.  
¡Se lanza contra Sevilla  
donde es rey Hermenegildo!  
El joven rey, a quien vende  
la traición del bizantino,  
busca los muros de Oseto,  
que es muy fuerte este castillo.  
Mas nueva traición le pone  
inerte, preso, vencido,  
de Recaredo, su hermano,  
entre las manos cautivo.  
¡Juventud, que vas buscando  
de la gloria los caminos!  
¡Va a señalarte esa senda  
con su voz Hermenegildo!

---

---

## CUADRO SEGUNDO

---

Epoca visigoda.—Protestación de fe de San Hermenegildo, y de su esposa Ingunda.—El arzobispo San Leandro anuncia el triunfo de la unidad católica española. (Vase por el lado izquierdo el heraldo. Pausa.—Por el lado derecho aparecen Hermenegildo desarmado, la cabeza descubierta; es un prisionero. A su lado, Recaredo con armas y diadema. Vienen hablando.)

### RECAREDO

¡Ya ves, Hermenegildo! Tu locura  
cual malhechor en la prisión te ha puesto.

### HERMENEGILDO

¿Cual malhechor? ¡Bien sabes tú la historia!  
Engañado, a traición me han puesto preso.  
Me ofreciste la paz si abandonaba  
mi inexpugnable posición de Oseto.  
Te creí. La dejé. Me aprisionaste...  
y... ¿quién es malhechor? ¡Di, Recaredo!

### RECAREDO

¡Bien! Esa paz te ofrece nuestro padre.  
La unidad arriana es de su imperio  
la fuerza, y... si se rompe...

### HERMENEGILDO (*interrumpiéndole*).

¡Basta, hermano!  
Yo a dos señores acatar no puedo,

ni Dios le dió a los reyes dos conciencias.  
 La que rija sus actos, rige al pueblo;  
 y antes que dividir logréis la mía,  
 sabed que este cautivo está dispuesto  
 a perder su corona y sus Estados

RECAREDO (*con ironía*)

¿Y la vida también?

(*Movimiento de sorpresa en Hermenegildo, que reprime y se serena al punto.*)

HERMENEGILDO

¿Seréis perversos  
 hasta el crimen?

RECAREDO

¡No tal! ¡Será justicia!

HERMENEGILDO

¡La muerte!... ¡Bien está! ¡También la acepto!

(*Cambiando de tono, que comienza insinuante y va excitándose poco a poco.*)

Oye, hermano: mi esposa, al convertirme,  
 contóme ese dulcísimo misterio  
 que vosotros negáis, pero que en Hispalis  
 todos lo adoran y a morir dispuestos  
 están por él. Nosotros, con Leandro,  
 de María en la frente brillar vemos  
 una doble corona; es Madre y Virgen;  
 es madre del Dios hombre verdadero;  
 y es tan pura a la par, y es tan intacta,  
 y es tan inmaculada, que naciendo  
 de la raza de Adán, que está leprosa,  
 la lepra original con que nacemos  
 para ella sola el infinito brazo  
 de Dios, contuvo en el albor primero.  
 Así nos lo ha enseñado el santo Apóstol;  
 y así es la realidad, y así lo creo.  
 Y si es preciso rubricar con sangre

lo que negar osáis, porque estáis ciegos,  
tomad la mía, y escribid con ella  
lo que acabas de oír; y lleva luego  
de la nobleza goda a los castillos  
mi confesión de fe; que sepa el pueblo  
que no ha sido un traidor Hermenegildo;  
¡que, por no ser traidor, por eso ha muerto!

RECAREDO (*aparte*)

¡Imposible salvarle! ¡Está demente!  
El último recurso probaremos.

(*A Hermenegildo.*)

Hermano: si te obstinas en perderte,  
de llevarte a Valencia la orden tengo.  
Ingunda te va a hablar; por vez postrera  
si a tu fe no renuncias. (*Llamando.*)

¡Carcelero!

Que venga esa mujer que por mi orden  
aguardando estará.

CARCELERO (*que aparece en el fondo*)

Aquí la tengo.

(*Al entrar Ingunda, ambos esposos van a abrazarse. Recaredo se interpone.*)

INGUNDA

¡Esposo! (*Va hacia él.*)

HERMENEGILDO

(*Yendo hacia ella*) ¡Esposa!

RECAREDO

(*Interponiéndose.*) ¡Esperad!

Juez y hermano a un tiempo mismo,  
debe tender un abismo  
entre los dos mi piedad.

Pronto libre le has de ver;

(*a Ingunda*) mas con una condición.

INGUNDA

¿Cuál?

RECAREDO

Que le ponga en razón  
tu prudencia de mujer.

INGUNDA

¿Es decir, la apostasía?  
Primero, muerto a tus pies.  
Recaredo, ¿tú no ves  
que el perjurio es cobardía?  
Toda la Bética oyó  
su protestación de fe.  
¿Tú sabes lo que gocé?  
¿lo que Sevilla gozó?  
¡No, esposo! ¡Piénsalo bien!  
Que esas flores que hoy te dan,  
marchitas se quedarán  
a las puertas de otro edén.  
Si a Dios ponerte le plugo  
en tan difícil dilema,  
rompe el cetro y la diadema  
y arrójalas al verdugo!  
¡Y antes que la fe sucumba,  
la vida mil veces da!  
¡Que tu esposa cubrirá  
con flores tu heroica tumba!

HERMENEGILDO (*a Recaredo*)

¡Ya lo ves! ¡Es muy hermosa  
la vida con sus honores;  
pero prefiero esas flores  
con que me brinda mi esposa.

RECAREDO

¡Ceda ya la compasión  
a la justicia! (*Al carcelero.*) ¡Llévadle,

y las cadenas echadle  
que tenía en la prisión.

HERMENEGILDO (*al desaparecer*)

¡Hasta el cielo, Ingunda, adiós!

INGUNDA (*yendo hacia el sitio por donde desapareció su esposo*)

¡Adiós! ¡Envidio tu suerte!  
¡ofrece al Señor tu muerte  
porque vuelva España a Dios!

LEANDRO (*entrando*)

¡Volverá! ¡Llegó la hora  
de ese triunfo tan glorioso;  
y la sangre de tu esposo  
es de ese día la aurora!  
Del arrianismo el pecado  
una víctima pedía.  
¡Dichosa tú, ciudad mía,  
que a Dios la víctima has dado!  
Ahora, Recaredo, escucha:

(*Volviéndose a Recaredo.*)

Te ha turbado mi presencia  
¿verdad? Yo soy tu conciencia  
que viene a entablar la lucha.

RECAREDO (*muy turbado*)

¡Tío, dejadme marchar!  
¡Tengo orden de mi padre  
de prenderos!

LEANDRO

Y hoy tu madre  
me manda hablarte.

RECAREDO (*cada vez más turbado*)

¡Callad!

¡Mi madre!... (*Baja abatido la frente.*)

## LEANDRO

Teodosia, sí;  
mi hermana, que ya murió,  
y al morir, me confió  
vuestras conciencias a mí.  
Ya de Ingunda el buen consejo  
salvó por fin a tu hermano.  
Mas tú... dime, ¿será en vano  
que llore por ti este viejo?  
¡Contesta! ¿Enmudeces? ¡Habla!  
Pronto al trono subirás  
y a España toda tendrás  
pendiente de tu palabra.  
Ya no es sólo este jardín  
del Betis quien en ti fia.  
Toda España es de María  
de un confín a otro confín.  
¡Proclámala tú! *(Con mucho énfasis.)*

## RECAREDO

¡Es verdad!  
¡Jamás de mí vista pierdo  
de esa Virgen el recuerdo,  
luz de mi primera edad!  
Pero... mi padre es el rey...  
y la nación es arriana...

## INGUNDA

Acuérdate que mañana  
serás tú quien dé la ley.  
Consumado el crimen ya  
de tu padre Leovigildo,  
la sangre de Hermenegildo  
siglos de gloria traerá.  
Cumple la triste misión  
de tu padre y soberano.  
Mas ven...; besemos la mano  
del mártir en su prisión.

*(Desaparecen los tres lentamente. Música muy suave.)*

---

---

## CUADRO TERCERO

---

San Fernando entra victorioso en Sevilla, con sus mesnadas, llevando en triunfo a la Virgen de la Sede.

HERALDO (*entrando por el lado izquierdo*)

Pasaron los años; los siglos pasaron;  
la sangre del Mártir su fruto rindió.  
María es de España la Reina y Señora;  
Sevilla es heraldo de su Concepción.  
Mas luego en sù cielo rugió la tormenta;  
al godo la raza agarena venció;  
la reina del Betis, la hermosa Sevilla,  
la ciudad mariana, cautiva quedó.  
Un día la aurora brilló en Covadonga.  
Yo vi de Pelayo las huestes bajar;  
las vi por las Navas subir de Tolosa,  
y así te alentaba, Sevilla sin par.  
¡No pierdas la esperanza, Reina mía!  
Que ya alborea el día  
del triunfo de la Cruz! ¡Ya los corceles  
siento piafar! ¡La hueste de Pelayo  
se lanza como un rayo  
coronando la Cruz con sus laureles!  
¡Ya se acercan! ¡Los ves? ¡Oh, qué pujanza  
la de su fuerte lanza!  
¡Cómo brilla la cruz en sus pendones!  
¡Salve, oh Cruz, de los cielos maravilla!  
¡Ven! ¡Ven aquí! ¡A Sevilla,  
que hace siglos que gime entre prisiones!

¡Ven a salvarla, y que su fe reviva;  
 que aquí vive cautiva  
 de los moros su Reina Inmaculada!...  
 ¡Ya me oyeron! ¡Se acercan!... ¡Ya Carmona  
 se engarza en su corona!...  
 ¡Ya en Alcalá campea su mesnada!...  
 ¡Qué fuertes son sus recios adalides!  
 ¡Qué diestros en las lides!  
 Pelay Correa, el sin igual guerrero;  
 López, el de Vizcaya; Núñez; Lara;  
 Guzmán... ¡La más preclara  
 nobleza goda esgrime allí su acero!  
 ¡De Bonifaz avanza por el río  
 con invencible brío  
 la valiente flotilla!... ¡El puente gana!  
 ¡Qué lucha más cruel!... ¡Oh, Dios lo ha hecho!  
 ¡El puente está deshecho!  
 ¡Venció la Santa Cruz! ¡Nuestra es Triana!  
 ¡Sí! ¡Ya llegan! ¡Escucho sus clamores!  
 ¡Sus gritos vencedores!  
 ¡Gloria a ti, Virgen pura y sin mancilla!  
 ¡Tuyo es el triunfo! ¡Tuya es la victoria!  
 ¡Coronado de gloria  
 viene Fernando a ti, linda Sevilla!

*(Van entrando a guisa de procesión, como lo indica Zúñiga, en primer término los caballeros; damas; guerreros; infantes; los dos reyes moros; las andas de la Virgen de la Sede; los prelados, los hijos del Rey; San Fernando y su esposa doña Juana. Ha quedado en el fondo la Virgen de la Sede en sus andas. San Fernando y su esposa al lado derecho. El heraldo al lado izquierdo; toda la comitiva, repartida por el escenario. El heraldo se dirige a la Virgen.)*

HERALDO (*dirigiéndose a la Virgen*)

¡Tú has roto de Sevilla las cadenas!  
 Mientras corra en las venas  
 de sus hijos la sangre sevillana,  
 defenderán, hasta perder la vida,  
 que fuiste concebida  
 más pura que la luz de la mañana.

SAN FERNANDO (*con mucha pausa para que se entienda bien el lenguaje castellano antiguo de la cuaderna via. Dirigiéndose al público sevillano.*)

En el poder de Dios e de Sancta María,  
de tu prisión, que el moro captiva te tenía,  
Sevilla, vos dó libre; ca he entrado este día  
la cibdat de míos omes por la grant valentía.  
Magüer que el rey vos quita de cuita proce-  
[losa,  
catad que non fagades a mi mercet de cosa.  
Si aina vos gozades, reyna e poderosa,  
mercet es de la Madre de don Yesús gloriosa.

(*Dirigiéndose al arzobispo Remondo.*)

Et vos, mío yermano e sennor don Remundo,  
desta mezquita mora tirad todo inmundo.  
Ca de mío cuerpo ella será heredad e fundo,  
cuant en Dios la mía ánima fincare de este  
[mundo.

HERALDO (*al rey Fernando*)

Y Sevilla, a esa herencia de vuestro cuerpo santo,  
al pie de esa Señora, debajo de su manto,  
con mármoles y plata dará rica mansión.  
Y en forma de Giralda, esbelta y atrevida,  
hasta ese Dios, en donde vuestra alma santa anida,  
se elevará a los cielos perenne su oración.

(*Comienza a salir silenciosa la cabalgata por el opuesto lado. El heraldo puede salir con ella y entrar luego, o puede permanecer solo en escena. Pausa.*)

---

---

## CUADRO CUARTO

---

Segundo viaje de Colón después de pedir su venia a la Virgen de la Antigua, que se venera en Sevilla.

### HERALDO

El triunfo ya está cercano.  
Vuela el tiempo presuroso.  
Va avanzando victorioso  
el ejército cristiano;  
y Dios, que ensalza y humilla,  
por calmar su triste lloro,  
regala a España un tesoro  
en Isabel de Castilla.  
Con ella la Cruz sagrada,  
tras ocho siglos de lucha,  
la canción del triunfo escucha  
por la Alhambra de Granada;  
y Dios, con amor profundo  
hacia esa invicta matrona,  
toma su vieja corona  
y engarza en ella otro mundo.  
Gloria de Sevilla fué  
la segunda expedición;  
de aquí salió con Colón  
el primer rayo de fe.  
Solicito está Cifuentes  
en abastar galeones,  
de armas, de provisiones,

y de aventureras gentes;  
 y busca en tanto el prelado  
 que, entre esos aventureros,  
 lleven santos misioneros  
 la fe del Crucificado.  
 Aquí llegan. A partir  
 ya Colón dispuesto está.  
 ¡Solemne instante! ¡En él va  
 de América el porvenir!

\* \* \*

*(Va entrando en escena el primer grupo de este cuadro. El arzobispo don Diego Hurtado de Mendoza viene hablando con el conde de Cifuentes, asistente de Sevilla. Detrás, las dignidades don Juan Rodríguez de Fonseca, don Rodrigo Giménez de Santaella, etc., etc. Vienen algunos de los veinticuatro, algunas damas, etc., etc.)*

**CIFUENTES** *(hablando con el arzobispo)*

Ya está todo preparado.  
 No estará Colón mohino.  
 Van catorce carabelas;  
 tres galeones magníficos;  
 millar y medio de hombres,  
 y... en fin, cuanto él ha pedido.

**ARZOBISPO**

Abastado va también  
 en lo que atañe al espíritu,  
 que a fray Bernardo Buil  
 doce frailes se han unido,  
 lleno el corazón de celo  
 por la fe de Jesucristo.

**CIFUENTES**

Alegre estará Sevilla.

## ARZOBISPO

Que alegre está lo adivino.  
Y es justo. Tiene la gloria  
de ver que desde su río  
sale Colón a poner  
cumbre a su genial principio;  
que, si introducción la Rábida  
fué del poema, ha querido  
que en nuestro Arenal se escuchen  
del himno triunfal los gritos.

## CIFUENTES

¡Qué día para Castilla  
más grande, más decisivo!  
¡Grande hazaña es la conquista  
que van a emprender sus hijos!

## ARZOBISPO

Creo que hazaña más noble  
sueña darle su arzobispo.  
Ved, que, mientras vos metéis,  
como asistente solícito,  
en las zabras y pataches  
pertrechos casi infinitos,  
los mareantes acuden  
con el corazón contrito  
a pedir ante mis Virgenes  
un bonancible camino!  
Y a la Virgen del Buen Aire,  
de *buenos aires* auspicio,  
darán el postrer saludo  
cuando a partir estén listos.

## CIFUENTES

¡Cierto! ¡La fe sevillana  
con ellos hará el camino,  
que fe tan concepcionista  
como la suya, es designio

de Dios que a las Indias vaya  
 para que, al rodar los siglos,  
 cuando Hijas España engendre  
 en aquellos paraísos,  
 de almas grandes, cual sus bosques,  
 cuerpos fuertes, cual sus riscos,  
 de ideales, cual sus cóndores  
 que rayan en lo infinito,  
 sepan rezar a la Virgen  
 como Sevilla la ha visto.  
 ¡En cambio, la Virgen siembre  
 de laureles sus caminos!...  
 Colón se acerca. Sus sueños  
 por fin se han de ver cumplidos.

*(Entra la segunda parte de los personajes de este cuadro.—Cristóbal Colón; su hermano Bartolomé; sus hijos Diego y Fernando y los que van a ir con él.)*

#### CIFUENTES

¿Estáis dispuesto a partir?

#### COLÓN

La gente tengo dispuesta.  
 La flota en línea se halla  
 desde el puerto de las Muelas  
 por el Arenal abajo,  
 recomida de impaciencia.  
 Sólo nos falta el permiso  
 de la mi Señora y Reina,  
 de la Virgen de la Antigua,  
 para desplegar las velas.

#### ARZOBISPO

Su venia pedid, Cristóforo,  
 que con vos Sevilla entera  
 de hinojos ante la Virgen  
 también pedirá esa venia.

## COLÓN

A decirle voy que España  
no quiere reinos ni tierras  
para aumentar los esclavos  
de la gran reina Isabela;  
que busca tan sólo almas  
donde sus virtudes prendan,  
y pueblos libres que inclinen  
sólo ante Dios su cabeza;  
que si en su Torre del Oro  
se almacenan las riquezas,  
más que a su real corona  
darán brillo a sus iglesias.  
¡Adiós, Sevilla! ¡Si vuelvo

*(Al público.)*

de nuevo a esas nuevas tierras  
*(Los señala.)*

con los hijos de mi amor,  
y con mi gente guerrera,  
es para buscarle un trono  
¡a tu Virgen, a tu Reina!

## ARZOBISPO

¡Bien decís! ¡La de Sevilla;  
la Madre de Dios excelsa;  
la concebida sin mancha!  
¡Esa es nuestra Virgen, ésa!  
¡En nombre de ella partid!

## COLÓN

¡Partimos con buena estrella!

*(Va pasando la cabalgata hasta desaparecer por el lado derecho. Van hablando Cifuentes y el arzobispo, Colón y los suyos, hasta perderse por el lado derecho.)*

---

---

## CUADRO QUINTO

---

Los cabildos de Sevilla, después de obtener del Papa una bula favorable a la "Pia Creencia", van a ligarse con voto de defender la pureza inmaculada de la Virgen. (Queda la escena sola. Se oye muy lejos el canto de Miguel Cid: "Todo el mundo en general"... Al terminar el canto, entra en escena el heraldo.)

### HERALDO

Llegó el día, por fin, en que Sevilla  
al palenque lanzóse con nobleza  
a defender ante la faz del mundo  
la concepción sin mancha de su Reina.  
Montañés con sus sueños escultóricos;  
Miguel Cid con sus cantos de poeta;  
Murillo, cuando empapa sus pinceles  
del paraíso en celestial esencia  
y, elevándose al cielo entre querubes  
y embriagándose en raptos de pureza,  
bajar hace a los ángeles del cielo  
que alrededor del cuadro juguetean;  
y Bernardo de Toro con sus éxtasis,  
y con su ardiente amor Vázquez de Leca;  
y teólogos sabios en sus cátedras  
y el pueblo, y el Cabildo, y la Nobleza...  
Sevilla, en fin, es horno en donde arde  
sagrado fuego, que su pecho quema;  
que se desborda en públicos torrentes  
de acordes populares que resuenan;

de llantos de consuelo, que se ocultan;  
 de procesiones y de alegres fiestas  
 que un negro esclavo, al contemplarse libre,  
 vende su libertad, y las costea.  
 Aun no ha llegado el día de ese triunfo  
 que la fe sevillana alcanzar sueña,  
 mas puede estar gozosa: ha dado un paso  
 donde la luz del dogma ya alborea.  
 Espléndido es el triunfo de Sevilla;  
 ha logrado en un Breve que enmudezcan  
 las lenguas que el misterio profanaban;  
 y llegan hoy Mateo Vázquez de Leca  
 y Bernardo de Toro, que al Cabildo  
 cuentan su triunfo en la Ciudad Eterna.

*(Dirigiéndose al público.)*

Llegan los embajadores;  
 resuenan ya los loores  
 a María Inmaculada;  
 Sevilla está engalanada  
 de colgaduras y flores.  
 Brilla la pompa real  
 en su ingente catedral,  
 donde el rey santo reposa,  
 que una turba clamorosa  
 invade hasta el pétreo umbral.

*(Pausa. Van entrando conforme los va nombrando el heraldo en escena; don Pedro de Castro se sienta en el sitio; los otros se van colocando en grupos. Quedan los que han de hablar en situación de ser oídos del público.)*

Pedro de Castro, el prelado  
 que el gran triunfo ha conquistado,  
 abriendo al dogma el camino,  
 de su Cabildo cercado  
 entra en el templo divino.  
 Con él entra la nobleza;  
 los veinticuatro; las damas  
 ostentando su belleza,  
 que, más que de amor las llamas,  
 mueven a amor de pureza.

Y en porte humilde y sencillo  
los que han ganado la lid;  
Montañés, Toro, Murillo,  
y Leca y Miguel del Cid,  
de Sevilla honor y brillo.  
Van a ligarse aquel día  
con solemne juramento  
de defender a porfia  
la Concepción de María  
limpia en su primer momento.

## ARZOBISPO

Hablad, Bernardo de Toro,  
de vuestra gestión en Roma.  
Lo que en nombre del Cabildo,  
más bien, de Sevilla toda,  
tratasteis vos y este digno  
arcipreste de Carmona.  
(*Señala a V. de Leca.*)

## TORO

Señor, en nombre de Dios,  
de nuestra Reina y Señora,  
y de la fe de Sevilla  
partimos, y, antes que a Roma,  
a recabar fui del rey  
las cartas comendatorias.  
Nuestro monarca, y con él  
la reina, la corte toda,  
en el mismo fuego ardía  
que a todos abrasa agora.  
Todos con Sevilla ven  
sin escuridad el dogma;  
mas no tienen los arrestos  
con que Sevilla blasona  
de esa creencia. Llegamos  
con nuestras cartas a Roma  
y os digo, señor, que el Papa  
tanto en venerar se goza

el limpio Misterio, que  
aunque italiano en persona,  
en amor a la pureza  
sin mancha de la Señora  
da alcance a los que nascemos  
cantando de Cid las coplas.  
(*Señala a M. Cid.*)

## LECA

Mas no fué todo el camino  
regado de agua de rosas,  
que, como al fin es Misterio  
que los sentidos no tocan,  
sólo una fe sevillana  
puede desñublar las sombras;  
y teólogos ha habido  
que... ¡Dios en razón les ponga!,  
pues eran sus sinrazones  
claro argumento del dogma.

## ARZOBISPO

Mas al fin, venís triunfando;  
ya veis cómo se alboroz  
la ciudad al recibros;  
quedan cerradas las bocas  
de los que, ciegos sus ojos,  
cavilan entre las sombras,  
en los púlpitos y cátedras,  
en conclusiones teológicas  
que eran a Sevilla escándalo  
y ofensa a nuestra Señora.

MONTAÑÉS (*como hablando con María Inmaculada*)

Yo quiero inspirarme, divina Señora,  
para mis ensueños, en tu Concepción;  
y en ellos mostrarte como luz de aurora;  
la que engendra el astro que los campos dora;  
la Virgen sin mancha, que es Madre de Dios.

## MURILLO

Yo quiero sentirte, cuando el lienzo extienda,  
 tan niña, tan llena de gracia y candor  
 que, al mirar mis lienzos, el mundo se en  
 [cienda  
 en castos amores; que en ellos entienda  
 lo que fué el instante de tu Concepción.

## MONTAÑÉS

Gentil, mayestática; flotando en el viento  
 tu esbelto ropaje; con el Niño Dios,  
 serás en mis obras un claro argumento  
 de que fué sin mancha tu primer momento,  
 por ser verdadera Madre del Creador.

## MURILLO

Virginal, sencilla; flotando entre nubes,  
 como de los claustros sube la oración,  
 saldrán de mis lienzos los bellos querubes  
 para irte cantando, cuando al cielo subes:  
 ¡Bendito el instante de tu Concepción!

## M. CID (1)

Y al rezar ante ellos el alma sencilla;  
 el alma que entiende la voz de la fe,  
 dirá al ver del arte tanta maravilla,  
 que es Inmaculada; que bajó a Sevilla,  
 y la vió Murillo; la vió Montañés.

(*Les señala.*)

## P. JUAN DE PINEDA

Ya el camino se despeja  
 por fin, señor arzobispo.  
 Y pues Sevilla tan firme  
 va por aqueste camino,

---

(1) Prescindo del rigor histórico que tenga la presencia de Murillo, Velázquez y Montañés en esta escena.

demos el segundo paso,  
que ya el primero le dimos.  
Proceded al juramento  
con que entrambos dos Cabildos  
y la ciudad sevillana  
pretenden ligarse hoy mismo  
a defender con sus labios  
y su sangre, si es preciso,  
que Dios formó Inmaculada  
a la que es del cielo hechizo,  
prevista la redención  
con la sangre de su Hijo.  
Y luego ensordezca el aire  
de las campanas el ruido;  
y ofrezca Melchor de Alcázar,  
cual sabe, juegos lucidos.  
Córranse toros bien bravos;  
con libreas y justillos  
juéguense cintas y cañas,  
y alegren el regocijo  
ministriles y atabales,  
vítore, danzas y gritos,  
que, saliendo jubilosos  
y alegres, a un tiempo mismo  
de Triana y de las huertas  
del otro lado del río;  
del barrio de los Humeros;  
de las puertas y postigos  
de Arenal y Atarazanas,  
Jerez, La Carne, los lindos  
huertos de la Macarena,  
San Bernardo, los plantíos  
del prado de Santa Justa  
y de San Roque; el recinto  
de la alegre Resolana,  
resuenen a un tiempo mismo.  
¡Que lo oigan cielos y tierra,  
que lo oigan todos los siglos,  
que Sevilla está de fiesta,  
que están de fiesta sus hijos,

que están bailando sus seises,  
que de gozo ha enloquecido  
porque su Reina ha triunfado,  
porque su Reina ha vencido,  
porque al suspirado Dogma  
queda ya abierto el camino!

## ARZOBISPO

Dios por vuestros labios habla,  
sois de Loyola buen hijo;  
que siempre esa Compañía  
la Creencia ha defendido.  
¡Sevilla! ¡Que el juramento  
que tu ciudad y Cabildo  
vamos a hacer, llegue el día,  
en que sin él, sea preciso  
defender lo que hoy juramos  
como dogma definido.

LECA (*mientras van saliendo por el extremo opuesto a donde entraron*)

¡Viva Sevilla mariana!  
¡Viva la Madre de Cristo,  
concebida sin pecado!  
¡Más pura que el cielo mismo!

## VOCES

¡Viva!... (*Queda la escena sola.*)

---

---

## CUADRO SEXTO

---

Vuelven victoriosas a Sevilla las tropas de Bailén, para depositar ante la Virgen de los Reyes los trofeos de la victoria, que a la Virgen atribuyen Castaños y Saavedra.

HERALDO (*entrando en escena al desaparecer la cabalgata y dirigiéndose al público*)

Fe tan pura; amor tan fino  
tuvo el premio deseado.  
Varios siglos han pasado.  
Sevilla sigue en su amor;  
mas España no es la España  
de dos mundos la Señora,  
y cruel afrenta llora  
presa de acerbo dolor.  
Las águilas imperiales  
han profanado su suelo,  
y el odio, el llanto y el duelo  
van sembrando por doquier.  
¿Y quién su rudo aléteo,  
quién sus estragos refrena  
si ni en Marengo ni en Jena  
se las pudo detener?  
Sevilla ha mirado al trono  
de su Madre Inmaculada,  
y ante sus plantas postrada,  
ha implorado su favor;  
y con héroes granadinos

mezclando a sus hijos fieles,  
 les lanza a buscar laureles  
 deteniendo al invasor.  
 Saavedra, el alma y la vida  
 de la Junta sevillana,  
 buscó la gente lozana,  
 que vida a la patria den,  
 y con Reding y Castaños  
 hoy contra el francés avanza  
 para probar su pujanza  
 en los campos de Bailén.

*(Entra Saavedra, presidente de la Junta de Sevilla, con la banda al pecho, y un guardia patria, con el uniforme de este cuerpo, creado por la Junta para llevar y traer órdenes.)*

SAAVEDRA

¡Gracias mil veces a Dios  
 y a su limpia Madre excelsa,  
 que Castaños y Reding  
 vencieron en la pelea!  
 Pasad, señor guardia patria,  
 y dadme del triunfo cuenta.

GUARDIA

Vengo a uña de caballo  
 de los campos de Bailén;  
 y aunque cansado me hallo,  
 me hallo gozoso también.

SAAVEDRA

Ya en el semblante se os nota.

GUARDIA

¡Es que el triunfo es desmedido!  
 ¡Ni uno escapar ha podido  
 para contar su derrota!

## SAAVEDRA

Contad, pues, lo que pasó,  
cual testigo presencial.

## GUARDIA

Ha sido providencial  
lo que en Bailén sucedió.  
Ya en Carmona preparada  
nuestra sevillana gente,  
unióse con el valiente  
ejército de Granada.  
Cádiz, Huelva, Extremadura,  
Jaén, Córdoba, Almería,  
Málaga... ¡De Andalucía  
iba la flor más preciada!  
Dupont el Betis domina  
por Andújar, y Vedel  
bajaba a unirse con él  
cruzando la Carolina.  
Reding con sus granadinos  
se interpone entre los dos.  
¡Sus pasos guiaba Dios  
por tan agrestes caminos!  
Halla Dupont la barrera  
de andaluces corazones,  
y arengando a sus dragones,  
se arroja como una fiera  
sobre aquel grupo valiente  
que le aguarda en campo llano  
con el fusil en la mano  
y alta y serena la frente.  
¡Dios del cielo! ¡Aquel chocar  
de dos naciones rivales,  
de dos hordas de chacales,  
de olas de revuelto mar,  
se sostuvo con bravura,  
y el estruendo que formaba,  
por los montes resonaba  
como tormenta en la altura!

Tres veces Dupont se aferra  
 en pasar con sus dragones;  
 tres veces nuestros leones  
 les hacen morder la tierra.  
 Y cuando el francés sentía  
 más que calor, desengaños,  
 le envuelve por fin Castaños  
 que desde Andújar subía.  
 ¡Bien se ha portado el francés,  
 que luchó de sol a sol;  
 pero el león español  
 se portó... ¡como quien es!  
 Reding cubrióse de gloria:  
 Peña y Coupigné de brillo;  
 mas todos dan la victoria  
 a Castaños, su caudillo.  
 Y entre los héroes, en fin,  
 sólo un nombre citar quiero;  
 joven, valiente, guerrero:  
 don José de San Martín.

SAAVEDRA

Y durante la jornada,  
 os ayudaba Sevilla,  
 sin levantar su rodilla  
 ante el altar prosternada.  
 Y de Bailén la victoria,  
 que Sevilla ha preparado,  
 es un premio, que le ha dado  
 la que es Reina de la gloria.  
 Vió lo devota que era  
 de su Concepción sagrada,  
 y no quiso ver manchada  
 su inmaculada bandera.

*(Suenan clarines y tambores muy lejos, que se van acercando. Todo rápido.)*

GUARDIA

¡Ya llegan los vencedores!  
 ¡Ya la música resuena!

;Ya los espacios atruena  
 el redoble de tambores!  
 ;El suelo alfombran las flores!  
 ;Suenan alegres campanas,  
 y en balcones y ventanas  
 con incesante clamor,  
 saludan al vencedor  
 las hermosas sevillanas!

*(Van entrando en escena soldados. Música, tambores, banderas, que pueden ir pasando de un lado a otro para no dejar en escena más que a los personajes principales. Saavedra con la banda de la Junta de Sevilla y algún otro de los vocales. Castaños, Coupigni, Peña, Reding, Cabildos, oficiales del ejército y en primer término con ellos don José de San Martín. Damas, etc., etc. Banderas españolas desplegadas al viento. Banderas y águilas francesas, cogidas en el combate. Désele a este cuadro mucha vistosidad de trajes y mucha alegría. Quedan en primer término Castaños, Saavedra, Reding, San Martín.)*

SAAVEDRA *(a los soldados y música que van entrando)*

;Entre el gozo en este día  
 de Sevilla por las puertas,  
 que de par en par abiertas  
 hoy están a la alegría!  
 De luto ayer se vestía,  
 presa de mortal desmayo  
 recordando un Dos de Mayo.  
 ;Hoy se viste de placer,  
 pues ha visto descender  
 de sus venganzas el rayo!

*(Queda la comitiva en el sitio ya indicado.)*

CASTAÑOS

;Gentil Sevilla! ;Ya ves  
 cómo la Virgen María  
 dió a tus hijos este día  
 el triunfo contra el francés!  
 Vengo a poner a sus pies,

pues ella fué quien venció,  
los despojos que ganó  
mi ejército en la pelea.  
¡Mil veces bendita sea  
la que tal triunfo nos dió!

SAAVEDRA

¡Decís muy bien, general!  
Yo a la Reina de la gloria  
encomendé la victoria.  
¡Que venciera es natural!  
¡Ante su trono real  
sumisos rindan honores  
vencidos y vencedores;  
y de otro triunfo mayor  
que espera obtener su amor  
sean estos triunfos albos!

SAN MARTIN (*hablando consigo mismo y como pensando en  
el plan de América que medita*)

¡Lucha! ¡Victoria! Ya sé  
cómo podré realizar  
esa ilusión, que a soñar  
desde niño comencé.  
¡Yo los colores pondré  
de tu limpia Concepción  
sobre el nuevo pabellón  
que, ondeando en la montaña,  
forme una Hija de España  
en una libre nación!

---

---

## CUADRO FINAL

---

### EL DOGMA

El triunfo de la fe mariana concepcionista de Sevilla.—El escenario queda completamente en penumbra.

HERALDO (*entrando*)

Llegó por fin el triunfo máspreciado  
que soñó esta ciudad siempre mariana.  
¡Más que la de Ballén o el Trocadero  
la victoria del Dogma deseaba!  
Logró por fin su santa independencia  
tras de lucha cruel la Madre Patria,  
mientras veía el inmortal Pío nono  
subir las olas y azotar satánicas  
la incommovible roca en que se asienta  
del Vaticano la infalible Cátedra.  
Su mirada a los cielos encamina,  
y al volver a los cielos su mirada,  
la Niña de Murillo, entre querubes,  
subía al cielo, cual visión fantástica,  
y le miró; y sus ojos eran chispas  
de dos luceros que la noche horadan.  
Y a ella tendió los brazos, fatigados  
de contrastar remando la borrasca,  
y la luz del Espíritu divino  
descendió desde el cielo sobre el Papa,  
y al verla, cual Sevilla la veía,  
la aclamó, cual Sevilla... ¡Inmaculada!

¡Alzad de vuestra tumba a ver el triunfo  
de vuestro tierno amor, sombras marianas!  
Sobre esa apocalíptica figura  
que vuestro amor en sombras adoraba  
va a descender la esplendorosa lumbre  
que sobre el mundo el Vaticano irradia.  
Venid los que en Bailén vencer pudisteis  
porque movió la Virgen vuestras armas:  
¡Murillo y Montañés, realidad era  
lo que en el alma de los dos flotaba!

*(Van apareciendo las figuras, conforme el heraldo hace de ellas mención, y van colocándose a los extremos, de suerte que el centro quede libre para ver bien el cuadro plástico que va a aparecer.)*

Teólogos que en Roma defendisteis  
la piadosa creencia sevillana,

*(Vázquez de Leca, Bernardo del Toro, padre Pineda y los del cuadro.)*

venid a rebatir con luz del dogma  
sofismas, sutilezas y falacias;  
y gozad los que a América llevasteis  
como Reina a María Inmaculada,  
que ha de dar su color a otras banderas  
hijas de la bandera roja y gualda.  
Conquistador insigne de Sevilla,  
sal de la argéntea urna en que descansas,  
para ver a tu Virgen de los Reyes  
sin mancha y sin pecado coronada.  
Las purpurinas Flores de martirio,  
que de Sevilla la piedad esmaltan,  
mártir esclarecido Hermenegildo,  
Justa y Rufina, glorias de Triana,  
el himno oíd que la creación entera  
va a elevar a María Inmaculada;  
el cantar que Sevilla enseñó al Betis;  
el que canta en Sevilla la enramada;  
el que en Sevilla cantan sus artistas;  
canción de cuna, que la madre canta  
al dormir a sus hijos al arrullo  
que produce este nombre: ¡INMACULADA!

(Se va descorriendo el telón del fondo y aparece la apoteosis de la Inmaculada, que es un cuadro plástico de la definición dogmática. La Niña de Murillo en un trono: a su lado izquierdo el Papa Pío IX coronando su frente. Angeles asomando sus caritas celestiales. Incienso, flores, velas, gasas, completan el cuadro. Se da toda luz al escenario, que ha estado en sombras desde el comienzo del cuadro.) (Caen todos de rodillas. Los seises rodean el trono de la Virgen, dispuestos a dar comienzo a su clásico baile (1). El heraldo queda de pie a un lado del trono y contempla extático la aparición.)

HERALDO (con mucho ardor y como recordando de un sueño)

Dijo Sevilla al verla: "¡Esa es María!  
 ¡Así la vi yo siempre, Inmaculada,  
 desde el lejano y venturoso día  
 en que cruzó Santiago mi enramada  
 y al cristianismo el corazón me abría!  
 Cual yo la vi, sin mancha concebida,  
 así la vieron mis Trianeras bellas;  
 por ella Hermenegildo dió su vida;  
 ella entró en mi ciudad, al ser vencida  
 la Media Luna por sus doce estrellas.  
 Y yo engarcé mi amor en ese canto  
 que cantar a mis seises enseñaba;  
 cinta de amor, que sólo se trenzaba  
 o para honrar al Sacramento santo,  
 o si la limpia Concepción honraba.  
 Hoy que la tierra su pureza aclama,  
 nueva muestra de amor rendir quisiera:  
 ¡que la aclamen de Dios la Medianera,  
 y única fuente, por la cual derrama  
 Dios sus favores en la tierra entera!  
 ¡Ya sabes, juventud de raza iberá!

(1) Fué tan amable el Emmo. Sr. Cardenal, que dejó actuar a los seises auténticos de la Catedral. La imagen de la Inmaculada era la famosísima, de talla, debida al cincel de Martínez Montañés. Su aparición fué saludada con vivas y aplausos delirantes por unos 100.000 espectadores.

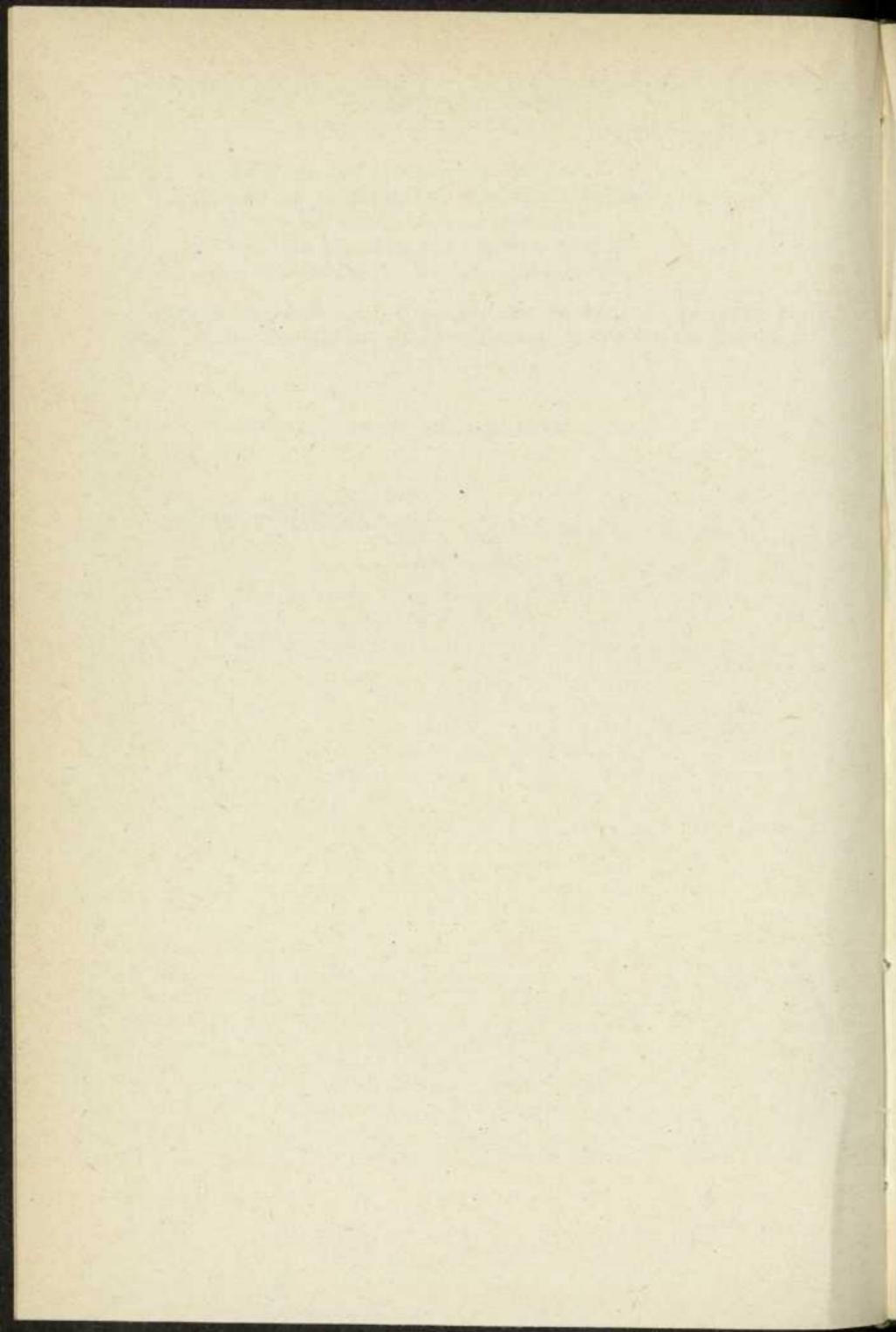
la senda de los triunfos de Sevilla!  
¡la que en el fausto de sus seises brilla  
y en sus mil tradiciones reverbera!  
¡Todos sus triunfos y su gloria espera  
de su amor a la Virgen sin mancilla!"

*(Bajan los seises al proscenio del tablado y comienza su baile clásico delante del cuadro plástico de la Niña de Murillo.)*

FIN DE LA LOA

# La Fundación de Salamanca

Episodio histórico en dos actos



---

---

## A las alumnas de la Institución Teresiana

---

Advertencia sobre el EPISODIO HISTÓRICO  
en dos actos, para más profundo conocimiento  
del trabajo literario.

La trama de este mi trabajo es rigurosamente histórica. Para que veáis lo que en realidad sucedió en tan célebre fundación, y lo poco que yo he tenido que poner de mi cosecha, voy a narrar, con los últimos documentos en la mano, la parte verídica del suceso.

Vuestra santa Madre Teresa de Jesús, cuenta la fundación de Salamanca en los capítulos XVIII y XIX del *Libro de las Fundaciones*. Después de la Fundación de Pastrana fué a Toledo, y allí decidió comenzar la de Salamanca, animada por el rector de los jesuitas de aquella ciudad, Padre Martín Gutiérrez.

Adquirida la licencia de sus prelados, y con la íntima persuasión de que, al llegar a Salamanca, se le darían unas casas, propiedad de doña Beatriz Yáñez de Ovalle, ocupadas a la sazón por estudiantes, se partió para Salamanca, llevando por compañera a la Hermana María del Santísimo Sacramento (doña María Suárez), de más edad que la Santa. Aunque la Fundadora no cita más compañero de viaje que a la Hermana, se dice, sin embargo, en una relación antigua del convento de Salamanca, que le acompañó el Padre Julián de Avila, como siempre lo hacía en todas las fundaciones. Esta relación nombra a otro compañero, del cual prescindo, y aun otro tercer acompañante. Pues dice así el Padre Fray Juan Mayllo: "Fui yo con el Padre Francisco de Ledesma (ambos carmelitas) acompañando a la Santa a la fundación de Salamanca, y al llegar a un río, no queriendo pasar el carretero, y diciendo algunos que iban con ella que no pasase, la Santa dijo: ¡Qué poca fe tenéis! ¡Pasá por aquí!"

Llegaron a Salamanca la víspera de Todos los Santos, año de

1575, y se fueron a parar provisionalmente a una posada, desde la cual "llamaron a un buen hombre, llamado Nicolás Gutiérrez, harto siervo de Dios, a quien tenía encomendado me tuviese desembarazada la casa".

Este buen hombre aún no había conseguido que la desembarazasen los estudiantes, y gran trabajo costó que los sopistas la dejasen.

Aquí entra la información de uno de los estudiantes, que, compadecido de la angustia en que la Santa se hallaba, trabajó con sus amigos para que se la dejasen. Llamábase Juan Mótiz, y dice en una carta, escrita por él, siendo ya Obispo de Barbastro, al Papa Paulo V, que "ha cuarenta años que, estudiando en la Universidad de Salamanca, salí de la casa que vivía para que entrase en ella a fundar un monasterio de monjas la bendita madre Teresa de Jesús, y desde aquel tiempo le soy devotísimo". Como se ve, la profecía, que yo pongo en boca de la Santa, anunciándole que iba a ser Obispo, no es histórica como dicha por la Fundadora, pero es una realidad.

El Padre Martín Gutiérrez, rector entonces de los jesuitas de Salamanca, no sólo influyó en que viniera, sino que prestó frontales y demás utensilios para la iglesia del monasterio, y uno de los Hermanos jesuitas que ayudaron a las monjas a adornar la iglesia, llamado Bartolomé Pérez Nuevos, dice así en su informe para la canonización de Santa Teresa: "Pidió la Santa, al dicho Padre Rector, le enviase dos Hermanos que la ayudasen a componer el altar y a aderezar aquella noche la capilla." La Madre María de San Francisco da cuenta de la paja que entra en escena, diciendo así en su información, sobre la paja y sobre las mantas: "En la fundación de Salamanca no tuvo la Santa con qué se pudiesen acostar las monjas sino unos mangos de sarmientos y unas pajas (las que dejaron los estudiantes), y unas mantas que en la Compañía de Jesús le prestaron con que se abrigasen sus monjas."

Como veis, los nombres, es decir, los actores, son todos históricos, y en la comedia desempeñan los mismos papeles que en la fundación.

Los lances, rigurosamente históricos. Véase lo que dice la Santa: "Quedamos la noche de Todos los Santos mi compañera y yo solas. Yo os digo, Hermanas, que cuando recuerdo el miedo de mi compañera, que era María del Sacramento, una monja de más edad que yo y harto sierva de Dios, que me da gana de reír. La casa era muy grande... y mi compañera no había quitársele del pensamiento los estudiantes, pareciéndole que, como se habían enojado tanto de que salieron de la casa, que alguno se había escondido en ella..."

"No hacía sino mirar a una parte y a otra, todavía con temores. Yo la dije que qué miraba, que cómo allí no podía entrar nadie. Díjome:

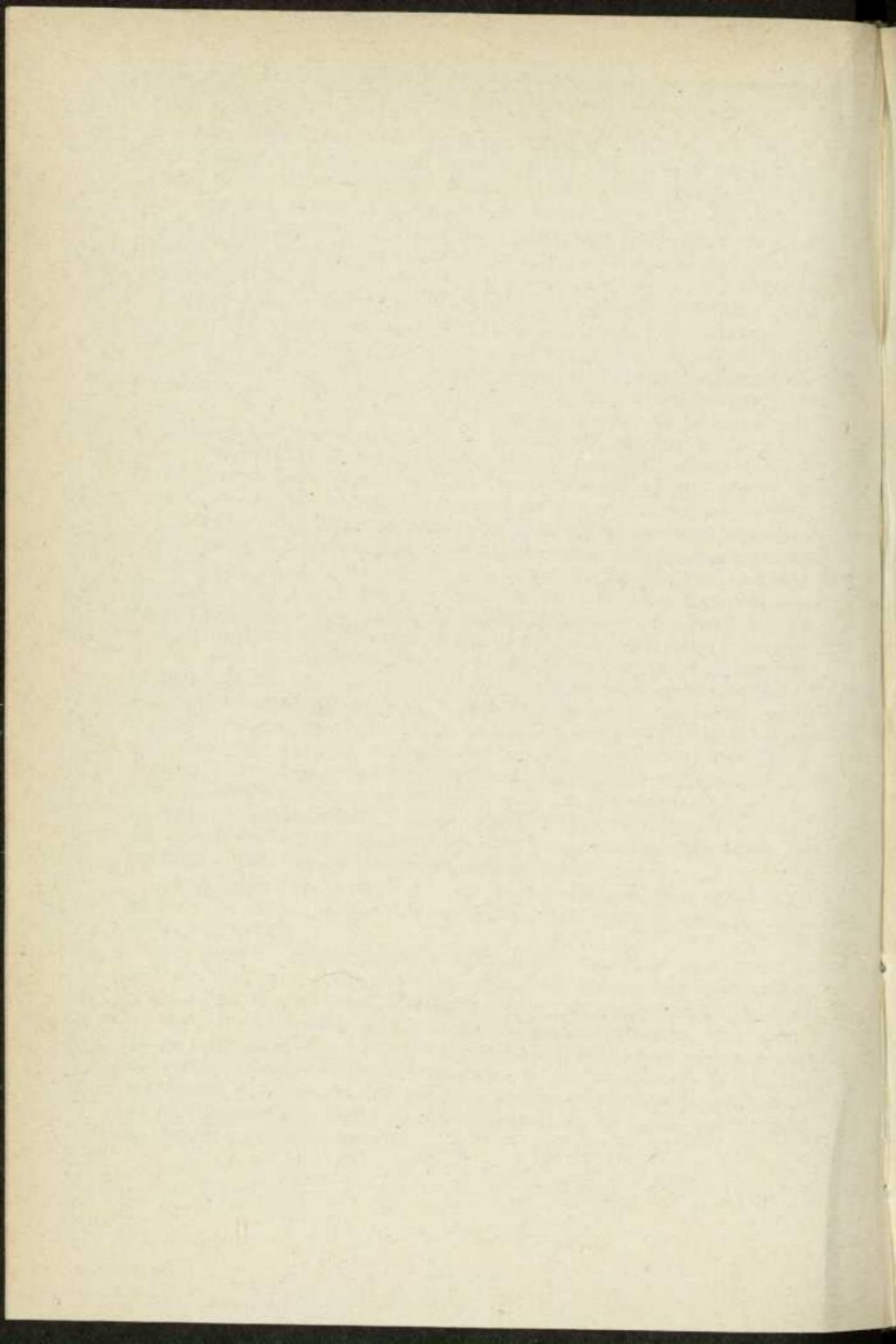
"Madre, estoy pensando, si ahora me muriese yo aquí, ¿qué haríades vos sola?" Aquello, si fuera, me parecía recia cosa; hizome pensar un poco en ello, y aun haber miedo, porque siempre los cuerpos muertos, aunque yo no le he, me enflaquecen el corazón, aunque no esté sola... Yo le dije: "Hermana, de que eso sea, pensaré lo que he de hacer; ahora, déjeme dormir..."

Precisamente las mismas palabras de la Santa están en rima, y las he podido poner textuales:

Hermana, de que eso sea,  
pensaré lo que he de hacer.  
Ahora, déjeme dormir...

Sólo violento el rigor histórico en un punto, y es éste. Ellas debieron permanecer en la posada la noche antes de Todos los Santos, pues la primera que pasaron en la nueva casa fué la de dicho día, en que el tañer de las campanas, como Visperas de Difuntos, aumentaba el miedo de la Santa Fundadora. Para la acción del trabajo literario me pareció hacerlo así, aunque advirtiéndolo en este prólogo.

Sirva este pequeño trabajo para que se aumente en vosotras y en todos los españoles el amor, la admiración y la simpatía hacia la egregia Reformadora, y todo ceda a la mayor gloria de Dios.



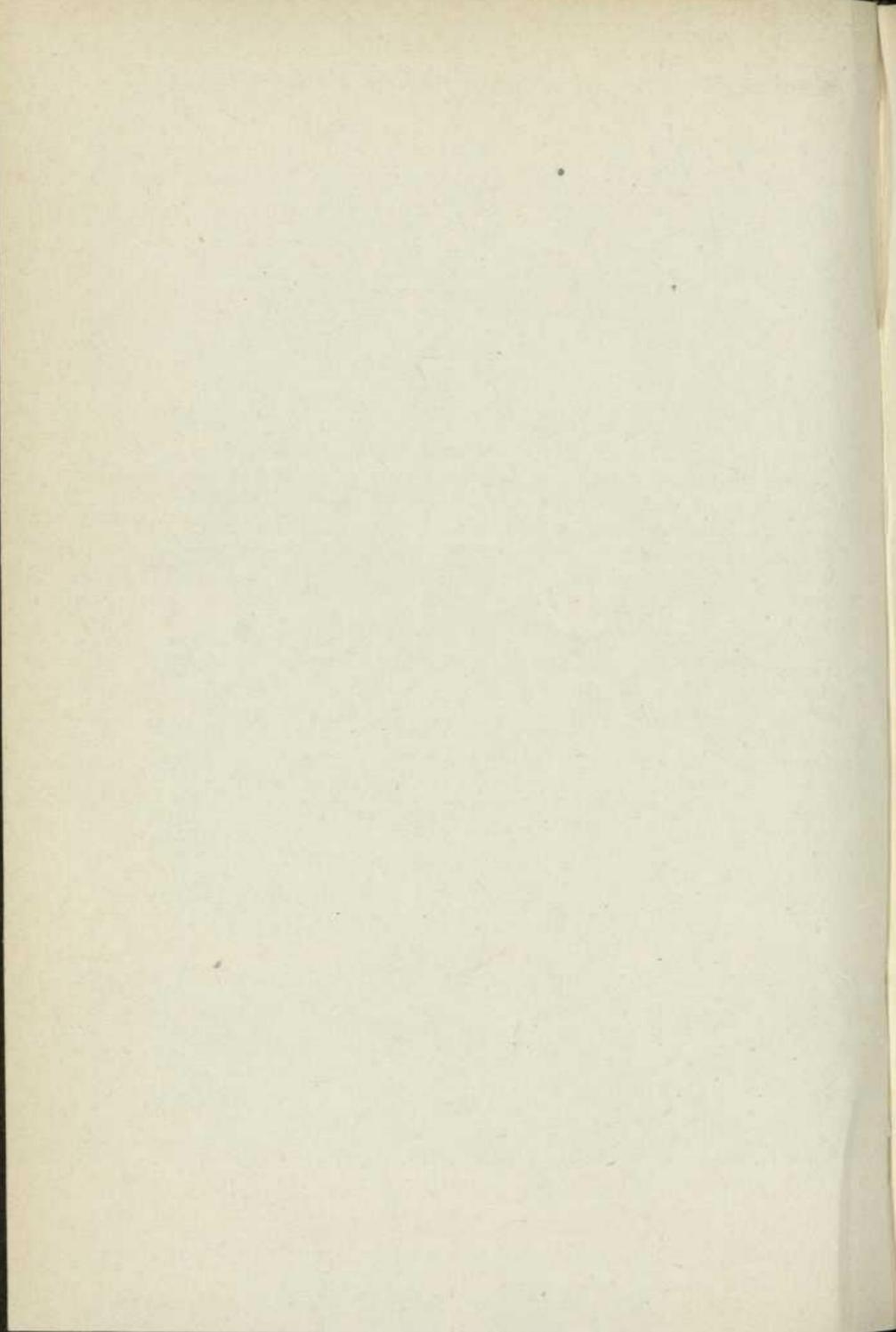
---

---

## PERSONAJES

---

- MADRE TERESA DE JESÚS. (Fundadora.)  
HERMANA MARÍA DEL SACRAMENTO. (Compañera de la Madre Teresa.)  
P. JULIÁN DE AVILA. (Clérigo, compañero también.)  
JUAN MÓTIZ. (Estudiante. Después obispo de Barbastro.)  
HIDALGO (Estudiante.)  
MANRIQUE. (Estudiante.)  
PERIGÓMEZ. (Estudiante.)  
NICOLÁS GUTIÉRREZ. (Caballero de Salamanca.)  
UNA MESONERA.  
UN MUCHACHO DE LA RESIDENCIA DE LOS JESUÍTAS.  
CORO DE ESTUDIANTES.



---

---

## ACTO PRIMERO

---

Interior de una posada en los barrios extramuros de Salamanca. Una puerta en el fondo, que da a la calle. Otra a la izquierda del público, que da al interior. En medio, una mesa con una jarra y varios vasos de vino. Alrededor y por el escenario varias sillas de anea, diversos aparejos de caballerías, alguna lanza y rodela, todo en desorden por los rincones. Si se puede, y quiere, alguna repisa pobre con cuadro de la Virgen y su lucecita. Un brasero encendido.

Al alzarse el telón aparece el coro de estudiantes con el traje ya conocido de los *manteístas* o *sopistas* de nuestras Universidades. (Lafuente los describe muy bien.) Unos están sentados alrededor de la mesa, otros echados sobre los aparejos o de pie. Algunos con cartapacios, y otros con bandurrias o guitarras. La mesonera, durante el canto, sale por la puerta izquierda, trae una jarra llena y se lleva la que había en la mesa.

### ESCENA PRIMERA

Perigómez, Mótiz, Hidalgo, Manrique y coro.

### CORO

¡Vivan los estudiantes  
de Salamanca,  
que saben divertirse  
sin una blanca!  
Traiga la posadera  
vino en la jarra,

que ya veremos luego  
 quién se lo paga.  
 ¡Vayan los libros viejos  
 para el fogón!  
 ¡Vivan los estudiantes!  
 ¡Viva el amor!

(Hablado.)

HIDALGO

¡Ea! Señores sopistas,  
 esta tarde es de descanso.  
 Las cátedras *clausae erunt*;  
 y nosotros, *gaudeamus!*  
 ¿Quién me sigue? Voy a visperas,  
 que ya se habrán comenzado.

PERIGÓMEZ

*Vesperas omnium sanctorum!*  
 Visperas de Todos Santos.  
 Yo voy contigo. ¿Y después?

HIDALGO

Lo primero es ser cristiano.  
 Después... a correr la tuna;  
 las guitarras en las manos;  
 las espadas en el cinto;  
 dos azumbres en el jarro;  
 y el que caiga...

PERIGÓMEZ

*Sursum corda!*

MANRIQUE

*Requiescat in pace!*

HIDALGO

¡Andando!

(Sale el coro. Al ir a salir Hidalgo y Perigómez les detiene Mótiz, dándoles una palmada en el brazo.)

CORO

*(Cantando.)*

¡Vivan los estudiantes  
de Salamanca!...

ESCENA SEGUNDA

Hidalgo, Perigómez y Mótiz.

MÓTIZ

*(Deteniendo a los dos.)*

Tú, Perigómez, escucha.  
Quédate un momento, Hidalgo;  
voy a hablaros de un asunto.

PERIGÓMEZ

*Magnum misterium! (Con sorna.)*

HIDALGO

*Audiamus! (Idem.)*

MÓTIZ

No es ninguna broma, amigos,  
que se trata de un desahucio.

HIDALGO

De un... ¡expílicate, Juanín!

MÓTIZ

Los Ovalles han mandado  
que salgamos de su casa;  
que tienen hecho contrato  
para alquilarla a otros huéspedes.

PERIGÓMEZ

Pues no será, ¡voto al diablo!  
¡Yo no salgo de esa casa!

MÓTIZ

¡Yo de esa casa no salgo!

HIDALGO

¡Ni yo tampoco! ¿Quién busca  
por Salamanca otro cuarto?

MÓTIZ

Por eso os he detenido.  
Para ver cómo estorbamos  
esa usurpación violenta.

HIDALGO

*Juris vivendi violatio!*

PERIGÓMEZ

¡Yo apelo al rey don Felipe!

HIDALGO

*Nos, ad palum appellamus!*  
Perigómez, sígueme.  
¡Pardiez, que Ovalle va errado!

MÓTIZ

¿Qué piensas hacer?

HIDALGO

¡Yo? ¡Nada!

Llamaré a todos, entramos;  
 afianzamos bien las puertas,  
 y, cuando vengan a echarnos,  
 contestamos desde dentro:  
 ¡Perdonen por Dios, hermanos!

MÓTIZ

Pronto me tendréis allí.  
 Como aquí hay lumbre, estudiando  
 me quedará otro ratito.

HIDALGO

Eres chico aprovechado.  
 Yo sin lumbre, nunca estudio;  
 pero si hay lumbre... descanso.  
 Que vayas pronto.

MÓTIZ

A los otros  
 reunid los dos entretanto.

*(Vanse puerta del foro Hidalgo y Perigómez. Mótiz se aproxima al brasero; echa en él una firma, es decir, lo revuelve con la badila. Se sienta, se arroja bien y se pone a estudiar en sus cartapacios.)*

¡Dichosas Súmeras! ¡Pschss!

*(Se restriega las manos.)*

¡Hace un frío de mil diablos!

*(Mirando a la puerta del foro.)*

Alguien viene. ¡A que no puedo  
 ni aquí estudiar con descanso!

*(Se pone a leer en silencio. Por la puerta del foro entra la Madre Teresa, que al llegar se sacude algo el hábito y da varios golpes en el suelo con los pies para quitarse el frío. Detrás entra la hermana María del Sacramento. Luego el Padre Julián de Avila, que entra y sale para meter unas alforjas y los lios de ropa, que va colocando en un rincón.*

## ESCENA TERCERA

Juan Mótiz, Madre Teresa, Hermana Sacramento y Padre Julián de Avila.

PADRE JULIÁN

Ya por fin hemos llegado  
con salud a la posada.

M. TERESA

¡Durilla fué la jornada!  
¡Sea Nuestro Señor loado!  
¡Válame Dios! Siento frío,  
y a calentarme me llevo.

*(Se aproxima al brasero, y pone las manos sobre él y se las restriega con fruición.)*

Si así calienta este fuego,  
¿qué hará tu amor, Jesús mío?  
*(A la Hermana.)*

Que os acerquéis os suplico,  
mi Hermana; Dios es tan fino,  
que, aunque nos dió mal camino,  
ahora nos da el brasero.  
Y yo de mí sé decir  
que todo se ha de acetar:  
lo mismo si da el gozar,  
que si nos dierde el sufrir.

*(Le toma del hábito, y la invita a acercarse al fuego.)*

PADRE JULIÁN

Ya colocado está todo.  
A vez si Gutiérrez viene,  
que en esa casa conviene  
que entremos de cualquier modo.  
*(Se queda alejado del brasero.)*

M. TERESA

¿Qué pensáis, Padre Julián?  
 ¡Miradle qué penitente!  
 ¡Llegue al fuego y se caliente,  
 que cai nieve, mi galán!

PADRE JULIÁN

*(Se acerca al brasero, siempre preocupado.)*

Estoy lleno de zozobra.  
 ¡Como libre no se halle  
 ese caserón de Ovalle,  
 se deshace nuestra obra!  
 Gutiérrez me escribió a mí  
 que ya estaba preparado;  
 por eso le envié recado  
 de que estábamos aquí.  
 Mas... ya debió de llegar,  
 porque en aquesta posada  
 habrá bulla demasiada  
 para dormir y rezar. *(Se pasea.)*

MÓTIZ

*(Alzando la cabeza.—Aparte.)*

¡Cata aquí los desahuciantes!  
 ¡Habrà tamaña locura!  
 ¿Podrán dos freiras y un cura  
 más que catorce estudiantes?

*(Se levanta y pasea en sentido opuesto al del Padre Julián, como hablando consigo mismo.)*

¡Pardiez que es cosa de risa!  
 ¡Vaya una cuenta galana!...  
 ¡Me parece que mañana  
 el cura no dice misa!  
*(Dirigiéndose al Padre Julián.)*  
 Seor licenciado, se ve  
 que estáis algo preocupado.

Hable el seor licenciado,  
que en algo le serviré.

PADRE JULIÁN

(*Con sequedad.*)

No os aflijáis, señor mío;  
mi impaciencia sólo aguarda  
a un hombre, que espero, y tarda,  
pero en que venga confío.

MOTIZ

Aunque él ausente se halle,  
yo sé muy bien la lección.  
¿Queredes que os dé razón  
sobre la casa de Ovalle?  
No está lejos; pero están  
en ella unos estudiantes,  
unos sopistas tunantes,  
que a que entredes se opondrán.

M. TERESA

(*Desde la silla donde se ha sentado.*)

¿Es gente moza? En razón,  
con hablalles, les pondré;  
que siempre al mozo noté  
de más blanda condición.

MÓTIZ

¡Madre, no probéis vencellos!

M. TERESA

¡Yo conseguiré rendillos!

MÓTIZ

¡Vano intento! ¡Con decillos  
que yo soy uno de ellos!...

M. TERESA

*(Se levanta y va hacia él con tono mimoso.)*

¿Vos uno? ¡Seor estudiante,  
mirad bien por vuestra fama,  
que, aunque monja, es una dama  
la que os pide ser galante!  
Ya la casa será mía,  
pues que Dios en vos me ha dado  
un tan cumplido abogado  
que me ayude en mi porfia.

MÓTIZ

¡Mirad que prestos están  
todos a guardar la entrada!

M. TERESA

Id vos; dalles mi embajada,  
que todos se aquietarán.

PADRE JULIÁN

*(Que ha estado en la puerta esperando a Gutiérrez.)*

Ya está Gutiérrez aquí.  
¡Qué situación más cruel!

M. TERESA

*(Tomando del manto a la Hermana Sacramento y dirigiéndose con ella a la puerta izquierda.)*

Entendeos vos con él,  
que eso no me cumple a mí.  
*(Vase con la Hermana.)*

## ESCENA CUARTA

P. Julián, Mótiz y Nicolás Gutiérrez.

PADRE JULIÁN

(Viendo ir a la Madre Teresa.)

¡Y en la estacada me deja!  
¡Vaya una Madre ladina!...

GUTIÉRREZ

Dios guarde a los de esta casa.  
¡Jesús, qué noche más fría!  
Padre, recibí su encargo,  
y aquí vengo a toda prisa  
para ver cómo se arregla  
lo de la casa.

PADRE JULIÁN

Durilla

parece que está la cosa.  
¿Es que la tenéis ya lista?

GUTIÉRREZ

Os diré. Unos estudiantes  
muy pobres, en ella habitan;  
pero se irán a otra parte  
en cuanto yo se lo diga.

MÓTIZ

¡Vade retro! Esos señores  
no han de salir tan afina;  
que arrecia el frío en la calle  
y está soplando ventisca.

PADRE JULIÁN

Es decir, que nada hay hecho.  
Que en venir nos disteis prisa

y nos dejáis en la calle.  
¿Qué hacemos?

GUTIÉRREZ

¡Dios no permita (*Tono místico.*)  
que esos buenos estudiantes  
a dejarla se resistan!

MÓTIZ

¡Pobre gente! ¡Siento lástima! (*Aparte.*)  
Su situación es muy crítica.  
No sé qué voz interior  
a protegerles me hostiga.  
Esa Madre es una santa,  
y habla con tanta política!...

(*Al P. Julián.*)

Seor licenciado, veamos  
qué quieren esas benditas.  
¿Qué les trae a Salamanca?  
¿A qué vienen esas prisas  
de buscar alojamiento,  
si saben que aquí se alquilan  
las casas cuando venimos  
a estudiar los de provincias,  
y, hecho el contrato de arriendo,  
no queda ni una bohardilla  
para una rata? ¿A qué vienen  
sin buscar antes guardada?

GUTIÉRREZ

(*Compungido.*)

Es culpa mía; lo sé.  
Mas tales ansias tenía  
de ver hecho el monasterio,  
que de venir le di prisa,  
confiando en que es muy grande  
la Providencia divina.

## PADRE JULIÁN

Para esas cuentas, Gutiérrez,  
sobraban vuestras pesquisas.  
Seor estudiante, esa Madre  
que vuestro apoyo suplica,  
es Teresa de Jesús;  
y es Dios quien sus pasos guía  
para extender la reforma  
de los frailes carmelitas.  
Si la vierais, como yo  
la he visto, por dicha mía,  
elevada de la tierra,  
de luz radiante vestida,  
y en arrobos celestiales  
extática, muda, fija,  
yo creo que en ayudarle  
cifrarais vos vuestra dicha.

## MÓTIZ

(*Convencido.*)

Es cierto. ¡No sé qué siento!  
¡No sé qué encantos inspiran  
aun los ojos de esa monja,  
que a favorecerla obligan!  
Yo buscaré a mis amigos  
un rincón, una bohardilla,  
y haré que os dejen la casa  
de Ovalle esta noche misma.

## GUTIÉRREZ

(*Alzando las manos al cielo con éxtasis.*)

¡Oh poder del Dios del cielo!  
¡Oh Providencia divina!

## PADRE JULIÁN

(*Nervioso.*)

Decid, Nicolás Gutiérrez,  
mejor: ¡Oh paciencia invicta

la de la Madre Teresa,  
que ni se enoja, ni irrita  
con aquel que aquí la trae,  
para que pase fatigas!

## ESCENA ULTIMA

Dichos, M. Teresa, Mesonera y H. Sacramento.

## MESONERA

No, Madre, no os dejaré  
salir hoy de mi posada.  
La noche es ya muy cerrada.  
¡Que no lo consentiré!

## M. TERESA

Buena mujer, no es razón  
que, teniendo casa mía,  
dijesen que yo vernía  
a hospedarme en un mesón.  
Ya hallé donde me hospedar;  
pues ya el señor estudiante,  
mi protetor, va delante  
a hacella desalojar.  
¿Qué esperáis, mi introductor?  
Ya sé que hubisteis piedad  
de estas monjas, y notad  
que ella os la puso el Señor.  
Cuando de vos me aparté,  
eso a mi Señor pedí.

## MÓTIZ

Sí, Madre, al veros, senti  
en mi corazón no sé...

## M. TERESA

El os puso la afición  
de ayudarme en esta empresa.

Lo que hiciereis por Teresa  
no irá sin su galardón.  
¿Para clérigo estudiáis?  
Los estudios proseguí,  
mas no os olvidéis de mí  
cuando perlado seáis.

MÓTIZ

(*Sorprendido.*)

¿Yo obispo? Ni un leve rastro  
veo de tal dignidad.

M. TERESA

Pues la sienes preparad  
a la mitra de Barbastro.

MÓTIZ

(*Aparte; muy alborozado.*)

¿Yo obispo! ¿Qué noticia!  
Ya no sé lo que me pasa.  
(*A Teresa, yendo hacia el foro.*)

Id tras de mí; que en la casa  
no ha de quedar ni un ratón.  
(*Vase contento, puerta del foro.*)

M. TERESA

(*A la mesonera.*)

Dios os dará el ciento tanto  
por vuestra afición tan fina  
con esta monja harto indina,  
y este cleriguillo santo. (*Por el Padre.*)  
Vos, Gutiérrez, si hasta aquí  
tan mal lo hicisteis, marchá  
y a ese estudiante ayudá,  
que harto os necesita allí.  
(*Gutiérrez se va por la puerta del foro.*)

## PADRE JULIÁN

Yo creo que entre los dos  
o nada, o muy poco harán.

## M. TERESA

*(Algo seria y burlona a la vez.)*

¡Velde, mi padre Julián,  
cómo se olvida de Dios!  
¿En qué fundación heis visto  
que entremos con atambores?  
¿No fué establo de pastores  
la cuna de Jesucristo?  
¡Dejalde a El, que es mejor,  
y El mire por nuestro bien.  
Hoy Salamanca es Belén;  
mañana será el Tabor.  
Las penas se hagan contento  
con pensar que ya mañana  
habrá otra ilesia cristiana  
en donde esté el Sacramento.  
Vamos allá tras los dos.  
Yo en la casa dormiré.  
A los ojos de la fe  
¡cuán grande se muestra Dios!

TELON RAPIDO

---

---

## ACTO SEGUNDO

---

### PRIMER CUADRO

Telón de paso en primer término, que representa una pared de los aposentos interiores de la casa, sin puertas ni ventanas, el lienzo liso. Debe componerlo un telón, que pueda alzarse para dar vista, detrás de sí, al cuadro final.

Las entradas y salidas serán por los bastidores. A la izquierda del espectador, la entrada de la calle. A la derecha, la del interior de la casa.

Al subir el telón aparece el coro de estudiantes en actitud cómico-hostil. Unos en pie sobre sus cartapacios; otros con ellos bajo el brazo; otros con algún envoltorio de ropa. Si se puede colocar un candil, que baje del techo, será la única luz que alumbre la escena. Si no, póngase con poca luz que venga de arriba.

### ESCENA PRIMERA

Perigómez, Hidalgo, Manrique y coro de estudiantes.

### CORO

¡Que no!, ¡que no!, ¡que no!  
¡Que sí!, ¡que sí!, ¡que sí!  
¡Que yo no quiero salir de aquí!  
¡Que sí!, ¡que sí!, ¡que sí!  
¡Que no!, ¡que no!, ¡que no!  
¡Que de esta casa no salgo yo!

## MÓTIZ

*(Cantado.)*

Es una santa la monja aquella;  
no hay que dudarlo; credme a mí;  
es del Carmelo fulgente estrella;  
Dios por su mano la trae aquí.  
Dejalla que nos llene  
de aromas la ciudad;  
que esparce olor de cielo  
su alegre santidad.  
Su mano va formando  
pensiles de virtud,  
y es gloria ya de España  
Teresa de Jesús.

## CORO

¡Que no!, ¡que no!...

## MÓTIZ

*(Hablado.)*

Compañeros, no hay que hablar;  
tenéis nuevo alojamiento,  
y el no dejar esta casa  
es terquedad sin ejemplo.

## HIDALGO

Di lo que quieras, Juan Mótiz;  
pero la que tú me has hecho  
no te la perdono nunca;  
y salir de aquí en silencio,  
sin apelar tan siquiera  
a la ley del pataleo,  
no lo sufro.

UNOS ESTUDIANTES

¡Bravo!, ¡bravo!

## OTROS

¡Fuera!, ¡fuera!

MANRIQUE

¡Eh! ¡Silencio!

Dice el *Derecho Romano*,  
el *Códex Justinianeum*,  
las *Pandectas* y los *Vedas*,  
que... ¡buena cara al mal tiempo!  
*Tempus meum nondum venit*;  
así que, el ala ahuequemos  
y a descansar a otro olivo,  
que éste es ya de otros mochuelos.

HIDALGO

¡Yo aquí pagaba seis reales!

PERIGÓMEZ

¡En otra pagarás menos!  
Si es que aquí has pagado algo.

MANRIQUE

¡Si no ha pagado al casero  
ni una mesada!

HIDALGO

¡Pues tú!

PERIGÓMEZ

¡Eh, señores! ¡Alto el fuego!  
Esas interioridades  
no hay que traerlas a cuento,  
que se inquietan las conciencias  
de los otros compañeros.  
La mía me dicta a mí  
que sin pagar nos marchemos.  
Mótiz, vámonos.

UNOS ESTUDIANTES

¡Cobardes!

OTROS

¡Yo me marchó!

OTROS

Yo me quedo.

*(Se dividen en dos grupos. Uno que se acerca al lado izquierdo y otro al lado derecho. Entran, lado izquierdo, Padre Julián y Gutiérrez. Este trae en las manos unas llaves.)*

## ESCENA SEGUNDA

Dichos, P. Julián y Gutiérrez.

GUTIÉRREZ

¿Todavía están aquí?  
Señores, ¿no nos dijeron  
que a su nueva casa irían?

*(Los del lado izquierdo.)*

¡Ya nos vamos!

*(Los del lado derecho.)*

¡Protestemos!

PADRE JULIÁN

Ya se acercan las dos Madres;  
¿y qué dirían al verlos  
tan turbados, que parece  
esta casa un avispero?

MÓTIZ

*(Saca la espada.)*

¡O salís, o con la espada  
contra todos arremeto!

MANRIQUE

*(Haciendo lo mismo.)*

¡Malandrines, en combate  
sois conmigo si al momento  
no queréis por esa puerta  
tomar las de Villadiego!

HIDALGO

*(Aparte.)*

¡Estos rufanes nos cosen  
si no salimos de presto!

*(Todos se disponen a tomar sus bártulos y dejar la casa;  
van de un lado a otro. La escena, muy rápida y acelerada  
hasta el final de ella.)*

UNOS ESTUDIANTES

¡Mis cartapacios conmigo!

OTRO

¡Mis libros!

OTRO

¡Mi capa!

OTRO

¡Al pelo!

*Omnia mea mecum porto! (Con un saco.)*

OTRO

¡Mi cama! ¡Voy por mi lecho!

*(Entra por el lado derecho y sale con un saco de paja.)*

OTRO

¡El mío! ¡Con estas prisas!... *(Idem.)*

MÓTIZ

De todo tuvisteis tiempo.

UNO

*(Que sale con un saco de paja.)*

¡Aquí estás, le ho florido!

OTRO

*(Idem.) Ecce nunc, floridum lectum!*

MÓTIZ

¿A qué vais con esa paja?  
Dejadla, os ruego, aquí dentro,  
que paja hallaréis más blanda  
en el hospedaje nuevo.

PADRE JULIÁN

Y que tal vez a las Madres  
les pueda venir al pelo.

HIDALGO

Entonces... ¡la paja a un lado,  
y al grano, es decir, marchemos!

UNOS ESTUDIANTES

¡Adiós, santa y noble casa!

OTROS

¡Adiós, adiós!

GUTIÉRREZ

*(Muy ceremonioso, creyendo que se despiden de él.)*

¡Hasta luego!

*(Se van los estudiantes, lado izquierdo, levantando gran vocerío.)*

## ESCENA TERCERA

P. Julián, Gutiérrez; luego M. Teresa y H. Sacramento.

PADRE JULIÁN

¡Se marcharon al fin! ¡Sea Dios loado!  
 ¡Ya está la casa libre de estudiantes!  
 ¡Desabridos se van!

GUTIÉRREZ

Pues bien galantes  
 con las benditas Madres se han mostrado.  
 ¿Veis, mi padre Julián? Venir urgía,  
 que era cuenta de Dios el acomodo.

PADRE JULIÁN

Mas, si lo hubieseis hecho de otro modo,  
 mejor hecho, tal vez, todo estaría.  
 En fin, ya tienen casa y tienen cama.  
 ¡Lo que esta paja alegrará a las dos!  
 ¡Si un par de mantas les trajera Dios,  
 les vendrían de perlas!

GUTIÉRREZ

¡Alguien llama!  
 Aquí vienen las Madres. ¡Bien venidas,  
 Madre Teresa!

M. TERESA

*(Entra lado izquierdo, y lo mira todo con señales de agrado y complacencia.)*

¡Vaya! ¡Y qué morada!  
 ¡Si es un palacio! Hermana, ¿no le agrada?  
 ¡No vi mansión más linda y más cumplida!  
 Gutiérrez, yo os confieso que acertado  
 habéis en la elección.

## GUTIÉRREZ

Que Dios os guarde  
y a descansar las dos, que ya es muy tarde,  
y el cuerpo lo tendréis asaz cansado.  
Estas las llaves son. Con vuestra hermana  
quedad, Madre Teresa. *(Le da las llaves.)*

## M. TERESA

*(A Gutiérrez, por el Padre Julián.)*

Con cariño  
cuidad de mi galán, que es harto niño  
y no sabe cuidarse. Hasta mañana.

## PADRE JULIÁN

*(Ya en el extremo izquierdo del escenario.)*

De dejaros contenta voy contento.  
Con Dios quedad, y cuando brille el día,  
bajará para haceros compañía  
el amado Jesús al Sacramento.  
*(Vanse los dos.)*

## ESCENA CUARTA

M. Teresa y H. Sacramento.

## MADRE TERESA

Hermanas, solas quedamos,  
con dos noches sin dormir.  
No hay mucho que discurrir,  
Dios nos manda que durmamos.  
*(Repara en los sacos que han dejado los estudiantes.)*  
¿Qué es esto que se han dejado  
los estudiantes? ¡Es paja!  
*(Dando con el pie a los sacos.)*

¡Linda cama! ¡Y harto baja!  
¡Que cayamos no hay cuidado!

*(Vacía un saco, y hace su cama, mulléndola bien. Entretanto, la Hermana Sacramento va de un lado a otro, mirándolo todo; se pone a escuchar; entra por el lado derecho, y vuelve a aparecer, con señal de miedo.)*

¡Allá tomad la sobrante  
para vos! *(Dándole otro saco.)*  
¿Qué estáis urdiendo?

HERMANA SACRAMENTO

Perdone, Madre, estoy viendo  
si queda algún estudiante.  
Recelos siento que alguno  
quede oculto en un rincón.

MADRE TERESA

*(Riendo.)*

¡Sí, hija, en ese montón  
de pajas he visto a uno!

HERMANA SACRAMENTO

*(Con susto.)*

¡No! ¡No lo diga ni en broma!  
¡Que doy gritos! ¡Por piedad!

MADRE TERESA

*(Riendo.)*

¡Qué pusilanimidad!  
¡Vedle! ¡Por la puerta asoma!

*(Señalando a la izquierda, con sorna. Después toma un acento severo.)*

¡Dejad el miedo y dormí,  
que naide a turbaros viene;  
y si a dormir no se aviene,  
Hermana, déjeme a mí.

## HERMANA SACRAMENTO

Sí, Madre; ya en adelante  
me quedaré quietecita...

*(Suenan golpes en el lado izquierdo.)*

¡Santa Bárbara bendita!

¿Lo veis? ¡Algún estudiante!

*(Con miedo y abrazando a la Madre Teresa.)*

## MADRE TERESA

*(Dándole las llaves.)*

Pues a vos abrille toca;  
yo os nombro aquí mi tornera.

## HERMANA SACRAMENTO

¡No! ¡No! ¡Por lo que más quiera!

¡Por el respeto a esta toca!

*(Suenan más golpes. Las dos se abrazan con miedo.)*

## MADRE TERESA

¡Tampoco me falta a mí  
bastante miedo, mi Dios!

*(Dándole las llaves con imperio.)*

Iremos juntas las dos.

Tomad las llaves y abrí.

*(Van las dos al lado izquierdo; desaparecen un instante y vuelven acompañadas de un niño, vestido de paje, que trae un bulto debajo del brazo y puesta una gorrita a la usanza.)*

## ESCENA QUINTA

Dichos y un pajecito.

## PAJE

*(Desde la puerta.)*

¿Son las monjas carmelitas?

MADRE TERESA

¡En cuerpo y alma, mi amor!

PAJE

Aquí me manda el retor  
de los Padres jesuítas.  
A dalles el parabién  
de la venida me envía.

HERMANA SACRAMENTO

*(Mirando al pajecito y aparte a la Madre Teresa.)*

¡Ay, Madre! ¡Qué monería  
de niño para un Belén!  
¡Qué lindo!

MADRE TERESA

*(Aparte a la Hermana.)*

Sí que ha quedado  
mi corazón de él prendido;  
y aún más, después que se ha ido  
el susto que nos ha dado!

PAJE

*(Desde la puerta.)*

Y dice que, aunque no es hora  
de venir con tal demanda,  
que, por si sirven, les manda  
estas mantas de Zamora.  
*(El paje da a la Madre Teresa las mantas.)*

HERMANA SACRAMENTO

¿Veis, Madre? ¡Qué caridad!  
¡Qué Padres más amorosos!

MADRE TERESA

*(Desenvolviendo las mantas y mirándolas con placer.)*

¡Sí! Son buenos religiosos  
y nos han siempre piedad.  
Es muy santo el Fundador  
de esta santa Compañía,  
y en los altares un día  
le ha de poner el Señor.

HERMANA SACRAMENTO

¿Sabe qué pienso, mi Madre?  
Que a vos subirá al altar  
para poderla rezar,  
al mesmo tiempo que al Padre.

MADRE TERESA

*(Con brusquedad.)*

¡Callá, tonta! Ya dormida  
parece estáis. *(Al paje.)* Mi doncel,  
decid al Padre que a él  
y a Dios quedo agradecida.

PAJE

Y mañana, muy trempano,  
para ayudar a arreglar  
la capilla y el altar  
con ropas vendrá un hermano. *(Vase.)*

ESCENA SEXTA

M. Teresa y Hermana Sacramento.

MADRE TERESA

*(Muy conmovida y mostrando las mantas a la Hermana.)*

¿Veis? ¿No os parecen astrosas  
del mundo las naderías,

al gozar las damerías  
 que usa Dios con sus esposas?  
 ¿No os parece deducir  
 que el Monasterio le agrada?  
 ¡Nos da un lecho, una frazada,  
 y... sueño para dormir!  
 Así, con su bendición,  
 Hermana, al sueño nos demos,  
 y las fuerzas reparemos,  
 mientras vela el corazón.

## HERMANA SACRAMENTO

*(Mientras se tiende en el lecho de pajas que se ha formado  
 ella misma anteriormente.)*

Aún me temo que ha de entrar  
 algún estudiante aquí.

## MADRE TERESA

*(Mientras arropa a la Hermana y le cubre los pies con la  
 manta, mostrándole cariño de madre.)*

Si el miedo os asalta así,  
 con ellos heis de soñar.  
 ¡Ea, mi Hermana! Entretanto  
 que os quedáis adormizada  
 os contaré una jornada  
 de esas que son un encanto.

*(Se sienta en su lecho; se arropa con la manta las espaldas,  
 arrebujándose bien en ella. La Hermana queda como dormida  
 durante la narración.)*

“A lo que ahora me acuerdo, nunca dejé Fundación por miedo del trabajo, aunque de los caminos, en especial largos, como el que hemos hecho, sentía gran contradicción; mas, en comenzándolos a andar, me parecía poco, viendo en servicio de Quién se hacía, y considerando que en aquella casa se había de alabar al Señor y haber Santísimo Sacramento. Esto es particular consuelo para mí, ver una ilesia más, cuando me acuerdo de las muchas que quitan los luteranos...”

¡Hermana! ¿Dormís?

HERMANA SACRAMENTO

No puedo.

MADRE TERESA

*(Con amor.)*

¿Sentís frío?

HERMANA SACRAMENTO

Frío, no.

MADRE TERESA

*(Aparte.)*

¡Siente lo que siento yo!

*(A la Hermana.)*

Pues, ¿qué tenéis?

HERMANA SACRAMENTO

¡Mucho miedo!

MADRE TERESA

¿Quién dijo miedo? ¡Poqueza  
de espíritu! ¡Duerma aprisa,  
que habrá de decirse misa  
en cuanto Dios amaneza.

"Una cosa aviso siempre, que aunque sea por probar la obediencia, no manden las superiores cosa que pueda ser, haciéndola, pecado ni venial, si lo hiciera. Todo lo que no fuere con estos peligros yo lo alabo; mas me huelgo que tengan en todo lo de la obediencia demasía, porque tengo particular devoción a esta virtud. Recuerdo que en Malagón pidió licencia una Hermana para tomar una disciplina, y la priora, que debía habérselo pedido ya otras veces, le dijo: "Déjeme." Como la importunó, dijo: "Váyase a pasear. Déjeme." La otra, con gran sencillez, se anduvo paseando algunas horas, hasta que una Hermana le dijo que cómo se

paseaba tanto u así una palabra, y ella le dijo que se lo habían mandado. En esto tañeron a Maitines, y como preguntase la priora cómo no iba allá, díjole la otra lo que pasaba.

Así que es menester estar avisadas las prioras con almas que ya tienen visto ser obedientes, a mirar lo que hacen. Otra, recuerdo ahora, fué a mostrar a su priora uno de esos gusanos muy grandes, diciéndole que mirase cuán lindo era. Díjole la priora, burlando: "¡Pues si es tan lindo, cómasele ella!" Fué y frióle muy bien. La cocinera díjole que para qué le freía, y ella le dijo que para comerle, y así lo quería hacer, y la priora, muy descuidada, y pudiera hacerle mucho daño..."

*(Llama muy quedo.)*

¡Hermana!... Ya se quedó  
como un cachorro dormida.  
¡Y la noche va vencida!  
¡A ver si me duermo yo!

*(Se arropa bien, echándose en las pajas tendida. Comienza una melodía. Después de algunos instantes, en que todo ha quedado en silencio en el escenario, comienza una escena muda, que es el sueño que está padeciendo la Hermana Sacramento. Sale un estudiante con una bandurria por el lado derecho y luego otro con bandurria también. Se acercan a la Hermana y hacen como que tocan a su cabecera. Del mismo lado van saliendo: uno, con un saco, que se lo ofrece, como los sacos de paja que han encontrado ellas; detrás el pajecito con las dos mantas, que hace ademán de ofrecérselas varias veces. Cuando están así todos cercando la cama de la Hermana, aparecen uno tras otro varios estudiantes con espadas en la mano por el lado izquierdo y arremeten a los que antes estaban, que protestan con señas, y, por fin, huyen por el mismo lado por donde aparecieron. Los estudiantes de las espadas se acercan al lecho de la Hermana, y, con ademanes, hacen como que quitan y esparcen la paja. Uno de ellos hace ademán de tomarla por los pies, y otro se le acerca a cogerla por la cabeza, como para llevársela. La Hermana da un grito, y todos desaparecen por la izquierda. Cesa la música.)*

HERMANA SACRAMENTO

*(Despertando.)*

¡Madre! ¡Madre! ¡Por favor!  
 ¡Los estudiantes; que llegan,  
 que me arrastran, que me llevan!

MADRE TERESA

*(Despertando.)*

¡Loado sea el Señor!  
*(Se incorpora.)*  
 ¡Hermana, por lo que quiera  
 más en el mundo! ¡Por Dios!  
 ¡Deje dormir a las dos  
 y abandone esa quimera!

HERMANA SACRAMENTO

*(Muy excitada.)*

¡Uno, Madre, se acercó!  
 ¡Le vi! ¡Llevarme quería!

MADRE TERESA

*(Con mucha sorna y disgusto.)*

¡Si así fuera, Hermana mía,  
 durmiera tranquila yo!

HERMANA SACRAMENTO

*(Mirando por todos lados, sin decir palabra durante unos instantes. Al fin dice:)*

¡Fué todo un sueño!... Y lo siento,  
 porque os estoy molestando... *(Pausa.)*  
 ¡Si vierais qué estoy pensando!...  
 ¡Me embarga un presentimiento!...

MADRE TERESA

*(Asustada.)*

¿Qué piensa? ¿Qué mira así?

## HERMANA SACRAMENTO

Que estamos solas las dos;  
y pienso: ¿Qué haríades vos  
si ahora me muriera aquí?

*(La Madre Teresa se levanta de la cama repentinamente, como asaltada por el miedo.)*

MADRE TERESA

*(Aparte.)*

¡Recio es! Llegué a perder  
la color! ¡Que no me vea!

*(Se vuelve a acostar; le vuelve la espalda a la Hermana y murmura con tono de mal humor.)*

¡Hermana, de que eso sea  
pensaré lo que he de hacer!

¡Ahora, déjeme dormir!

No me torne a molestar;

mirad que habéis de soñar

con gozo y no con morir.

*(Se vuelve a arropar la Hermana. Un momento de silencio. La Madre Teresa se incorpora y habla sola.)*

Meditar con devoción

no he podido en este día.

¡Con qué gusto buscaría  
algún secreto rincón!

¡Oh, Jesús del corazón,

no poder en Ti pensar,

cuando el único manjar

del alma es hablar contigo,

y tus finezas de amigo,

sin nunca hartarme, gozar!

¡Y estoy sola! ¡Ya mi Hermana

se está quedando adormida,

y tú, Dueño de mi vida,

de hablarte excitas mi gana!

Ya despunta la mañana;

voy de tus brazos en pos;

pasemos juntos los dos

hasta que nazca la aurora.  
 ¡Que es un instante una hora  
 cuando hablando estoy con Dios!

*(Se levanta con cuidado; dirígese al lado derecho de puntillas, mientras recita las últimas estrofas.)*

Hablemos, Dueño adorado,  
 de algo que me dé consuelo;  
 de lo que será el Carmelo  
 ya florido y reformado.

*(Mirando desde el extremo derecho a la Hermana Sacramento.)*

Ya dormida se ha quedado.  
 Señor, hazle en sueños ver  
 lo que tú piensas hacer  
 con tus siervas algún día.  
 ¡Ya sabes que el alegría  
 siempre ayuda a padecer!

*(Se retira por el lado derecho al interior. La Hermana Sacramento, al verla desaparecer, se levanta.)*

#### HERMANA SACRAMENTO

Creyó que estaba dormida,  
 y va a buscar un rincón  
 para tener oración  
 en silencio y recogida.  
 No sospeche la partida  
 que yo le voy a jugar.  
 ¡Qué gozo me da el mirar  
 su rostro, cuando se arroba!  
 ¡Me quedo como una boba!  
 ¡Si es una santa de altar!

*(Vase de puntillas lado derecho. Comienza una melodía suave y se alza con mucha lentitud el telón de paso.)*

## CUADRO SEGUNDO

Al levantarse el telón de paso, aparece la apoteosis de Santa Teresa de Jesús. Un trono muy iluminado, a ser posible desde lo alto, sin que se vean las luces. Se sube al trono por una gradería sembrada de flores toda ella. En lo más alto de la gradería, el trono, y sentado en él el Sagrado Corazón de Jesús, o Jesucristo con túnica blanca y manto rojo y la cabellera suelta. A sus pies Teresa de Jesús con bonete de doctora, si parece bien; si no, como estaba antes. Dos filas de monjas carmelitas bordan los peldaños de la gradería a un lado y a otro, todas de pie en actitud de venerar al Señor. Al pie de la gradería, a un lado y a otro, sendos ángeles, uno vestido de blanco, con azucenas en la mano, y otro de rojo, con palmas de mártires en las suyas. En el trono, detrás de Jesús, dos figuras alegóricas: la Iglesia, con tiara, vestida de blanco, sostiene la muceta blanca de doctora, y quizás el bonete con borla, en vez de tenerlo puesto Santa Teresa. Al lado izquierdo del trono está, de pie, España, vestida de reina, a ser posible, con ropaje talar y manto de castillos, leones y corona. Tiene en su mano la bandera española, que ha puesto como alfombra, para que sobre sus pliegues se hinque de rodillas la santa Reformadora. Esta, arrodillada a los pies de Jesús, tiene las manos cruzadas y apoyadas sobre las rodillas del Señor, y está inmóvil, extática, mirando al imán de sus amores.

## IGLESIA

Mística Doctora  
de ciencia divina:  
sigue derramando  
la luz peregrina  
de la infusa ciencia  
que Dios te enseñó;  
y al cálido beso  
de tu unción sagrada  
quedará de santos  
la tierra poblada;  
de santos que ensalcen  
las glorias de Dios.

## ESPAÑA

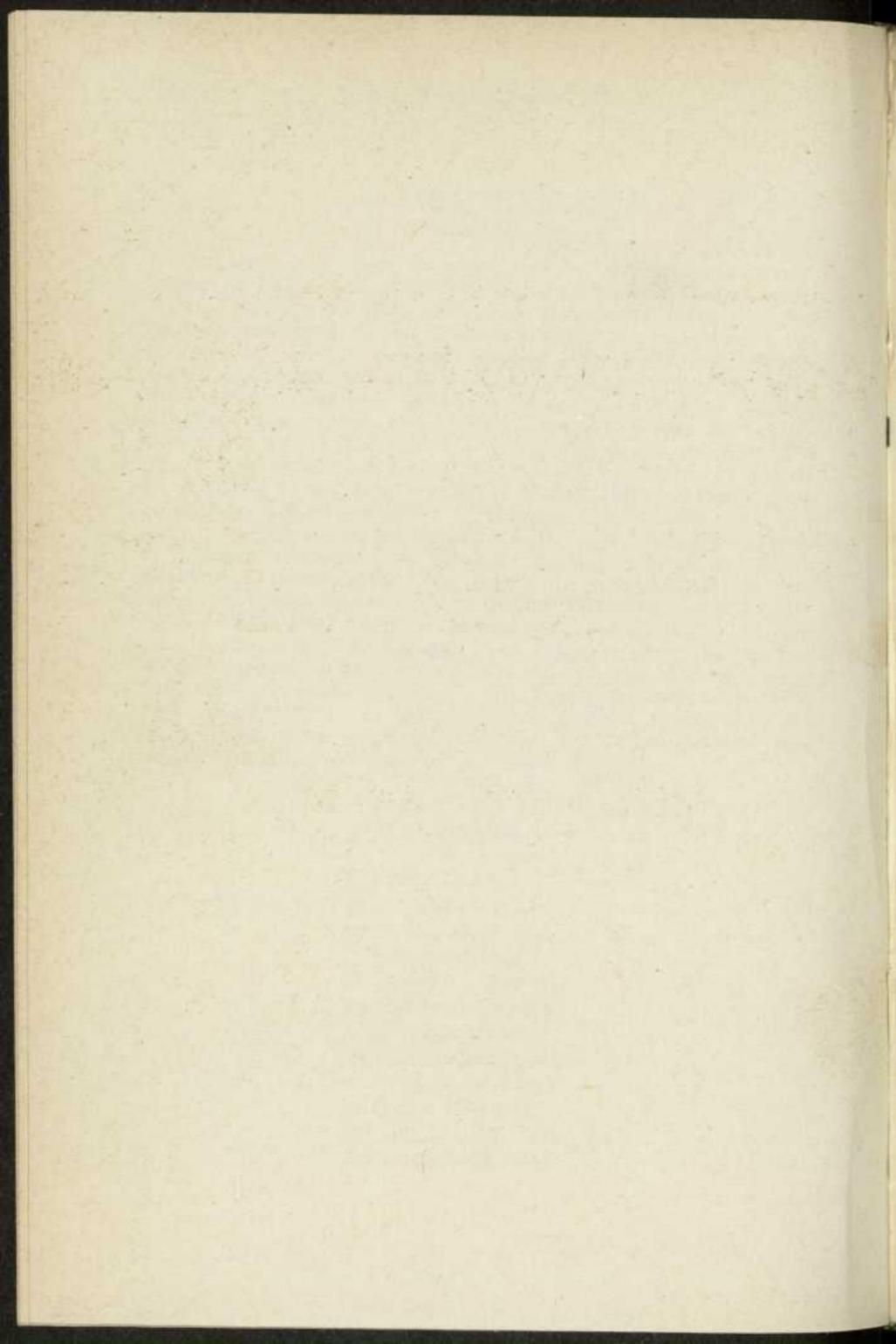
De santos que honren  
tu Patria amorosa.

España, al mirarte,  
se siente orgullosa  
de haber merecido  
tu cuna mecer.  
Y pone a tus plantas  
su linda bandera,  
que irá, si la guías,  
vertiendo doquiera  
destellos de gloria  
y effuvios de fe.

## JESÚS

Esposa querida,  
Rosa del Carmelo,  
tu Patria es mi gloria,  
España es el suelo  
donde yo quisiera  
reinar por amor;  
sigueme formando  
huertos de jazmines;  
que en medio de España,  
entre esos jardines,  
ha de alzarse el trono  
de mi Corazón.

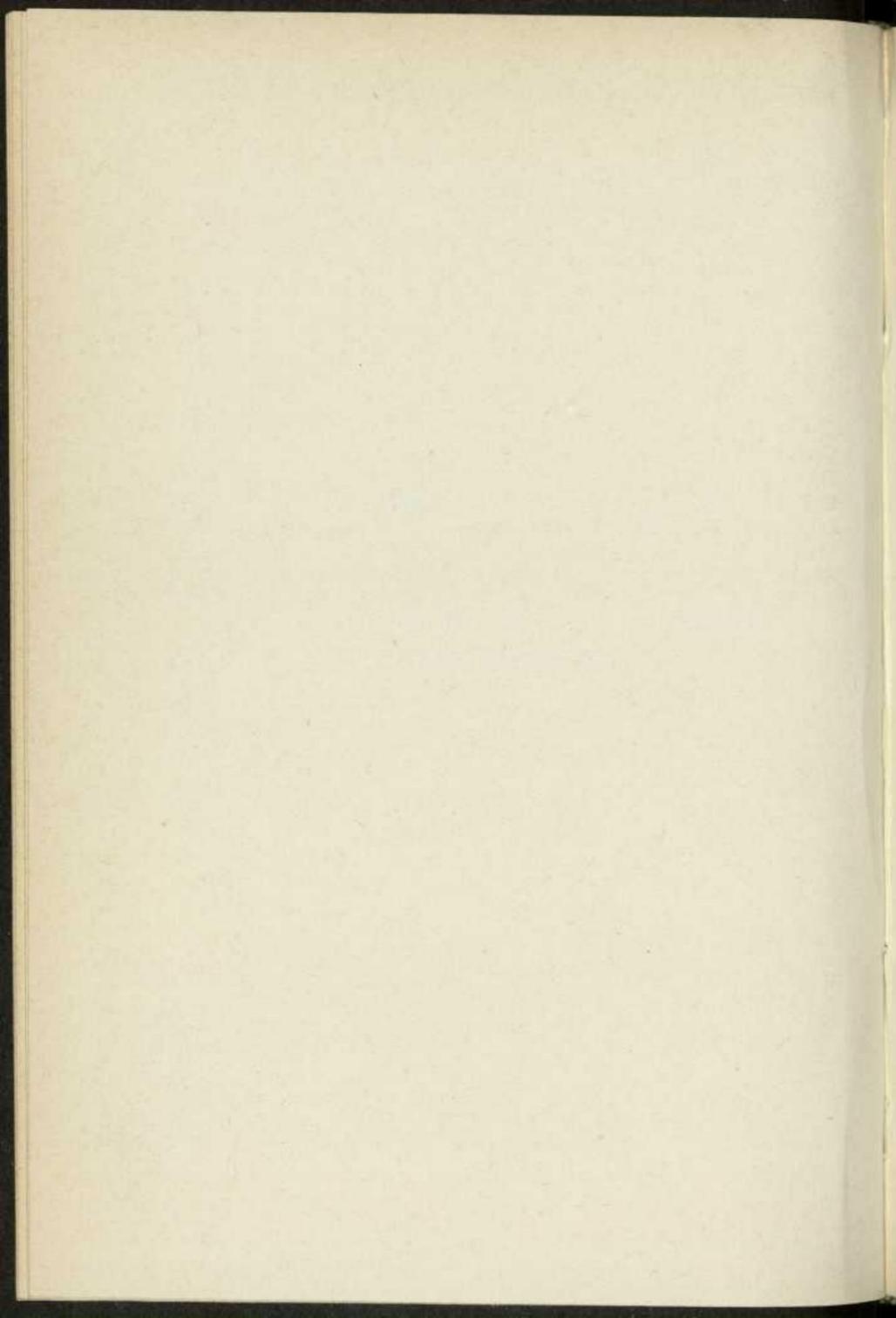
*(Jesús toma entre sus manos las manos de Teresa. Telón  
lento, en medio de la melodía.)*



# Genoveva de Brabante

---

Drama en tres actos, basado en la novela  
del mismo nombre



---

---

## PERSONAJES

---

GENOVEVA, Duquesa de Brabante.

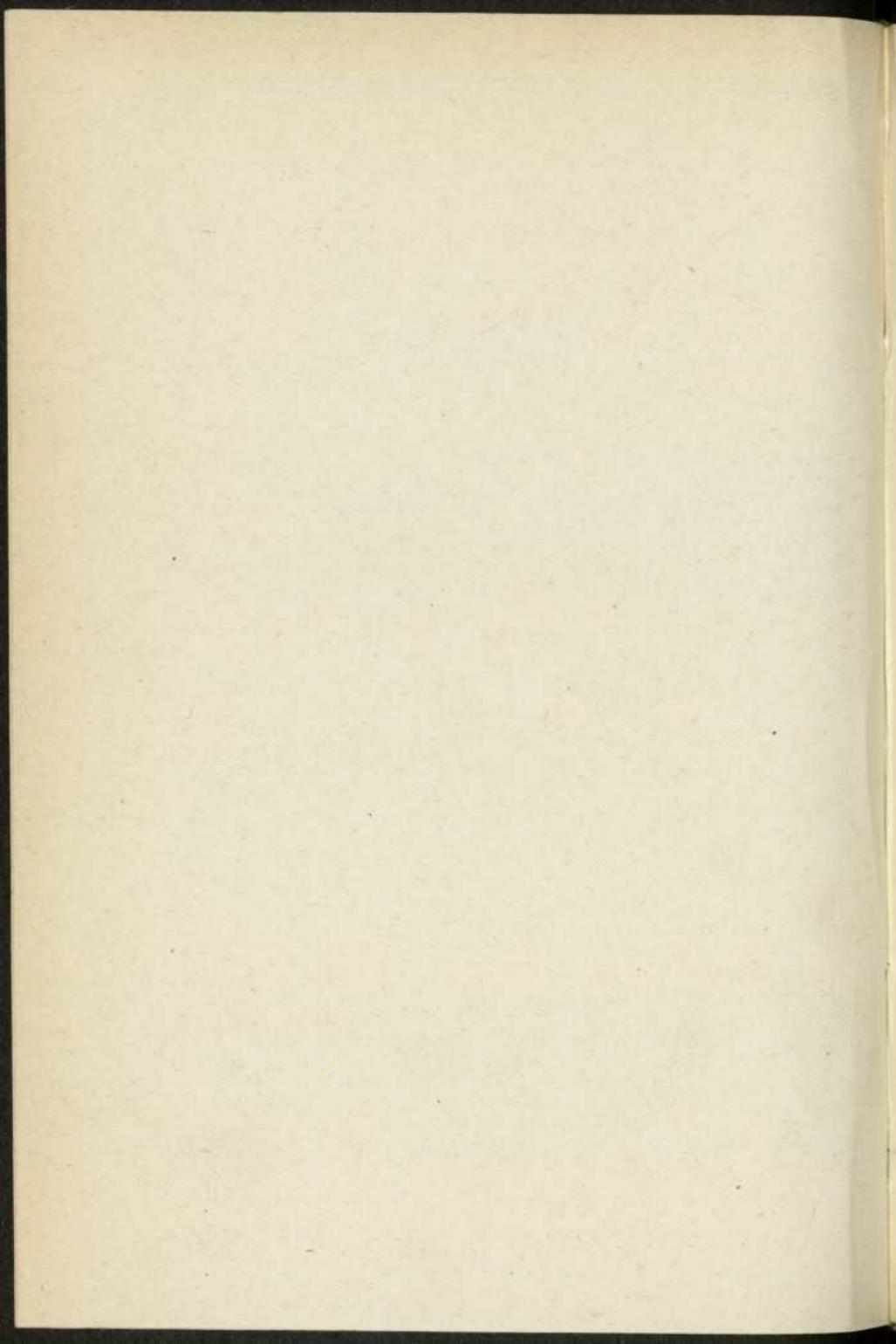
EL CONDE SIGFREDO, esposo de Genoveva.

EDUARDO, hijo de los dos. De unos ocho años.

LUDGARDA, hermana de Sigfredo.

MARTINA, esclava.

BERTA, idem.



---

---

## ACTO PRIMERO

---

Lujosa sala en el castillo del conde Sigfredo, a estilo del siglo IX. Aparece Ludgarda ricamente vestida y sentada en un sofá, leyendo en un libro. Martina, en traje de villana, limpiando y arreglando los muebles.

En medio del escenario, una mesa con recado de escribir. Puerta al foro y al lado izquierdo del espectador. Al lado derecho, una gran ventana que da al patio del castillo y al campo. Sobre los muebles y en completo desorden, arcabuces, flechas, lanzas y armas de la época.

### ESCENA I

Ludgarda, Martina

MARTINA

¡Qué gente más descuidada!  
No hacen más que revolver.  
Todo lo ha de componer  
la pobrecita criada...  
Ya tengo todo arreglado...

LUDGARDA

*(Arrojando con desprecio la novela y levantándose con disgusto.)*

¡Historia más aburrida  
jamás la he visto en mi vida!  
Martina, ven a mi lado.

MARTINA

(Acercándose.)

¿Qué desea mi señora?

LUDGARDA

¿Se habrá el conde levantado?

MARTINA

Se acostó anoche rendido  
y aún está durmiendo.

LUDGARDA

(Levantándose.)

Es hora  
de que vaya a despertarle.  
Se ha olvidado que hoy es día  
de la alegre cacería.  
Voy al momento a llamarle. (Pausa.)  
Mas antes te quiero hablar  
de un asunto.

MARTINA

En buena hora.  
Hablad sin miedo, señora,  
que a mí me toca escuchar.

LUDGARDA

(Con indecisión.)

Te extrañará... ya lo entiendo,  
una pregunta tan nueva...  
¿Qué piensas de Genoveva?

MARTINA

(Indecisa.)

Es buena...

LUDGARDA

Ya te comprendo.  
Pero, en verdad, yo quería  
respuesta más clara oír.  
¡Es buena!... ¿Quieres decir  
que es mucha su hipocresía?  
(Martina baja la cabeza sin responder.)  
Esclava, no te dé pena  
y respóndeme al instante.  
La duquesa de Brabante,  
¿es hipócrita o es buena?

MARTINA

Tiene de una y de otra cosa.

LUDGARDA

¿Te quieres burlar de mí?  
Esclava, vete de aquí. (Con desprecio.)

MARTINA

(Separándose muy despacio.)

Ya me voy, condesa hermosa.

LUDGARDA

Quédate.

MARTINA

Me quedaré  
si es que vos lo deseáis.

LUDGARDA

Ven cerca.

MARTINA

(Acercándose.)

Si lo mandáis,  
señora, me acercaré.

LUDGARDA

*(Con cariño.)*

Sabes, esclava querida,  
 pues siempre te lo he mostrado,  
 que de todo mi condado  
 eres tú la preferida.

MARTINA

Ama mía, ya lo veo;  
 y en pagarle con amor  
 ese tan grande favor  
 cifro todo mi deseo.

LUDGARDA

Ya verás si te prefiero,  
 que hasta una secreta pena  
 que de amargura me llena,  
 contarte, Martina, quiero.

MARTINA

Contadla, pronto, ¡por Dios!,  
 que si es preciso, ama mía,  
 gustosa yo moriría  
 por veros contenta a vos.

LUDGARDA

Gracias, esclava, no es tanto  
 lo que a tu ama darás.  
 Pido un consejo no más  
 que mitigue mi quebranto.  
 Siéntate.

*(Se sienta Ludgarda en un diván y Martina a sus pies.)*

Cuando mi hermano  
 con Genoveva casó,  
 mi corazón ya temió  
 de penas un oceano.  
 Se han cumplido mis temores,

porque al venir ella aquí,  
arrebató tras de sí  
del castillo los amores.  
Hoy son leyes su querer;  
ella manda en el castillo;  
ella eclipsa con su brillo  
mi hermosura y mi poder.  
Y la aborrezco, de suerte,  
que este rencor que en mí anida,  
o a ella le cuesta la vida  
o a mí me causa la muerte.  
No puedo ya soportar  
las angustias en que vivo.  
¿Tienes un veneno activo  
con que la puedas matar?

MARTINA

Tened, condesa, esperanza,  
que ha de eclipsarse esa estrella.  
Mas envenenarla a ella  
es muy pequeña venganza.  
Venganza será el lograr  
que el conde, a quien tanto ama,  
apague de amor la llama  
y al cabo la empiece a odiar.

LUDGARDA

Vano intento. ¿Quién soñó  
conseguir esa quimera?  
¿Quién hay que lograr pudiera  
tan grande fortuna?

MARTINA

Yo.

LUDGARDA

¿Tú, esclava? ¿Y por qué camino?

MARTINA

La astucia lo puede todo.

LUDGARDA

Expílicate. Dime el modo,  
que será bien peregrino.

MARTINA

¿No le llama la atención  
que salga al campo a deshoras  
y se pase horas y horas  
metida en su habitación?  
Tal soledad, a fe mía,  
me mortifica y me extraña,  
y lo tengo por patraña  
y cosa de brujería.

LUDGARDA

A mí también me ha extrañado;  
pero... ¿qué quieres decir?

MARTINA

Que esto nos puede servir  
para un plan que he meditado.  
Sabéis que el conde abomina  
de las brujas y hechiceras,  
y de mil y mil maneras  
sin piedad las extermina.  
No hace un mes que, al encontrar  
cierta vieja, que a un difunto  
invocaba, luego al punto  
la hizo en el patio quemar.  
Tal vez ni extrañe la nueva  
de que la bruja más maga  
que sus dominios estraga  
es la misma Genoveva.

LUDGARDA

*(Pensativa.)*

¡Horrible trama! Y a fe...  
que me alucina y me encanta.

(Hablando sola.)

Pero es tan buena..., tan santa...

(Levantándose.)

En fin, yo lo pensaré.

(Se oyen voces fuera.)

¿Qué es eso?

MARTINA

Son las villanas  
del castillo. El condesito  
cumple ocho años.

LUDGARDA

¡Maldito!

¡Le echara por la ventana!  
Martina, si en realidad  
sale esa mujer de aquí,  
ten segura para ti,  
en premio, la libertad.

MARTINA

(Se arrodilla ante Ludgarda.)

Dejadme besar, señora,  
su mano.

(Le besa la mano y se retira hacia el foro.)

Contenta estoy,  
porque ya mirando voy  
de mi libertad la aurora.

LUDGARDA

Siempre sospeché que tú,  
como yo, la aborrecías.

MARTINA

La odio hace muchos días,  
como al mismo Belcebú.

LUDGARDA

Pronto el plan concertaremos.

MARTINA

Cuando queráis.

LUDGARDA

Esta tarde.

MARTINA

Condesa, que Dios os guarde.

*(Vase puerta del foro, pero se incorpora al coro de villanos.)*

LUDGARDA

Pronto de penas saldremos.

*(Vase puerta izquierda.)*

## ESCENA II

Genoveva, Martina, Coro, Berta. Luego, Eduardo.

CORO

Radiante nace el día  
de alegría  
sin igual.Hoy, que todo nos convida  
delicias a gozar.Duquesa venturosa,  
bella rosa  
del pensil,Dios prolongue tu existencia  
años mil.*Hablado.*

VILLANO 1.º

¿Estará durmiendo aún  
el condesito Eduardo?

BERTA

Vamos a su habitación  
a despertarle cantando.

TODOS

Vamos allá.

VILLANO 1.º

¡Viva el conde!

TODOS

¡Viva!

GENOVEVA

*(Aparece puerta izquierda, ricamente vestida.)*

¿Qué estáis gritando?

MARTINA

*(Aparte.)*

¡La duquesa! Tengo miedo  
sólo de verme a su lado. *(Vase.)*

VILLANO 1.º

Señora, ¿no os acordáis  
de que es hoy el cumpleaños  
de vuestro hijo?

GENOVEVA

Sí tal.

BERTA

Dios le guarde muchos años.

GENOVEVA

¿Y habéis rogado por él  
al Señor?

VILLANO

Eso está claro.

GENOVEVA

No sabéis lo que agradezco  
esos tan finos regalos.  
Yo también, para que un día  
tan grande quede grabado  
en vuestras almas, al ver  
que el año ha sido tan malo  
de cosechas, os perdono  
cuanto os hayáis adeudado  
con el conde, mi marido.  
¿Os agrada ese regalo?

BERTA

¡Viva la hermosa duquesa!

GENOVEVA

A ver si se ha levantado  
mi hijito, y agradecedle  
tan grande obsequio.

BERTA

¡Miradlo!

*(Todos se retiran al entrar Eduardo acompañado de una  
dama. Eduardo besa la mano a su madre.)*

EDUARDO

Mamita, Dios te bendiga.

GENOVEVA

¿Tan pronto te han levantado?

EDUARDO

No he dormido apenas nada,  
toda la noche pensando

en el gozo que iba a dar  
a estos pobres.

GENOVEVA

*(Atrayendo a su hijo con cariño.)*

¡Mi Eduardo! *(Le besa.)*

Dios te conserve tan bueno.  
Hacer bien, hijito amado,  
es parecernos a Dios,  
que bendice nuestros campos,  
que enciende el sol en los cielos,  
que perdona los pecados.

EDUARDO

¿Por eso perdonarás  
a los que están encerrados  
en las cárceles?

GENOVEVA

Sí, hijito,  
quedan todos perdonados.  
Ve tú a darles la noticia.  
Vosotras, acompañadlo.  
Quiero que aprendas el modo  
de tratar a tus vasallos.

BERTA

Yo lo llevaré, señora,  
que mi padre está esperando  
que le deis la libertad  
para darme un fuerte abrazo.

GENOVEVA

¿Quién eres?

BERTA

Del atalaya  
soy la hija.

EDUARDO

Vamos, vamos,  
que quiero ver cómo goza  
cuando la cárcel le abramos.

BERTA

Dios os premie, condesito.

VILLANO 1.º

¡Que viva el conde Eduardo!  
(*Vanse todos puerta del foro, menos Genoveva.*)

ESCENA III

Genoveva. Luego, Sigfredo.

GENOVEVA

¡Señor, qué dichosa soy!  
¡Qué bueno conmigo eres!  
¡Parece que nunca quieres  
probar mi fidelidad!  
Siembras mi vida de flores.  
Me has dado un amante esposo,  
un hijo tan cariñoso  
y una tan rica heredad!  
¿Cómo pagar tus favores?  
Yo dejo siempre en tu mano,  
Dios bueno, Dios soberano,  
mi vida y mi porvenir.  
¡Sólo tu gracia te pido  
para amarte con ternura  
y conservar mi alma pura  
sin pecado hasta morir!

SIGFREDO

Genoveva, ¿tan temprano  
te has levantado?

GENOVEVA

Sigfredo.  
Más me extraña verte a ti  
levantado. Di, ¿qué es eso?

SIGFREDO

¿No sabes que he preparado  
una caza? Ya está presto  
todo y con Eduardito  
y mi hermana partiremos.

GENOVEVA

¿Tu hermana? (*Con pena.*)

SIGFREDO

¿Acaso te extraña  
el que también la llevemos?

GENOVEVA

¡Ah, no, me gusta que vaya!  
(*Aparte.*)  
¿Qué mujer! Me causa miedo.

SIGFREDO

¿Y por qué no vienes tú?

GENOVEVA

Ya sabes que yo me quedo  
con más gusto en el castillo.  
Sólo en casa me divierto.

SIGFREDO

No quiero contradecirte.

(*Aparte.*)

¡Siempre amiga del silencio!

¡Verla tan sola me aburre!

GENOVEVA

¿Y vendrás pronto?

SIGFREDO

Yo espero  
volver mañana temprano.

GENOVEVA

¿Un día no más, Sigfredo?

¿Por qué no estás dos o tres?

SIGFREDO

Es tanto lo que te quiero,  
que lejos de ti me aburro.

GENOVEVA

Y yo, cuando tú estás lejos,  
paso los días llorando  
y contando los momentos,  
pero me alegra el pensar  
que te estarás divirtiendo  
y que a la más larga ausencia  
da la vuelta más contento.

SIGFREDO

Tampoco quiero alejarme  
porque me temo hace tiempo  
que el Rey me llame a la guerra.

GENOVEVA  
(*Asustada.*)

¡A la guerra!

SIGFREDO  
Me lo temo,  
porque la chusma de moros  
que invadió de España el suelo  
al vencer en Guadalete,  
sigue triunfante subiendo.

GENOVEVA  
No querrá Dios tantos males  
que aun de pensarlo ya tiemblo.  
¿Y crees que han de llegar  
los moros a nuestro suelo?

SIGFREDO  
Ya han entrado por las Galias,  
y si no hay un escarmiento...

GENOVEVA  
¡Los estados de mi padre  
están tal vez invadiendo!...

SIGFREDO  
No temas, esposa mía,  
es muy fuerte nuestro acero,  
y como quieran probarlo  
les ha de llegar al pecho.  
Pero hablemos de otra cosa,  
que este temor está lejos.  
¿Y nuestro hijo?

GENOVEVA  
Ha bajado  
a libertar esos presos

que tenías en la cárcel.  
 ¡Qué hijito tengo tan bueno!  
 Voy a oír las bendiciones  
 que le estará dando el pueblo.  
 ¿Quieres que bajemos juntos?

SIGFREDO

No, Genoveva, me quedo  
 ordenando de la caza  
 los necesarios arreglos.  
 Tráeme al niño, tengo ansias  
 de darle un millón de besos.

GENOVEVA

Lo he de traer en seguida.

SIGFREDO

Aquí en la sala te espero.

GENOVEVA

*(Aparte, al marchar por el foro.)*  
 ¡Esa guerra!... Me parece  
 que empieza a nublarse el cielo.  
*(Vase.)*

#### ESCENA IV

Sigfredo. Luego, Ludgarda.

SIGFREDO

¡Qué feliz soy! No hay señor  
 por todo este gran poblado  
 que no envidie mi valor,  
 y el reposo y el amor  
 que reina en este condado.

Mis tierras son las mejores,  
mis siervos, trabajadores;  
mis cotos, llenos de caza;  
almenada está la plaza,  
lleno mi jardín de flores.

---

Aquí dentro, la alegría  
extiende de noche y día  
sus alas sobre mi hogar.  
¡Jamás pudiera soñar  
tanto amor el alma mía!

---

Tengo una esposa tan buena,  
con un alma de azucena,  
que todo el mundo me dice:  
"Por ella Dios te bendice  
y de riquezas te llena."

---

Todo en Genoveva admiro.  
Tan sólo con pena miro  
su afán por la soledad.  
¡Es tan raro que a su edad  
le guste tanto el retiro!

---

¡Siempre orando en un rincón!  
¡A veces sale a deshora  
al bosque o al torreón  
y allí pasa en oración  
los días hora tras hora!

---

Bien quisiera yo estorbar  
tan grande recogimiento,  
porque le puede dañar;  
mas... si lo estorbo, presiento  
que Dios me ha de castigar.

---

Dejémosla, pues por ella  
 el cielo la paz me envía.  
 No eclipsemos esa estrella  
 cuya luz radiante y bella  
 hacia la gloria me guía.

*(Se pone a arreglar las armas.)*

LUDGARDA

*(Entra y queda algo recelosa en la puerta.)*

*(Aparte.)*

Aquí está. Yo no sé por qué de miedo  
 mi cuerpo se estremece; y mi conciencia  
 palpar hace al pecho con violencia,  
 y espantada ante el crimen, retrocedo.

*(Vuelve a ocultarse.)*

SIGFREDO

*(Sin verla.)*

Ya está todo arreglado. Bien temprano  
 podremos hoy salir. Toda la gente  
 esperando sin duda está impaciente.  
 Voy a llamarla ya.

LUDGARDA

*(Saliendo con resolución.)*

Salud, hermano.

SIGFREDO

Ludgarda, te esperaba. Se hará tarde.  
 El día está sereno; y los criados  
 en el patio estarán desesperados.

LUDGARDA

Ya he mandado a la gente que se aguarde.  
 Tengo el alma transida por la pena  
 al tenerte que hablar.

SIGFREDO

Habla. ¿Qué pasa?

LUDGARDA

Dios ha de maldecir toda tu casa  
si a un criminal tu diestra no refrena.

SIGFREDO

*(Impaciente.)*

¿Quién es? Dímelo pronto. Su malicia  
le llevará al cadalso en un momento.

LUDGARDA

*(Turbada.)*

Repugnancia al decir su nombre siento.

SIGFREDO

Dímelo. Te lo ordena la justicia.

LUDGARDA

Su apostasía hasta invocar le lleva  
las deidades del ciego paganismo,  
que extinguió con su luz el cristianismo.

SIGFREDO

*(Muy impaciente.)*

¿Quién es el criminal?

LUDGARDA

Es Genoveva.

SIGFREDO

*(Volviendo en sí.)*

¡Imposible! Mi esposa es una santa.

LUDGARDA

¡Te engañas! Con su falsa hipocresía  
engañados a todos nos tenía.

SIGFREDO

*(Dudando.)*

¿Cabrás en su corazón malicia tanta?

LUDGARDA

Jamás pena tan grande yo te diera  
si tan amarga realidad no viese,  
si pruebas indudables lo tuviese  
para saber que es maga y hechicera.  
Verás la realidad y el desencanto.  
Anoche la seguí, cuando salía  
del parque; y vi que se internó en la umbría  
tapando un bulto con su negro manto.  
Llegó hasta el bosque; y en lo más oculto,  
mirando a todas partes con recelo,  
se detuvo por fin; puso en el suelo  
lo que llevaba en el oscuro bulto.  
¡Me horroricé!... *(Transición.)* Más blanco que el armiño  
y en sus labios brillando la sonrisa,  
más pura que de abril la blanda brisa  
le miró con amor un tierno niño.  
Entonces ella con crueldad de fiera  
sacó un puñal, y...

SIGFREDO

Basta, basta, hermana.  
Has tendido un abismo esta mañana  
entre ella y yo.

LUDGARDA

*(Interrumpiendo con viveza, sigue.)*

Y entonces la hechicera,  
ciertas palabras pronunciando extrañas,

el corazón del niño iba sacando  
y uno por uno la sentí contando  
los latidos que daban las entrañas.

SIGFREDO

*(Furioso saca el puñal.)*

Has de morir, has de morir, malvada.

LUDGARDA

*(Con calma.)*

Calma, Sigfredo, tu profunda pena.  
Una ley que tú has dado la condena  
por mano del verdugo a ser quemada.

SIGFREDO

*(Meditando.)*

Es verdad... *(Resuelto.)* Marcharé a la cacería,  
mi profundo dolor disimulando  
y haré que esté sus pasos acechando  
mientras esté yo ausente un fiel espía.

LUDGARDA

¿Dudas de la verdad?

SIGFREDO

No tal, no dudo...

¡Pero... tan buena siempre... tan cristiana!  
¿Cómo tanta maldad, querida hermana,  
cómo albergarse en sus entrañas pudo?

*(Se oyen voces y vivas.)*

Ahí viene con su hijo.

LUDGARDA

Calma, calma.

Disimula tu pena, que es prudente.

*(Vase.)*

## SIGFREDO

Ahogaré de mi pena el mar hirviente  
 en el antro más hondo de mi alma.

*(Sigfredo se sienta y escribe. Aparecen Genoveva, Berta, Eduardo y coro cantando. La primera estrofa, y si se quiere, aun la segunda, puede cantarse dentro.)*

## GENOVEVA

Venid, alegres tempranas flores,  
 venid, bandadas de ruiseñores  
 mis alegrías a contemplar.  
 Mi vida pasa como la quilla  
 que va bogando junto a la orilla  
 sin los temores de naufragar.

## BERTA

Venid, alegres, tempranas flores,  
 venid, bandadas de ruiseñores,  
 del bosque umbroso dulce laúd.  
 De la condesa con armonías  
 cantad a coro las alegrías  
 que son el premio de su virtud.  
*(Sale el coro y las indicadas.)*

## ESCENA V

Sigfredo, Genoveva, Eduardo, Berta. Coro

*(Sigfredo sigue escribiendo, Genoveva queda en primer término con Eduardo. El coro oculta a Sigfredo.)*

## GENOVEVA

Ya has visto, hijito del alma,  
 cómo agradecen los pobres  
 cualquier favor que se hace  
 en su obsequio. No se borre

esta lección de tu alma  
para cuando seas hombre.

(Al coro.)

Ahora, vosotros, volved  
cada cual a sus labores,  
porque Eduardito a la caza  
va a marcharse con el conde.

(Vase el coro, menos Berta, que queda en segundo término. Genoveva repara en Sigfredo.)

¿Estás ahí? Se hará tarde  
si te detienes.

SIGFREDO

(Se levanta y cierra el pliego que ha escrito, sin ver a Genoveva.)

Esta noche  
haré que el guarda la espíe,  
sin que ella sepa de dónde.

GENOVEVA

(Con cariño, acercándose a él.)

Antes que salgas, Sigfredo,  
pienso que se hará de noche.

SIGFREDO

(Con intención.)

Mostráís muy grande deseo  
de veros lejos del conde.

GENOVEVA

¿Yo? ¡Por Dios! ¿Tú te imaginas  
que en que te marches yo goce?  
No sabes, esposo mío,  
qué crueles, cuán atroces  
son para mí tus ausencias.  
No, Sigfredo, no te enojés.  
Si gozo en que tú te vayas,  
me cuestan caros mis goces.

SIGFREDO

*(Aparte.)*

Disimulemos un poco.

*(A Berta).*

Villana, ven.

BERTA

*(Acercándose.)*

Señor conde...

SIGFREDO

Ponme pronto las espuelas.

*(Berta le trae las espuelas y Genoveva le trae la espada y se la ciñe ella misma.)*

GENOVEVA

¿Y tú quisieras entonces  
que fuera a cazar contigo?  
Iré, si tú lo dispones.

EDUARDO

Sí, mamá, ven con nosotros.

SIGFREDO

*(Enfadado.)*

Basta, basta de razones.  
Esclava, ven pronto al patio  
y di que el que se demore,  
a más de quedar sin caza,  
le encerraré en las prisiones.  
*(Se va Berta por el foro.)*

GENOVEVA

*(Aparte.)*¿Qué tendrá? *(Acercándose a él.)* ¡Sigfredo!

SIGFREDO

Tú

reza en paz tus oraciones.

A ver si logras con ellas

convertir los pecadores.

Hasta la vuelta. *(Se dirige al foro.)*

GENOVEVA

*(No puede más y se arroja hacia él.)*

¡Sigfredo!

¡Escucha a tu esposa! ¡Oye!

SIGFREDO

*(Rechazándola con dureza.)*

Déjame en paz, Genoveva.

Vete pronto a tus labores

y que guardes el castillo.

*(Aparte y bajando al proscenio, pero muy distante del sitio donde está Genoveva.)*

¡Huid, sospechas atroces!

¡Vana ilusión! ¡Si es un ángel!

¡Sigfredo, no la conoces!

GENOVEVA

*(Aparte.)*

¡Dios mío! ¡Esto es un martirio!

¡Dios mío, no me abandones!

*(Pausa corta. Entra un criado que se queda en la puerta del foro.)*

CRIADO

Señor, hacia aquí se acerca,

corriendo a todo galope,

un jinete!

SIGFREDO

*(Vuelve de su meditación.)*

¿Quién será?

CRIADO

Bien claro se le conoce  
que es mensajero del Rey,  
del penacho en los colores.

GENOVEVA

*(Vuelve con pasmo de su meditación.)*

¡Dios mío, la guerra!

SIGFREDO

*(Con calma.)*

Dile

al que está en los torreones  
que enarbole el pabellon  
y que la gente se forme  
y que tiendan los rastrillos.

CRIADO

Así se hará, señor conde. *(Vase.)*

GENOVEVA

¡Dios mío, cómo se cierra  
de mi dicha el horizonte!

SIGFREDO

*(Ya con cariño.)*

No te asustes, Genoveva.  
Son aún vanos tus temores.  
Voy al punto a recibirle.  
Ya los rastrillos se oyen.  
A bien que la gente mía  
ya está en armas y veloces

pueden partir ahora mismo,  
si el Rey me manda sus órdenes.

(Voz dentro.)

¡Hombre al castillo!

(Se oye una campana y varios ¡alertas! Genoveva se deja caer en un sillón, abatida. Sigfredo se asoma a la ventana de la derecha y habla con el centinela.)

SIGFREDO

Abrid,  
que viene del Rey en nombre.  
Voy a ver qué quiere; ya  
penetró en los torreones.

(Vase puerta del foro.)

ESCENA VI

Genoveva, Eduardo, que durante la escena anterior ha quedado muy distante, jugando con una flecha.

GENOVEVA

¡Un enviado real  
tan deprisa en esta tierra!  
¡Ah, Señor, cierto es mi mal!  
¡Anuncio traerá de guerra!

(Pausa. Muda de tono.)

¿Y qué tendrá contra mí  
Sigfredo, que me ha tratado  
con esas muestras de enfado?  
Jamás tan serio le vi.  
El, que siempre me trató  
con ternura, con cariño.  
Ni un beso le dió a su niño;  
ni una palabra le habló.

(Abraza a Eduardo, que se ha aproximado a su madre.)

Ven, hijito de mi alma,  
mi alegría, mi consuelo;  
me temo mucho que el cielo

pierda su apacible calma.  
No temo tanto el fragor  
de esa guerra despiadada  
como el verme ya privada  
del consuelo de su amor.

EDUARDO

¿Qué tienes, mamá?

GENOVEVA

Las horas  
se acercan del sufrimiento.  
Hijo mío, las presento.

EDUARDO

Pero, dime, ¿por qué lloras?

GENOVEVA

Es verdad, hijo, es verdad.  
¿Por qué sin razón me afijo,  
teniendo el amor de un hijo  
y de mi Dios la amistad?

*(Se oyen trompas y tambores y ruido de armas. Genoveva se levanta.)*

¿No escuchas? Por esta tierra  
ha un año que no se oía  
esa ruda sinfonía  
llamando a rebato y guerra.  
Y hoy, cuando quiere la madre  
un secreto sondear,  
el Rey me quiere arrancar  
de los brazos de tu padre.  
Vamos a rezar los dos,  
hijito del alma mía.

EDUARDO

Sí, madre, que la alegría

se encuentra rezando a Dios.  
(*Vanse por la puerta izquierda.*)

## ESCENA VII

Sigfredo, vestido con sus armas, que sale hablando con Ludgarda;  
luego, coro de guerreros.

SIGFREDO

Ludgarda, no puede ser.

LUDGARDA

Al menos, hasta mañana.

SIGFREDO

Lo hiciera de buena gana,  
mas tengo que obedecer.  
El Rey me ordena que vaya  
con el mismo mensajero.  
Ya el moro, soberbio y fiero,  
es un mar ancho y sin playa;  
ya a los godos derrotó,  
por la Galia ha penetrado,  
y dentro del mismo estado  
de nuestro Rey acampó.  
Mientras yo me encuentre ausente,  
serás la gobernadora.  
Sé blanda, sé bienhechora  
con esta mi pobre gente.  
Y ya sabes que un puñal  
llevo clavado en el alma,  
que me ha de tener sin calma,  
dándome herida mortal.

LUDGARDA

Ya te entiendo. Descuidado  
puedes marchar; cualquier nueva  
que sepa de Genoveva  
irá a dártela un criado.

## SIGFREDO

Trátala con mucho amor,  
 que aunque culpable ella fuera,  
 aunque fama de hechicera  
 empañe ante mí su honor,  
 la quiero con tal cariño,  
 que mi alma impresa se lleva  
 la imagen de Genoveva  
 junto a la imagen del niño.  
 Ya no es tiempo de esperar  
 (Se oye ruido de soldados que llegan.)  
 ni que mi gente me aguarde.  
 ¿Ves? Me tienen por cobarde  
 y me vienen a buscar.  
 (Entra el coro de guerreros y villanos.)

## CANTO

## HOMBRES

Salud, ¡oh patria amada!,  
 salud, ¡oh dulce hogar!  
 Por ti los hijos fieles  
 corremos a luchar.  
 Tús héroes bendecidos  
 te dieron libertad  
 y un día nos dijeron:  
 "La patria conservad."

## TODOS

La juventud,  
 ¡oh patria amada!,  
 hip, hip, hip,  
 saluda a ti,  
 entusiasmada,  
 hip, hip, hip.

## VILLANAS

Salud, ¡oh patria amada!,  
 salud, ¡oh dulce hogar!

Por ti los hijos fieles  
hoy corren a luchar.  
Nos dejan de recuerdo  
el alma y corazón.  
¡Que Dios os dé victoria,  
esclavos del honor.

TODOS

La juventud...

SIGFREDO

A la guerra, valientes campeones;  
ya veo la victoria en vuestros ojos;  
pronto de vuestro ardor serán despojos  
del muslín los cobardes escuadrones.  
Nuestra patria nos llama en son de guerra...  
Marchemos a su voz con santo anhelo,  
y quede el enemigo en nuestra tierra  
como pasto a los pájaros del cielo.

*(Sacando la espada.)*

Juradme la obediencia; en ella estriba  
la victoria, el arrojo y el valor.

UNO

¡Viva nuestro caudillo!

TODOS

¡Viva, viva!

Al lado moriré de mi señor.

---

(Lo de Sigfredo se puede omitir o recitar.)

HABLADO

SIGFREDO

La gente que dejo aquí  
sepa bien que, desde ahora,

queda de gobernadora  
 mi hermana, en lugar de mí,  
 y aquel que no la obedezca  
 con rendida sumisión,  
 que degollado perezca  
 al momento en la prisión.  
 Adiós, hermana querida.

LUDGARDA

*(Abrazándole.)*

Dios te conceda victoria  
 y vuelvas pronto, de gloria  
 tu hermosa frente ceñida.

*(Sigfredo se dirige al foro con su gente. Aparece Genoveva con Eduardo por la puerta izquierda.)*

#### ESCENA VIII

Dichos, Genoveva, Eduardo

GENOVEVA

*(Con reconcentrada pena.)*

Sigfredo. ¿Y no te ha quedado  
 ni un abrazo para mí?

*(Abrazando a Eduardo.)*

Hijo mío, se ha olvidado  
 tu padre pronto de ti.

SIGFREDO

*(Corre a abrazar a los dos.)*

¿Cómo os habré de olvidar?

¿Cómo daros al olvido  
 si llevo el pecho partido  
 al teneros que dejar?

*(Abrazando a Eduardo.)*

Ven, hijito de mi vida,  
 si tan pequeño no fueras

hoy de gloria te cubrieras  
en esa lucha reñida.

EDUARDO

¡Iré contigo!

SIGFREDO

¿Y tú madre?

GENOVEVA

Hijito del corazón,  
lucharás con la oración  
por el triunfo de tu padre.

*(Sigfredo se aparta de ellos y se dirige a su gente.)*

Marchemos llenos de ardor.

GENOVEVA

Yo hasta el patio bajaré.

SIGFREDO

No, no bajes, quédate,  
será menos tu dolor.

*(La vuelve a abrazar y se lanza a la puerta del foro. Las voces de los guerreros cantando lo anterior ahoga sus últimas palabras. Salen todos menos Genoveva, Eduardo y Berta.)*

## ESCENA IX

Genoveva, Eduardo, Berta

GENOVEVA

¡Dios mío, sí volverá!  
¡Me dicen que esos infieles  
son sanguinarios, crueles...!

BERTA

*(Que ha quedado en último término.)*

Pero el conde vencerá.

GENOVEVA

*(Reparando en ella.)*

¿Quién eres? ¡Ah, Berta mía,  
tú te has quedado conmigo!

BERTA

Señora, a ver si consigo  
darle un poco de alegría.

GENOVEVA

*(Tomando su mano.)*

Eres muy buena.

BERTA

No tanto  
como vos, duquesa hermosa.  
Sabed que Dios de una esposa  
jamás deja vano el llanto.

GENOVEVA

¿Y tu padre? ¿Se ha marchado  
a la guerra con mi esposo?

BERTA

Dios, que siempre es bondadoso,  
con nosotros lo ha dejado.

GENOVEVA

*(Se ha ido acercando a la ventana.)*

¡Qué valientes! ¡Allá van!  
¡Qué contentos van ahora!  
Cuando de volver sea hora  
¿cuántos, cuántos volverán?  
*(Agitando su pañuelo.)*  
Adiós, esposo querido,

si oyes del alma las quejas.  
no te olvides que aquí dejas  
un corazón afligido...

(Pausa.)

Ya se perdieron detrás  
de aquel frondoso collado...  
De laureles coronado  
pronto, pronto volverás.

(Se separa del balcón. Eduardo se queda asomado llorando.  
Pausa.)

Ven, hijo mío, está llena  
de amargura el alma mía.  
Tú solito en alegría  
puedes convertir mi pena.  
¿Por qué lloras, mi tesoro,  
mi dicha, mi único bien?

EDUARDO

Porque quiero irme también  
a pelear contra el moro.

BERTA

Iréis bien pronto, señor.

(Vase.)

EDUARDO

¡Si yo quisiera irme ya!

GENOVEVA

Tu padre te llevará  
el día que seas mayor.  
Conserva en tu corazón  
ese rencor, hijo mío,  
contra el enemigo impío  
de tu santa religión;  
que cuando fuerzas yo vea  
en tus brazos, sin llorar  
yo misma te he de lanzar  
en medio de la pelea.

BERTA

*(Vuelve por la puerta del foro muy azorada.)*

Huid, señora, de aquí  
porque unos arcabuceros  
están subiendo a prenderos.

GENOVEVA

*(Extrañada.)*

¿A quién? ¿A prenderme a mí?  
¿Y qué fuero o ley invoca  
esa gente?

## ESCENA ULTIMA

Dichos, Ludgarda. Varios soldados.

LUDGARDA

*(Entrando.)*

¡Ah, duquesa!  
Vano es huir, estás presa.

GENOVEVA

Hermana, ¿te has vuelto loca?

LUDGARDA

*(Desde la puerta.)*

Mi hermano al irse ordenó  
que a prisión te redujera  
y la causa no te diera.

GENOVEVA

*(Con altanería.)*

Mentís, condesa.

LUDGARDA

*(Riendo.)*

¿Quién? ¿Yo?

¡Bah! Tenedme en buena hora  
por una farsante a mí.

¿No sabéis que soy aquí  
la dueña y gobernadora?

GENOVEVA

*(Con dignidad.)*

Es oropel ese brillo  
y eres en verdad farsante,  
la duquesa de Brabante  
es la dueña del castillo.

LUDGARDA

Hoy de potencia a potencia  
contigo no he de tratar,  
a mí me toca mandar  
y a ti sufrir con paciencia.  
Ya de mi venganza es hora.  
¡Soldados! ¿No la prendéis?

*(Los soldados no se mueven.)*

GENOVEVA

Cuidado con que toquéis  
ninguno a vuestra señora.  
¿En la cárcel tu pasión  
nos va a poner prisioneros?  
Id delante, carceleros,  
marchemos a la prisión.

EDUARDO

Yo no quiero ir, mamá.

GENOVEVA

¿Y por qué no, hijito mío?

EDUARDO

Porque allí hace mucho frío.

GENOVEVA

Tu madre te abrigará.  
(Abrazándole.)

LUDGARDA

¡Su madre! ¡Vaya un consuelo!  
¿Y a ti quién te ha de abrigar?

GENOVEVA

Mirar arriba, y pensar  
que hay justicia allí en el cielo.

*(Se adelanta hacia el foro llevando de la mano a su hijo.  
Le siguen los soldados. Ludgarda los ve partir con la sonrisa en los labios.)*

---

---

## ACTO SEGUNDO

---

Prisión de Genoveva. El fondo lo forma un lienzo de muro, que al fin se descorrerá, dando vista a decoración de bosque. Una cadena pintada en el muro; un banquillo tosco, un montón de paja que sirve de lecho y una ánfora con agua.

En el centro del muro, una ventana practicable que da al campo. Genoveva aparece sentada en el banquillo y Eduardo echado en la paja.

### ESCENA I

Genoveva, Eduardo

GENOVEVA

¡Oh qué triste soledad!  
Tres días en la prisión  
y ya siente el corazón  
el hastio y saciedad!  
¿Y hasta cuándo sufriré  
un cautiverio tan duro?  
¿Cuándo, rompiendo ese muro,  
mirar al cielo podré?

EDUARDO

*(Levantándose y yendo a su madre.)*

Mamá, mamá.

GENOVEVA

Ven aquí.

¿Qué tienes, hijito mío?

EDUARDO

Me voy a morir de frío.

GENOVEVA

Ven, acércate hacia mí.  
Vamos a rezar los dos  
y a pedir por la condesa  
(*Le arroja con su manto.*)

EDUARDO

No quiero rezar por esa.

GENOVEVA

¿Y si te castiga Dios?

EDUARDO

¿No merece ella un castigo  
por mandarte encarcelar?

GENOVEVA

¿Y Dios no manda rezar  
también por el enemigo?  
Jamás conserves rencor  
por ninguna ingratitud;  
el perdonar es virtud  
que agrada mucho al Señor.  
Ya de la noche el cendal  
rompe la luz de la aurora,  
y de que suba ya es hora  
nuestra oración matinal.  
Junta las manos así.  
Eleva al cielo tu alma,  
y reza, hijito, con calma  
de rodillas junto a mí.

(*Eduardo se hinca de rodillas y junta las manos. Pausa.*)

*(Se interpretará al piano o al arpa alguna melodía suave, pero corta, mientras permanecen los dos en actitud de orar.)*

GENOVEVA

Ya la noche se pasó,  
y pasó con ella el frío,  
ya el finísimo rocío  
con el sol se evaporó.  
Ya con el calor del día  
huye la pena traidora.  
Dime, ¿qué sientes ahora?

EDUARDO

Mucha hambre, madre mía.

GENOVEVA

Pobrecito. Ya vendrán  
a traernos de comer.

EDUARDO

¿Por qué nos han de traer  
sólo un pedazo de pan?  
¿No eres tú duquesa?

GENOVEVA

Si.

EDUARDO

¿Y no eres rica?

GENOVEVA

También,  
pero a Jesús en Belén  
puedo parecerme así.

EDUARDO

Y dime, mamá, ¿por qué  
nos tienen en la prisión?

GENOVEVA

Prenda de mi corazón,  
¿sabes tú que no lo sé?

EDUARDO

¿Y cuánto tiempo estaremos?

GENOVEVA

Todo el tiempo que Dios quiera.

EDUARDO

¿Y al salir perdonaremos  
también a la carcelera?

GENOVEVA

Es cosa muy natural;  
y aun tratarla con amor.  
¿Por qué le tienes rencor?

EDUARDO

Porque te trata muy mal.

GENOVEVA

Nos hace así merecer.

EDUARDO

¿Y Dios la castigará?

GENOVEVA

Ella se arrepentirá  
su pecado al conocer.

EDUARDO

*(Se acerca a la ventana.)*

Mamá, ¡si vieras qué flores  
han abierto esta mañana!

Son más rojos que la grana  
sus encendidos colores.

*(Acercándose a su madre.)*

Yo quisiera estar ahí  
en ese campo frondoso,  
para hacer un ramo hermoso  
y regalártelo a ti.

GENOVEVA

*(Besándole con ternura.)*

Hijito de mis amores,  
¿qué tienen que ver las rosas  
más puras y más hermosas  
de tu alma con las flores?  
¡Si tu alma es un jardín  
donde crecen las verbenas,  
los nardos, las azucenas,  
las camelias y el jazmín!  
Mientras conserves candor  
y el lirio de la inocencia,  
es para mí tu presencia  
sin duda el ramo mejor.

## ESCENA II

Dichos, Martina

*(Entra con una talega de pan, que vierte sobre la paja.  
Eduardo toma en seguida un pedazo y se pone a comer.)*

MARTINA

Buen hambre tienes, rapaz.

GENOVEVA

Gracias, Martina. ¡Si vieras  
con cuánto deseo espera  
tu visita!

MARTINA

¡Si es capaz  
hasta de comerme a mí!

EDUARDO

(*Con enfado.*)

¡Que te pego!

MARTINA

Duquesito,  
habla un poco más bajito.

GENOVEVA

Eduardo, ven aquí.

EDUARDO

Se lo diré a mi papá.

MARTINA

Anda a decírselo, tonto.  
¡Soberbio! Verás qué pronto  
tu orgullo se bajará.

GENOVEVA

Martina, ¿por qué injuriar  
al que en nada te ha ofendido?

MARTINA

Al verlo tan decidido  
me gusta hacerle rabiar.

GENOVEVA

No juegues con la fortuna,  
pues sabes que es inconstante

y tiene a veces menguante  
como los tiene la luna.  
Y aunque hoy lucente y bella  
fulgure con alegría,  
pronto tal vez llegue el día  
en que se eclipse tu estrella.

MARTINA

¿Y la duquesa soñó  
volver de nuevo a brillar?  
¡Ca! Ya su estrella en el mar  
para siempre se ocultó.  
Ludgarda el sol es ahora  
que fulgura y que ilumina.  
Vos sois un sol que declina  
ya de su ocaso en la hora.  
Y aunque tal vez se resienta  
vuestra heroica santidad,  
yo, que busco libertad,  
voy al sol que más calienta.

GENOVEVA

¿Y crees que ha de durar  
la prisión en que me veo?

MARTINA

Al contrario; yo preveo  
que pronto se ha de acabar.

GENOVEVA

¿Por qué lo juzgas así?

MARTINA

Como la gobernadora  
no quiere hacer nada ahora  
sin consultármelo a mí,  
sólo el momento dichoso  
las dos aguardando estamos

en que al cabo recibamos  
la orden de vuestro esposo...  
Pero, en fin, debo callar,  
de mi ama por respeto,  
y no decir un secreto  
que a vos os toca ignorar.

*(Desde la puerta.)*

Pero sepa que la hoguera  
se está en la plaza encendiendo,  
y esa lumbre está pidiendo  
la carne de una hechicera. *(Vase.)*

GENOVEVA

¡Calumnia! ¡Vil esclava! ¡Loca arpía!  
¡Haces bien en huir de mi presencia!  
¡Que mis manos te dieran sin clemencia  
el pago de tu torpe felonía!  
¿Y buscas libertad, alma perdida,  
a costa de tu honor? ¡Ah, no lo creas;  
aunque gozando libertad te veas,  
serás esclava vil toda tu vida!

EDUARDO

No le hables, mamá, con ese encono,  
¡Dios manda perdonar al enemigo!

GENOVEVA

El le ha de dar un día su castigo,  
que yo, con toda el alma la perdono.

### ESCENA III

Genoveva, Eduardo, Berta

BERTA

*(Entra recelosa y mirando a todas partes.)*

Duquesa, vengo asustada.

EDUARDO

*(Corre a abrazarla.)*

¡Berta! ¡Berta!

BERTA

¡Duquesito!

GENOVEVA

Dime, Berta, ¿de qué modo  
llegar pudiste a este sitio?

BERTA

Martina dejó la puerta  
sin cerrar, por un descuido,  
y yo, que acecho el momento  
de hablar con vos un ratito,  
he penetrado.

GENOVEVA

¿Y no temes  
que te den algún castigo?

BERTA

¿Qué me importa? Así mejor  
os mostraré mi cariño.

GENOVEVA

¡Si vieras cómo se ensancha  
mi corazón afligido,  
al ver que aún hay en la tierra  
quien me quiera!

BERTA

¡Y con delirio!  
Estas noches, ni dormir,  
pensando en vos, he podido.

GENOVEVA

Pero di, ¿de qué me acusan?  
¿Cuál es mi enorme delito?  
No conozco mi pecado,  
y ya presumo el castigo.  
Dime, ¿de qué me calumnian?

BERTA

De un crimen atroz, inicuo.  
¡Os tienen por hechicera!  
Dicen que vuestro retiro...

GENOVEVA

¡Calumnia! ¡Mentira atroz,  
yo abomino los hechizos!

BERTA

Todos aquí lo sabemos,  
y anda el pueblo entristecido  
al saber que el señor conde  
hoy a Ludgarda le ha escrito  
diciendo que la sentencia  
de muerte ejecute hoy mismo.

GENOVEVA

*(Ocultando el rostro entre las manos.)*

¡La muerte! ¡Quemada viva  
en el patio del castillo!

EDUARDO

*(Que ha estado mirando por la ventana, vuelve.)*

Mamá, ¿qué harán esos hombres  
cortando leña?

BERTA

¡Ah, de fijo  
quieren antes de la tarde

ejecutar su designio!  
Duquesa, ¡por Dios!, huid.

GENOVEVA

En vano. ¿Quién el granito  
traspasará de estos muros?

BERTA

Trocad conmigo ahora mismo  
vuestro traje. Id donde el conde.  
Contadle el atroz delito  
de su hermana, y que ella sufra  
de su pecado el castigo.

GENOVEVA

¡El conde! Si yo le hablara,  
se convenciera de fijo;  
pero tú, Berta querida,  
murieras de esos bandidos  
a las manos.

BERTA

¿Y qué importa?  
Mi vida vale poquísimo  
comparada con la vuestra;  
huid, huid ahora mismo.

GENOVEVA

Y dime, ¿con quién se queda  
entretanto mi Eduardito?

EDUARDO

*(Eduardo ha vuelto a la ventana. Oye las últimas palabras  
y vuelve asustado.)*

¡Yo no me aparto de ti,  
yo quiero salir contigo!

BERTA

*(Apartando suavemente a Eduardo.)*

Apartad, señor, a un lado,  
que os va la vida a vos mismo.

*(Se oye dentro la voz de Ludgarda, que llama: ¡Martina!  
¡Martina!)*

GENOVEVA

Es tarde.

Huye, huye, te lo suplico;  
¡que haya una víctima sola!

BERTA

No será. Todo el castillo  
he de revolver, señora,  
contando el atroz delito.  
Y si la hoguera se enciende,  
si no se escuchasen mis gritos,  
he de lanzarme con vos  
a morir en el suplicio. *(Vase.)*

## ESCENA IV

Genoveva, Eduardo, Ludgarda

EDUARDO

*(Abrazándose a su madre.)*

Yo tengo miedo, mamá.

GENOVEVA

¿Por qué tienes miedo, prenda?  
¿Has cometido algún crimen?  
Si está pura la conciencia,  
no hay que temer de los hombres  
las iras ni las violencias.

Cuando el pecado se asome  
de tu conciencia a las puertas  
y des entrada al pecado  
y él manche de la inocencia  
los pétalos virginales  
que hoy te adornan y hermocean,  
entonces, teme a tu Dios  
o haz amarga penitencia;  
pero si Dios es tu amigo,  
si está cristalina y tersa  
la fuente en que Dios se mira  
y se llama la conciencia,  
lleva la frente bien alta,  
habla con la voz serena,  
y... Ludgarda viene ahí.  
Aunque eres pequeño, observa  
con qué rubor habla el crimen  
delante de la inocencia.

LUDGARDA

*(Desde la puerta.)*

Duquesa, que Dios os guarde.

GENOVEVA

*(Tranquila.)*

El os guarde a vos, condesa.

LUDGARDA

¿Os extrañará tal vez  
esta visita primera  
que os hago?

GENOVEVA

No tal, señora;  
me extraña más la reserva  
en ocultarme ese crimen  
por el cual se me condena.

LUDGARDA

Parece que vuestro esposo,  
antes que fuese a la guerra,  
tuvo sospechas fundadas  
de que andáis con hechiceras.

GENOVEVA

*(Interrumpiéndole.)*

Y habéis vos averiguado  
que son ciertas las sospechas,  
¿no es verdad?

LUDGARDA

Al menos, son  
muy claras todas las pruebas.

GENOVEVA

¿Y qué testigos tenéis?  
Martina, sin duda, entra  
en el número. ¿No es cierto?  
Para que resulte cierta  
vuestra acusación, os falta  
un juez que a mí me reprenda,  
que me acuse y me delate.

LUDGARDA

¿Cuál es ése?

GENOVEVA

Mi conciencia.

LUDGARDA

¿No os remuerde?

GENOVEVA

¿A mí? De nada.  
¿Y no os remuerde la vuestra  
de que es un horrible crimen  
lo que vais a hacer, condesa?

LUDGARDA

Yo... Creéis... (*Confusa.*)

GENOVEVA

No creo nada.  
(*Con mucha dignidad.*)  
Ludgarda, Ludgarda, piensa  
que un día, de tus acciones  
te van a pedir la cuenta.

LUDGARDA

(*Con ira.*)

Sólo pienso en el rencor  
que te tengo, tan profundo,  
tan rayano en el horror,  
que no habrá nada en el mundo  
que lo convierta en amor.

GENOVEVA

(*Con cariño.*)

Y di, ¿por qué me aborreces?  
¿Por qué al verme palideces  
con accesos de locura?  
¿Por qué al verme, hasta las heces  
te embriagas de amargura?  
Siempre te llamé mi hermana.  
Desde mi edad más temprana  
como a tu hermano te amé.  
¿Qué más quieres?

LUDGARDA

*(Con despecho.)*

Siempre odié  
tu falsa amistad, por vana.

GENOVEVA

¿Vana? Escucha sin pasión,  
que hablo con el corazón.  
Tú desprecias mi cariño.  
Tú me tienes, con mi niño,  
metida en esta prisión.  
Tú del conde me has quitado  
el cariño y el aprecio.  
Tú, hermana, me has calumniado.  
¿Y piensas que te desprecio?  
Pues bien... Te has equivocado.

LUDGARDA

Es que yo, que me odies quiero.

GENOVEVA

En vano lo intentarás.

LUDGARDA

Pronto me aborrecerás.

GENOVEVA

Antes que odiarte, prefiero  
morir.

LUDGARDA

Pues sí morirás.  
Y morirás afrentada,  
por tus vasallos odiada,  
como una vil hechicera.

## GENOVEVA

Y serás, hermana, amada  
por mi alma aun en la hoguera.

Ludgarda, rompe ese velo  
que te tiende la pasión  
y dame al fin el consuelo  
de darte con dulce anhelo  
el abrazo del perdón.

Nada a mi esposo diré,  
ni rencor te guardaré,  
ni retractación te exijo.

¡Por mi esposo, por mi hijo,  
por tu alma, por tu fe!

¿No ves, Ludgarda querida,  
que con sangre fratricida  
tus manos se mancharán  
y ya no se lavarán

esas manchas en la vida?

¿No ves que mi sombra un día  
en tu lecho de agonía  
ha de alzarse aterradora,  
para culparte, traidora,  
de tu ciega felonía?...

(Pausa.)

¿No respondes? Tu conciencia  
te convida a la clemencia.

Brillando la aurora va...

¿Verdad que, al fin, triunfará  
de ese rencor la inocencia?

## LUDGARDA

*(Ha estado desdoblado una carta, con los ojos en el suelo.  
Al concluir Genoveva, arroja al suelo la carta y se dirige a  
la puerta.)*

¡Qué sé yo! Jamás pensé  
que tan elocuente fueras.  
Si sigues hablando, a fe  
que al fin me convenceré  
de que eres una hechicera.

## GENOVEVA

¿Tú no ves que la inocencia  
da siempre tanta elocuencia  
que, al fin, llega a persuadir  
al que es bueno y quiere oír  
el grito de su conciencia?

## LUDGARDA

Me voy; no quiero escuchar  
lo que me obligue a faltar  
a la voluntad del conde.  
Mira lo que me responde,  
mi mensaje al contestar.

*(Señalando a la carta que está en el suelo. Genoveva la recoge.)*

## GENOVEVA

¡Su letra! ¡Esposo querido!  
¡Si vieras cuánto ha sufrido  
tu Genoveva inocente,  
no aumentarás el torrente  
de su llanto y sus gemidos!  
*(Lee, y va indicando los afectos que le causa su lectura.)*  
¿Yo infiel?... Te engañas. Jamás.  
¡Calumnia! Siempre mi fe  
hasta morir guardaré...  
¡Que a verme no volverás!...  
¡Que en la hoguera moriré!...

*(Guarda la carta, después de besarla. A Ludgarda, con su-  
blimidad.)*

Cumplid vuestra obligación,  
si os da valor la pasión  
para acción tan criminal.  
De Dios ante el tribunal  
os cito en apelación.

## LUDGARDA

*(Retrocede.)*

¡Genoveva!

GENOVEVA

*(Sonriendo con amargura.)*

¿Qué?... Ludgarda,  
¿esa tu pasión bastarda  
aún acaso no sabía  
que hay un tribunal que aguarda  
para juzgarte algún día?

LUDGARDA

*(Queda pensativa. Luego se resuelve.)*

No importa. Apelas en vano.  
De quemarte con mi mano  
hoy me darás la alegría;  
que, al cabo, apelas a un día  
que aún lo miro muy lejano.

*(Se oyen gritos fuera de ¡Viva la duquesa! ¡Viva Genoveva!)*

ESCENA V

Dichos, Martina

LUDGARDA

¿Qué es eso?

MARTINA

*(Entrando.)*

Venid, condesa,  
que el pueblo se ha levantado  
pidiendo la libertad  
de Genoveva.

LUDGARDA

Es en vano.  
He dicho que ha de morir.  
Su esposo la ha condenado,

y la sentencia se cumple,  
aunque pese a los vasallos.  
Martina, guarda esta puerta.  
Nadie entre a libertarlos.

(A Genoveva.)

Genoveva, ya veremos;  
disponde a morir, que en vano  
apelas a tribunales  
y al favor de tus vasallos. (Vase.)

GENOVEVA

(Le vuelve las espaldas y abraza a su hijo.)

Hoy es tu día de triunfo;  
el mío no está lejano.

MARTINA

Ya mañana seré libre.  
¡Libertad, cuánto has costado! (Vase.)

## ESCENA VI

Genoveva, Eduardo, Berta

EDUARDO

Pero, mamá, yo no entiendo  
lo que quiere la condesa.  
Dime, ¿por qué te ha llamado  
con tanta furia hechicera?

GENOVEVA

(Con mucha pena.)

Bien pronto lo entenderás,  
cuando en el cielo te veas,  
libre del frío y del hambre,  
libre de tantas miserias.  
Hijo mío, ten valor  
para soportar la prueba,

que es terrible, muy terrible;  
que será lenta, muy lenta;  
pero detrás de ese fuego  
está del cielo la puerta  
y los brazos de la Virgen,  
que, amorosos, nos esperan.

*(Se siguen oyendo gritos de ¡Viva la duquesa!)*

EDUARDO

No temas, mamá; esa gente  
que fuera te vitorea  
vendrá a salvarte.

GENOVEVA

¡Es inútil!

Aun temo por sus cabezas,  
que han de rodar, por ser fieles  
a esta pobre prisionera.

BERTA

*(Desde fuera.)*

¡Duquesa, duquesa!

GENOVEVA

¿Llaman?

EDUARDO

*(Asomándose a la ventana.)*

¡Berta! Sube pronto, Berta.

BERTA

*(Asomándose a la ventana por de fuera.)*

Callad, ¡por Dios!

GENOVEVA

¿Cómo aquí

llegaste?

BERTA

¡Ah, Genoveva!  
Vengo hace tiempo arrastrándome  
entre zarzas y entre breñas,  
para poderos decir  
que tal vez salvaros pueda.  
No me puedo detener.

GENOVEVA

Pero, ¿cómo?

BERTA

La condesa,  
temiendo que se subleve  
la gente, viendo la hoguera,  
quiere buscar dos soldados  
que os conduzcan a la selva  
y os asesinen allí  
con vuestro hijo.

GENOVEVA

¡Clemencia!  
¡Dios mío, no puedo más  
soportar tan dura prueba!

EDUARDO

¡Infame! ¡Si ahora no muero,  
te juro venganza eterna!

BERTA

Si yo consigo ablandar  
el pecho de esas dos fieras  
que os van a matar...

GENOVEVA

*(Interrumpiéndola.)*

¡Por Dios,  
huye, que alguien se acerca!

BERTA

Poned la esperanza en Dios. *(Vase.)*

GENOVEVA

Hija mía, El nos proteja.

## ESCENA VII

Genoveva, Eduardo, Ludgarda. Dos soldados.

EDUARDO

*(Hincándose de rodillas.)*

Mamá, recemos los dos  
pidiendo la libertad.

GENOVEVA

Pide más bien que de Dios  
se cumpla la voluntad.  
En sus manos mi destino  
pongo, llena de consuelo,  
que es el único camino  
para llegar hasta el cielo.  
Yo te amé, Dios soberano,  
cuando me diste riqueza,  
besando siempre esa mano  
que me trató con largueza.  
¿No he de colmarte también,  
Dios mío, de bendiciones,  
al darme tribulaciones,  
que son flores del edén?

*(Pausa. Mira a la puerta.)*

Ya vienen. Dadme valor  
para el último combate,  
porque parece que late  
mi pecho con el temor.

*(Entra Ludgarda y dos soldados.)*

LUDGARDA

Pronto, al momento, llevad  
a ambos por aquel camino,  
y en ese bosque vecino  
cumplid con mi voluntad.

SOLDADO 1.º

Señora, fieles seremos.

LUDGARDA

Cuando el mandato cumpláis  
al momento me avisáis.

SOLDADO 1.º

Al punto os avisaremos.

GENOVEVA

Adiós, Ludgarda, jamás  
te he conservado rencor.  
Pronto, bien pronto, el amor  
que te he tenido, sabrás.

LUDGARDA

*(Riendo.)*

Me servirá de consuelo  
saber lo que tú me quieres.

GENOVEVA

*(Desde la puerta.)*

¡Dios mío, tú nunca mueres!

Adiós Ludgarda, hasta el cielo.

*(Vanse los cuatro por el lado opuesto al que ha servido de entrada a Ludgarda. Un soldado se lleva la ánfora de agua. Ludgarda los ve partir con señales de gozo.)*

LUDGARDA

He cumplido mi venganza  
y nadie sombra me hará,  
y sin embargo aun está  
con celajes mi esperanza.

*(Vase. Se oye una melodía. Se alza el telón durante ella y aparece la decoración de bosque. Al concluir la melodía aparecen los soldados, Genoveva y Eduardo.)*

## ESCENA ULTIMA

Genoveva, Eduardo. Los dos soldados.

SOLDADO 1.º

*(Aparte.)*

Ya nos hemos alejado  
bastante.

*(Se detiene.)*

SOLDADO 2.º

*(Aparte.)*

Yo así lo creo.

SOLDADO 1.º

*(Aparte.)*

No nos fatiguemos más;  
aquí a los dos dejaremos.

GENOVEVA

¿Es éste de mi martirio  
el lugar? Sólo un momento  
os pido. Eduardo mío,  
recemos.

EDUARDO

Mamá, recemos.

SOLDADO 1.º

Condesa, nada temáis,  
somos dos súbditos vuestros  
que antes de haceros agravios  
creedme, que moriremos.  
Condesito. ¿Me conoces?

EDUARDO

(*Fijándose.*)

¡El padre de Berta!

SOLDADO 1.º

El preso  
a quien disteis libertad  
esa mañana, y el cielo  
de daros la vuestra hoy  
en esta ocasión me ha puesto.  
Señora, jurad que nunca  
saldréis de este bosque espeso  
hasta que venga a avisaros  
de que ya podéis hacerlo.

GENOVEVA

¡Dios mío! ¿Es la realidad  
o es que pesadillas sueño?  
¡Yo libre de aquella arpía,

yo libre de aquel encierro!  
De aquí no saldré, lo juro.  
A mi Dios y mi hijo tengo  
¿Qué me falta? Sí, mi esposo.

SOLDADO 2.º

Pronto a él te volveremos.  
Señora, dejad que os bese  
vuestra mano como siervo.

GENOVEVA

Reza, hijo mío, conmigo.

EDUARDO

Recemos, madre, recemos.  
(*Se hincan de rodillas.*)

TELON RAPIDISIMO

---

---

## ACTO TERCERO

---

Decoración de bosque. Al lado izquierdo aparece la boca de una gruta, y dentro de ella un lecho de paja, y a la entrada, una cruz de madera. Si se puede, debe hacerse que por cima de la gruta pueda bajarse al proscenio. El ánfora de agua que dejaron los soldados.

Al alzarse el telón aparece Eduardo sentado en el suelo o sobre un peñasco, jugando con su cabrita. La cabrita puede estar amarrada y con yerba con que esté distraída. Imítese el gorjeo de pájaros.

### ESCENA I

Eduardo

### CANTO

Cuánto te quiero,  
cabrita mía,  
amiga mía  
del corazón;  
tú me persigues  
por las montañas,  
tú me acompañas  
llena de amor.

---

Cuando en el bosque,  
fragantes flores  
y ruiseñores

voy a buscar,  
mi dulce amiga  
no se detiene,  
balando viene,  
balando va.

---

Cuánto te quiero,  
dulce amiguita,  
blanca cabrita,  
mansa y gentil.  
Tú los pesares,  
del alma mía  
con alegría  
sabes cubrir.

---

Cuando en el bosque  
busco al venado  
que descuidado,  
pastando está,  
mi dulce amiga  
no se detiene,  
balando viene,  
balando va.

---

*(Como hablando con el público.)*  
¡Cuánto quiero a mi cabrita!  
Es la amiga de mis penas.  
¿Sabéis cómo ha comenzado  
una amistad tan sincera?  
Iba canzando una tarde  
del bosque por la arboleda  
para buscarle el sustento  
a mi madre que está enferma.  
De pronto siento un balido  
como una voz lastimera  
que me pidiese socorro.  
Acudo al momento, y ésta  
ya en la garganta de un lobo  
lloraba su muerte cierta,

de un hijo recién nacido  
 llorando también la pérdida.  
 Compadeciendo su suerte,  
 agarré una enorme piedra  
 y... ¡zás! al maldito lobo  
 le destrocé la cabeza.  
 Esta me debe la vida,  
 mas también mi madre a ella,  
 porque con su rica leche  
 la cabrita le sustenta.  
 ¡Ay, cabrita de mi vida,  
 mi dulce y fiel compañera,  
 no sabes cuánto te quiero!  
 ¡Come, come mucha yerba!  
 (Dándole yerba.)

## ESCENA II

Dicho, Genoveva

*(Baja por cima de la cueva con el cántaro de agua. Trae el traje como el de Eduardo, muy desgarrado. Los cabellos sueltos, semejándose a como la pintan en la novela.)*

EDUARDO

Mamá, ¡qué pronto has venido!

GENOVEVA

Estaba con mucho miedo  
 de que te pasase algo.  
 Siempre que de ti me ausentó,  
 no sé por qué, una desgracia  
 que te suceda me temo.

EDUARDO

¿Y por qué ha de suceder?  
 No soy tan niño.

GENOVEVA

Eres tierno  
y si se acercara aquí  
un lobo de esos hambrientos...

EDUARDO

Tengo ganas de luchar  
con alguno cuerpo a cuerpo.

GENOVEVA

¡Temerario! Ya se ve  
la sangre que está corriendo  
por tus venas. Si tu padre...

*(Pausa. Genoveva se seca las lágrimas. Eduardo la abraza con cariño.)*

EDUARDO

Pronto, pronto volveremos  
a verle, madre del alma.

GENOVEVA

Sí, muy pronto, allá en el cielo.  
Yo pienso que ya a su fin  
de los dos toca el destierro.  
Tú en los brazos de tu padre.  
Yo con el descanso eterno.  
Que en mi continua amargura  
es el único consuelo.  
*(Pausa larga. Se oye cantar un ruiseñor.)*

EDUARDO

Mira, escucha al ruiseñor  
que entona dulces gorjeos.  
Siempre que llorar te oye  
comienza a cantar.

GENOVEVA

(*Sonriendo.*)

Es cierto.

¿Y por qué será, hijo mío?

EDUARDO

¿Si será un ángel del cielo  
que Dios para consolarte  
te envía? Yo así lo creo.

GENOVEVA

¿Lo juzgas así, Eduardo?

EDUARDO

Sí, mamá, porque te tengo  
por una santa.

GENOVEVA

¡Muchacho,  
cállate, no digas eso!

EDUARDO

¿Y Dios no manda a sus ángeles  
que a los santos den recreo?

GENOVEVA

Que te calles, Eduardo.  
Mis pecados son horrendos.  
Por eso Dios me castiga.

EDUARDO

Si te castiga por eso,  
¿qué castigo le darán  
al que tanto mal te ha hecho?

GENOVEVA

¡Estás insufrible!

EDUARDO

*(Con arranque.)*

Madre,  
mientras va el tiempo corriendo,  
siento que en mis venas corre  
con más violencia el deseo  
de vengar tantos ultrajes  
como a mi madre se han hecho.  
Por cada gota de llanto  
que has vertido en el destierro  
veré un arroyo de sangre  
bajo mi daga corriendo,  
y...

GENOVEVA

*(Interrumpiéndole con mucha dulzura.)*

¿A que no me traes vivo  
ese tan lindo jilguero  
que está cantando en la copa  
de aquel árbol corpulento?

EDUARDO

No digo un pájaro, doce  
te trajera y hasta ciento.

GENOVEVA

Le haré una jaula con cañas  
y verás tú qué contento  
canta por la mañanita  
las alboradas del cielo.

EDUARDO

*(Mirando al arbolado.)*

Allí está; pronto en tus manos

verásle agitarse trémulo.  
 No te separes de aquí.  
*(Desaparece con la cabrita por cima de la cueva.)*

GENOVEVA

No temas. Aquí te espero.

ESCENA III

Genoveva.

¡Qué sangre tiene, Dios mío!  
 ¡Si te oyera mi Sigfredo!  
 ¡Qué pena tan grande siente  
 mi alma cuando en él pienso!  
 Aún me tendrá por culpable  
 y estará muerta en su pecho  
 aquella hoguera de amor  
 que ardiera tan viva un tiempo.  
 ¡Sigfredo, Sigfredo! Esposo,  
 no lo creas, no, no es cierto.  
 ¡Yo he sido siempre inocente  
 de ese crimen tan horrendo.  
 ¡Yo amo a mi Dios sobre todo;  
 más que a ti mismo, Sigfredo,  
 que siempre has sido en el mundo  
 de mi amor único dueño!  
 ¡Y yo odiada, maldecida  
 por mi esposo, por mi pueblo!  
 ¡Y yo entre fieras salvajes  
 como una fiera viviendo!  
 ¡Sin vestidos que me abriguen,  
 sin pan que me dé sustento,  
 sin hogar que me resguarde,  
 sin amor... ¡Siempre muriendo,  
 sin encontrar esa muerte  
 que da el último consuelo!  
 ¡Y dudan aún de mi fe!...  
 ¡Si no hubiera fe en mi pecho!...

¡Perdóname, Jesús mío!  
¡Qué cosas a veces pienso!  
(Pausa. Mirando luego a la cruz.)

Pero al mirar esa cruz,  
de santa dulzura llena,  
siento que brilla la luz  
en las noches de mi pena.

(Se hinca de rodillas y queda en actitud de orar.)

¿Quién no siente de consuelo  
inundado todo el ser  
mirando así padecer  
al mismo Hacedor del cielo?  
¿Por qué no seguirte a ti  
con gozo y con alegría  
al mirarte en la agonía  
sufriendo tanto por mí?

(Queda un rato en oración, con las manos agarrando la cruz  
y el rostro entre las manos.)

#### ESCENA IV

Genoveva, Eduardo

(Que vuelve con la cabrita y un pájaro en la mano.)

Mamá, mamá, ya está aquí.  
¡Pobrecito prisionero!  
Ni aun en las manos de un conde  
está el pájaro contento.

GENOVEVA

La libertad, hijo mío,  
no se vende a ningún precio.  
¿Te costó mucho encontrarlo?

EDUARDO

Y más me costó el cogerlo;  
pero siendo para ti  
aun a los quintos infiernos  
bajara.

GENOVEVA

*(Riendo.)*

Mucho decir  
es eso que estás diciendo.  
Dime, hijo mío, ¿qué harás  
con este hermoso jilguero?

EDUARDO

Le haré una jaula de caña  
y el pajarito allí dentro  
cantará por las mañanas  
alegre siempre y contento.

GENOVEVA

¿No te acuerdas, Eduardo,  
cuando estabas prisionero,  
cómo de verte ya libre  
ardías con el deseo?  
Si le aprisionas, no creas  
que cantará muy contento.

EDUARDO

¿Y por qué no ha de cantar?

GENOVEVA

Porque siempre el prisionero  
cuando está cautivo, llora.

EDUARDO

¿Lloras tú acaso por eso?

GENOVEVA

Sí, Eduardo, el alma mía  
en las prisiones del cuerpo

está pensando en la gloria  
más triste que ese jilguero.  
Pero pronto romperé  
las ataduras, y al cielo...

EDUARDO

*(Con pena.)*

¿Piensas morirte tan pronto?

GENOVEVA

Lo que Dios quiera, eso quiero,  
pero no te he de dejar  
tan solito y sin consuelo.

EDUARDO

Es que si mueres, mamita,  
contigo también me muero.

GENOVEVA

¡Bah! Tú harás lo que Dios mande.  
Tráeme, hijo mío, el jilguero.

EDUARDO

*(Con recelo.)*

¿Lo vas a soltar?

GENOVEVA

Verás.

Voy a hacer un experimento.

*(Lo toma en la mano.)*

¿Ves? Este ave es mi alma;  
mi mano es mi flaco cuerpo,  
donde el alma llora y gime  
con las nostalgias del cielo.  
Pronto, muy pronto, alma mía,  
rotos los lazos estrechos

que a la tierra te aprisionan,  
como este hermoso jilguero...  
(*Lo suelta.*)

EDUARDO

¡Ah!...

GENOVEVA

¡Volarás a las alturas,  
a unirte a Dios en el cielo!

EDUARDO

(*Triste.*)

¿Y para eso he trabajado  
con tanto afán en cogerlo?

GENOVEVA

Sí, Eduardo; he conseguido  
el doble fin que pretendo:  
uno, el pensar en el gozo  
que pronto tendrá mi pecho;  
otro, apartar de tu mente  
aquel resplandor siniestro  
de venganza, que cruzaba  
ha poco por tu cerebro.  
No guardes rencor, no pienses  
en venganzas, inexperto,  
que el perdonar es de Dios  
y el odiar sólo es de réprobos.  
¿Sabes, Eduardo mío,  
por qué deseo ir al cielo?  
Para pedir por Ludgarda,  
que tanto daño me ha hecho.

EDUARDO

Pero, mamá, este rencor  
que está rugiendo aquí dentro...

GENOVEVA

*(Interrumpiéndole.)*

Esa pasión se reprime,  
se ahoga dentro del pecho,  
como se ahoga una fiera,  
como se mata un lobezno.  
*(Se oye el sonido de una trompa de caza.)*

EDUARDO

*(Asustado.)*

¿Oíste, mamá?

GENOVEVA

*(Asustada.)*

¿Quién viene  
a perturbar el silencio  
de este bosque, donde sólo  
se oye del ave el gorjeo?  
*(Sigue sonando la trompa.)*

EDUARDO

Mamá, ¿quién será?

GENOVEVA

*(Mirando hacia el bosque.)*

No sé.

EDUARDO

Abrazame, tengo miedo.

GENOVEVA

Al contrario; la alegría  
debe nacer en tu pecho,  
porque Dios viene a sacarte

de tan mísero destierro.  
A ver. Mira hacia ese lado.  
¿No ves nada?

EDUARDO

*(Mirando por la derecha.)*

Nada veo.

*(Sigue la bocina.)*

GENOVEVA

Ven, recemos al Señor.

EDUARDO

Recemos, madre, recemos.

*(Se postran ante la cruz con las manos juntas.)*

GENOVEVA

Dios mío, tened piedad  
de estos pobres desterrados,  
que sólo están amparados  
por tu santa voluntad.  
Si vuelven de libertad  
las auras puras y bellas,  
que venga también con ellas  
el cariño de mi esposo,  
como en cielo borrascoso  
aparecen las estrellas.

---

Dios mío, que tu clemencia  
vuelva por la causa mía,  
y se descubra este día  
la verdad de mi inocencia;  
que pruebe al fin su impotencia  
el crimen falaz e impío,  
y cuando el velo sombrío  
se descubra del error,

llevadme entonces, Señor,  
si así lo queréis, Dios mío.

*(Quedan en oración. Eduardo abrazado a su madre, y su madre a la cruz.)*

## ESCENA V

Dichos, Berta

*(Berta baja por el sendero de encima de la cueva. Los ve y lanza un grito.)*

BERTA

¡Ah!... Por fin los pude encontrar.

Gracias, Señor de los cielos.

¡Duquesa! ¡Duquesa!

*(Genoveva y Eduardo alzan el rostro y la ven.)*

GENOVEVA y EDUARDO

¡Berta!

*(Genoveva se levanta y se arroja en los brazos de Berta, junto con Eduardo.)*

BERTA

¡Oh conde! Desde el cerro  
os divisé, y he venido  
volando más que corriendo  
a encontraros.

GENOVEVA

*(Mirándole con efusión.)*

¡Berta mía!

¡Si me parece que sueño!

Un año sin ver a nadie.

¡Un año atroz de destierro!

¿Y mi esposo? ¿Vive aún?

¿Ha vuelto ya mi Sigfredo  
de la guerra?

BERTA

¡Ya volvió,  
coronado de trofeos!

EDUARDO

¡Padre mío, con qué ansias  
voy a lanzarme a tu cuello!

BERTA

No, conde. De esa alegría  
aún no es tiempo.

GENOVEVA

¿Que aún no es tiempo,  
después de un año de ausencia?

BERTA

Así lo dispone el cielo.  
El conde, aunque duda mucho  
de vuestro crimen supuesto,  
todavía os cree culpable,  
aún guarda rencor su pecho.

GENOVEVA

¡Es posible! ¡Aún no me quiere!  
Ese es el mayor tormento  
que puede amargar mi vida.  
¿Por qué me odias, Sigfredo?  
¿Dónde está mi esposo? Di.  
Voy a sus plantas corriendo,  
para probar mi inocencia  
con lágrimas y con besos.

BERTA

Señora, todo es inútil;  
iréis a prisión de nuevo,

porque su hermana, que intenta  
borrar de su noble pecho  
el cariño que os tenía,  
no perdona ningún medio  
de haceros odiosa al conde,  
aun vuestra muerte creyendo.

GENOVEVA

*(Violenta.)*

¿Qué importa? Llévame allí;  
las dos allí lucharemos,  
que siempre ante la inocencia,  
el crimen calla, de miedo.  
*(Se oye muy cerca la bocina.)*

BERTA

¡Genoveva, por favor!  
*(Todo ya muy precipitado.)*  
Conde Eduardo, escondeos.  
¡No los queráis esperar,  
que será tentar al cielo!

EDUARDO

¿Quién se acerca?

BERTA

El es; el conde,  
que viene de caza.

GENOVEVA

¡Oh cielos!  
*(Gritando.)*  
¡Sigfredo, Sigfredo, ven!  
*(Vase por cima de la cueva.)*

## ESCENA VI

Berta, Eduardo

BERTA

¡Está loca! ¡Dios la guíe!

EDUARDO

¡Mamá, mamá, no te vayas!  
Espera.*(Va a lanzarse al camino. Berta le detiene.)*

BERTA

Conde, ¡por Dios!,  
no os vayáis de aquí, esperadla.

EDUARDO

*(Con desesperación.)*No, mi madre ya no vuelve.  
Va a morir; no hay esperanzas.  
¡Yo quiero morir con ella!

BERTA

Venid conmigo a buscarla.

*(Aparte.)*¡Al menos, salvemos uno!  
¡Salvad la otra, salvadla!*(Arrastra a Eduardo por el lado derecho.)*

## ESCENA VII

Ludgarda; luego, Genoveva

*(Sale Ludgarda muy asustada y con un venablo en la mano.)*¿Será su sombra? ¡Ilusión!  
¡No me engaña el corazón!

¡Aquel pérfido soldado  
 la ha salvado, la ha salvado,  
 haciéndome a mí traición!  
 ¡Genoveva, hermana mía,  
 sombra que de noche y día  
 martirizas mi conciencia,  
 ten de Ludgarda clemencia  
 y no aumentes su agonía!  
 ¡Yo creí que con tu muerte  
 iba segura a gozar,  
 y es tan pérfida mi suerte,  
 que sólo el volver a verte  
 me pudiera consolar!  
 ¡Si has muerto, no me atormentes!  
 ¡Jamás acercarte intentes  
 a mi conciencia de nuevo,  
 que siempre a los dos os llevo  
 ante mi vista presentes.

*(Aparece Genoveva por encima de la cueva, con el cabello  
 desgredado y la mirada llena de ira.)*

GENOVEVA

*(Gritando como salvaje, pero sin bajar.)*

¡Ludgarda!

LUDGARDA

*(Retrocede y arroja al suelo el venablo.)*

¡Horror!

¡Genoveva! Ten piedad  
 de tu hermana, ¡por favor!

GENOVEVA

*(Riendo.)*

¿Por qué muestras hoy dolor?  
 ¿No gozas de tu maldad?

LUDGARDA

Deja que hermana te llame,  
que tu inocencia proclame  
y mi crimen bochornoso.  
¿Qué quieres?

GENOVEVA

*(Bajando lentamente al proscenio.)*

¿Qué quiero? ¡Infame!

El cariño de mi esposo.  
Quiero mi honra preciada  
que me robaste, traidora;  
quiero que la gente honrada  
mire mi fama sagrada  
tan limpia como la aurora.  
Quiero... Dime dónde está  
Sigfredo, que él juzgará  
con prudencia de los dos,  
y ante el crimen, ¡vive Dios!,  
la inocencia triunfará.

LUDGARDA

Hoy de tu triunfo es el día,  
hoy volverá la alegría  
a tu pecho, y el consuelo.

GENOVEVA

*(Sonriendo con pena y moviendo la cabeza.)*

Esa dicha será mía  
sólo cuando suba al cielo.

*(Con pena reconcentrada.)*

Tú robaste mi ventura,  
tú sembraste de amargura  
de mi vida los senderos,  
y del llanto los veneros  
riegan hoy mi sepultura.  
Entonces descansaré,

entonces secas veré  
de mis lágrimas las fuentes;  
entonces de estos torrentes  
el premio ya gozaré.

*(Transición muy brusca. Se acerca a Ludgarda hasta con  
mímo.)*

Pero... Ludgarda querida,  
dame sólo en esta vida  
un instante de reposo;  
borra esa nube que anida  
en el alma de mi esposo.

*(Acercándose más y concluyendo por abrazarse a su cuello.)*

Te lo pido por tu honor,  
por tu Dios, por el amor  
que profesas a mi hermano.  
Mira que es un oceano  
mi dolor y su dolor.

*(Separándose de ella, pero con ternura.)*

¿Verdad, verdad que lo harás?  
¿Verdad que tú le dirás  
que todo calumnia ha sido?  
De rodillas te lo pido.  
Ludgarda, ¿te negarás?

*(Se echa a sus pies con señales de desesperación. Ludgar-  
da la levanta.)*

#### LUDGARDA

No hay piedra que no conmueva  
tu plegaria, hermana mía.  
Hoy, de mi conducta impía  
tu virtud el triunfo lleva.  
Voy a contar a tu esposo  
el crimen tan horroroso  
que contra ti cometí.  
¡Perdón, perdón!

#### GENOVEVA

¡Oh, sí, sí!  
¡Qué corazón tan hermoso!

No temas, Ludgarda, no  
de mis iras los rencores;  
ya todo, todo pasó.  
Sigfredo, ven, ya brilló  
la aurora de mis amores.

*(Con un arranque de amor se lanza gritando hacia el camino que va sobre la cueva.)*

¡Sigfredo, ven!

*(Vase.)*

### ESCENA VIII

Ludgarda; luego, Eduardo, Berta, y luego, Genoveva.

LUDGARDA

¡Genoveva!

¡Pobrecita!

*(Suenan muy cerca las bocinas. Una flecha atraviesa la escena.)*

Ya se acercan.

Van persiguiendo al venado  
que hallamos en la arboleda.

*(Dirigiéndose al sitio por donde se fué Genoveva.)*

¡Ah! Temo... ¡Si no la ven!

¡Si entre las hojas espesas

ven sólo su bulto... ¡Ay, Dios!

*(Llamando.)*

¡Genoveva! ¡Genoveva!

GENOVEVA

*(Dentro.)*

¡Allí viene! El es. ¡Sigfredo!

LUDGARDA

¡Por favor! ¡Ven a la cueva!

*(Cruza otra flecha y otra la escena. Se oyen gritos de cazadores cerca, de: ¡A él! ¡Ahí va!*

Ocúltate aquí conmigo.

SIGFREDO

*(Dentro.)*

¡Ahí va! ¡Una flecha! ¡Una flecha!

GENOVEVA

*(Lanzando un grito dentro.)*

¡Ah! ¡Socorro!

BERTA

*(Dentro.)*

¡Ama mía!

GENOVEVA

*(Dentro.)*

¡Sigfredo!

LUDGARDA

¡Ah! ¡Genoveva!

GENOVEVA

*(Baja apretándose el pecho con la mano.)*

¡Ludgarda!

LUDGARDA

¿Qué es eso? ¡Herida!

*(Sosteniéndola.)*

BERTA

*(Saliedo del mismo sitio por donde bajó Genoveva y con una flecha en la mano.)*

¡Herida con esta flecha!

GENOVEVA

*(Con voz apagada.)*

¡Llebadme a la cruz bendita,  
que a sus pies tranquila muera!

LUDGARDA

Hermana, hermana del alma,  
hoy que a brillar tu inocencia  
comenzaba...

GENOVEVA

Allá en el cielo...  
brillará pronto más bella.

*(Berta sostiene a Genoveva, sentándose al pie de la cruz.)*

LUDGARDA

¡Perdón, perdón!

GENOVEVA

Sí, Ludgarda,  
te perdono... Berta... Berta,  
llama a mi esposo..., yo quiero  
abrazarle antes que muera...

BERTA

Ahí viene.

GENOVEVA

Sigfredo, ven...  
oiga tu voz Genoveva.

## ESCENA IX

Dichos, Sigfredo. Algunos cazadores.

SIGFREDO

*(Baja y se detiene ante el cuadro.)*

¿Qué es eso?

LUDGARDA

Hermano, por Dios,  
ven pronto.

GENOVEVA

*(Con voz apagada.)*

Sigfredo, llega,  
ven acá...

SIGFREDO

¡Cielos! ¿Qué veo?  
¿Eres tú, tú, Genoveva?  
Vas a morir a mis manos  
como una vil hechicera.

LUDGARDA

*(Interponiéndose.)*

Detente, conde, detente.  
Hoy va a brillar su inocencia.  
Yo soy la infame, Sigfredo,  
que manchó su honor, y ella...  
ella es un ángel...

SIGFREDO

¡Un ángel!  
¡Genoveva! ¡Genoveva!  
*(Se acerca y retrocede.)*  
¡Sangre! ¿Qué es esto?

GENOVEVA

Me muero,  
 pero me muero contenta  
 sabiendo que tú me quieres...  
 ¡Hijo mío! Berta, Berta,  
 ¿Y Eduardo?

ESCENA ULTIMA

Dichos, Eduardo, que baja con un puñal en la mano.

EDUARDO

¡Madre, madre!  
 Vengada en parte ya quedas.  
 Martina, en lodo y en sangre  
 yace en el suelo revuelta.  
 ¡Ah! ¡Ludgarda!  
*(Se va a lanzar a ella.)*

SIGFREDO

Hijo, detén  
 esa mano justiciera.  
 Tu madre la ha perdonado.

EDUARDO

¡Mi madre! ¿Y mi madre?

LUDGARDA

Vela.  
*(Eduardo se lanza a su madre para abrazarla.)*

EDUARDO

¡Madre! ¡Venganza! ¡Venganza!  
*(Se arroja sobre el cadáver de Genoveva.)*  
 ¡Sangre! ¡Madre!

(Gritando a su oído.)

¡Oh! ¡Muerta! ¡Muerta!

(Con desesperación.)

Madre de mi alma, escúchame.

LUDGARDA

(Cayendo de rodillas.)

¡Ah! Blanca y pura azucena,  
perdóname desde el cielo.

Yo te supliré en la tierra.

Esta gruta es ya mi casa.

Esta cruz es mi defensa.

Mi crimen ha sido grande,

sea grande mi penitencia.

SIGFREDO

(De rodillas.)

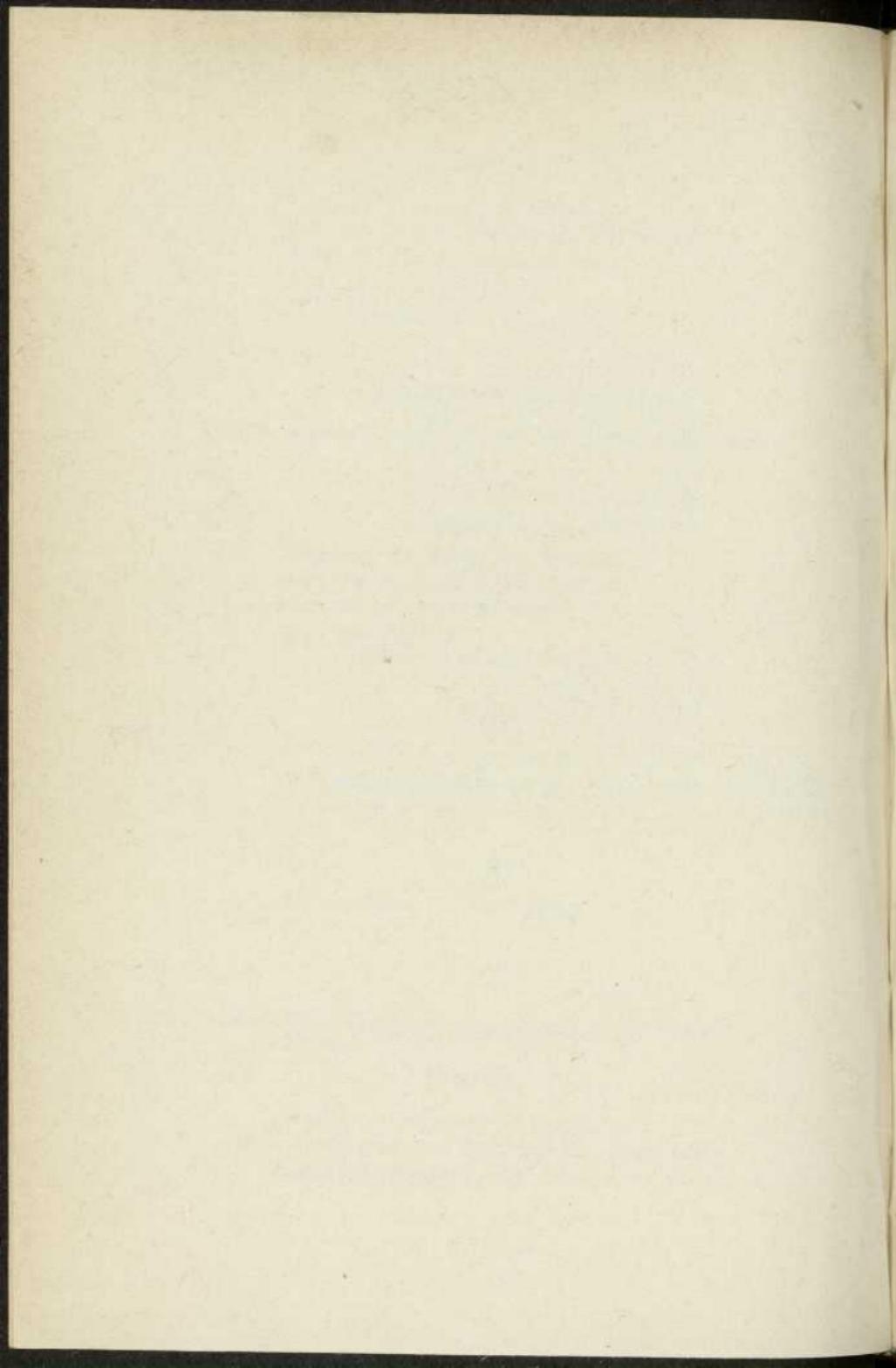
Mártir que a los cielos subes

a ceñir corona eterna,

no te merecí de esposa,

merézcate medianera.

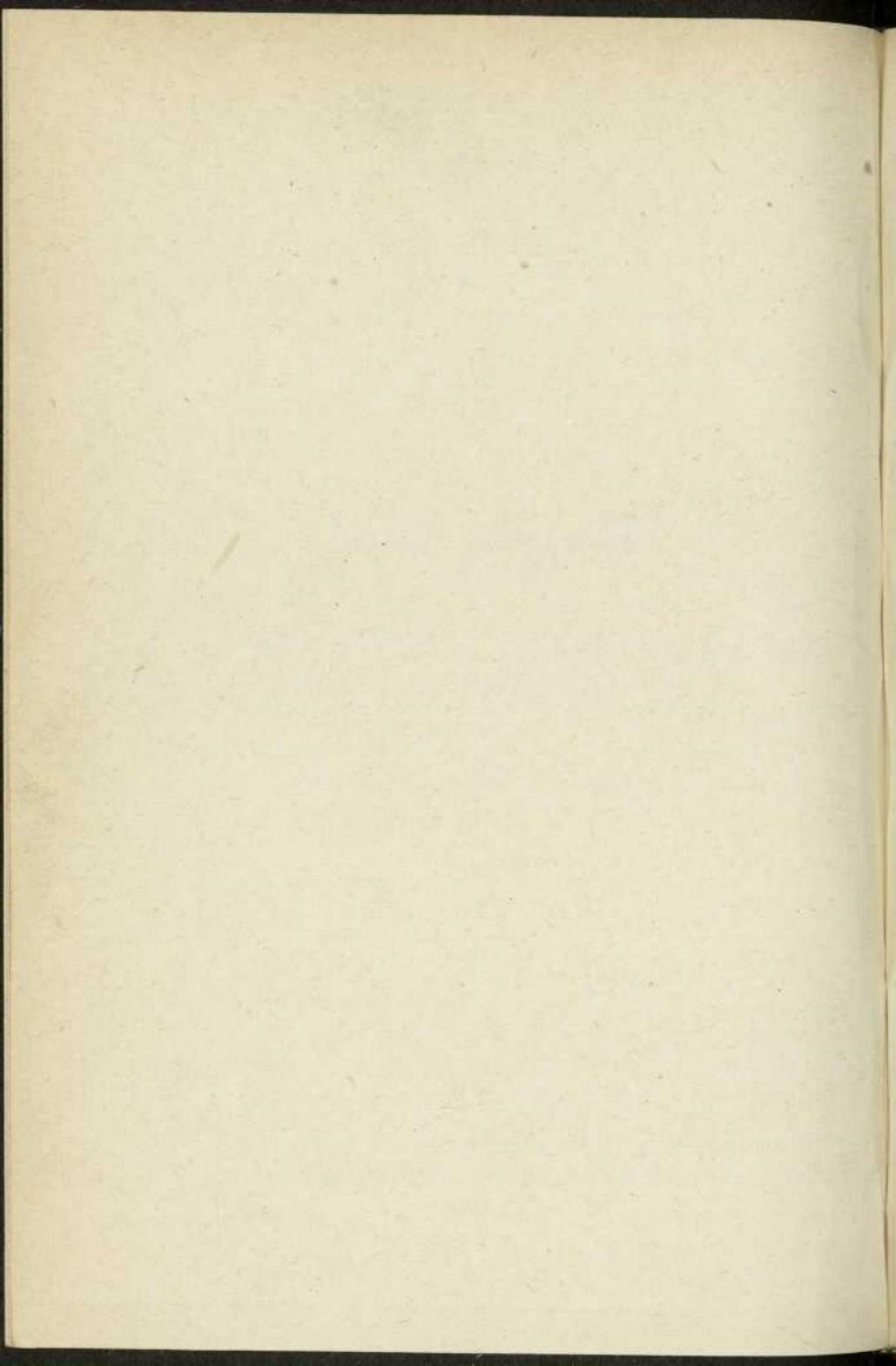
(NOTA.—Puede concluirse con la apoteosis de Genoveva, bajando el telón y que aparezca entre nubes con corona de mártir.)



## ¡Primero, Dios!

---

Rasgo histórico-dramático, en un acto, sobre la vida  
de Santo Tomás de Aquino



---

---

## PERSONAJES

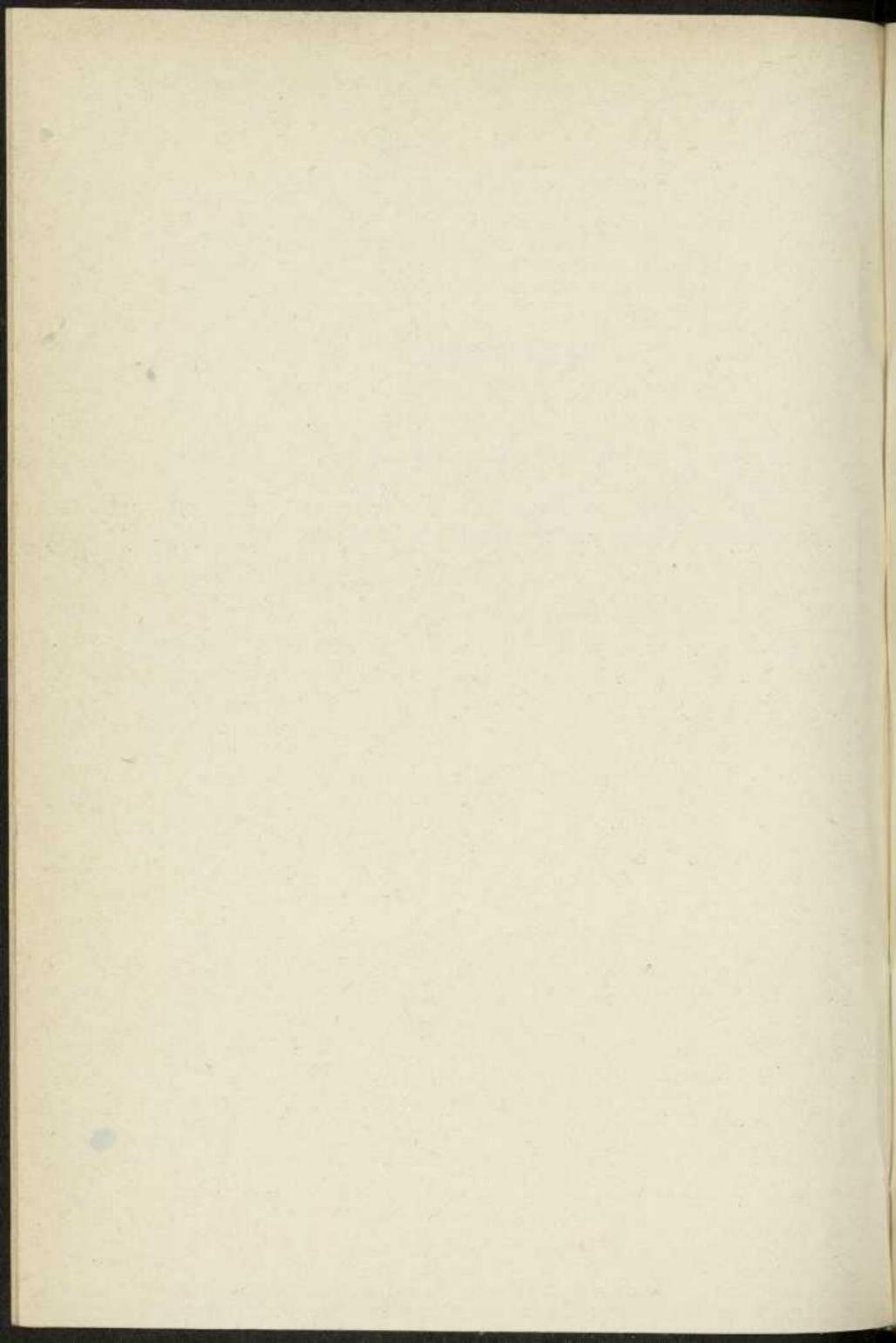
---

TOMÁS, joven de unos diez y seis años.

RAINALDO, hermano de Tomás: soldado.

FRAY ANTONIO, dominico.

RUGIERO, criado de los condes de Aquino.



---

---

## ACTO UNICO

---

La acción pasa en un torreón del castillo de Roca-Seca, en la villa de Aquino. Siglo XIII.

Puerta practicable al fondo y otra a la izquierda del espectador: la puerta de fondo da entrada al proscenio; la de la izquierda, al dormitorio de Tomás. A la derecha, una ventana o balcón, también practicable. Al lado de la ventana, un hogar con chimenea y algunos leños encendidos. El ajuar, severo y al estilo del siglo XIII. Una cómoda con cajones.

El fondo lo debe formar un telón que se arrollará al fin, dejando ver la apoteosis de Santo Tomás de Aquino.

Junto al hogar y en el lienzo del muro, una cruz dibujada con carbón, formada por dos líneas toscas.

### ESCENA PRIMERA

Aparece Rainaldo sentado en una silla y Rugiero a sus pies calzándole las espuelas.

RAINALDO

¿Conque aún resistir intenta  
ese rapaz?

RUGIERO

Sí, señor;  
parece que su valor  
con la lucha se acrecienta.

RAINALDO

*(Levantándose con ira.)*

¿Valor llamas, voto al diablo,  
a ese ciego fanatismo?

RUGIERO

*(Turbado.)* Quise llamarle... cinismo...,  
o locura..., yo no hablo...

RAINALDO

¿Qué hizo de aquella mujer  
que aquí mandé introducir?

RUGIERO

No sé. Yo la vi salir  
corriendo a todo correr.  
Yo me acerqué, al ver su apuro,  
y vi en el cuarto una luz;  
y al entrar, miré esa cruz  
*(Señalando la pintada con carbón.)*  
dibujada sobre el muro.

RAINALDO

*(Paseándose impaciente.)*

¡Voto a Satanás! Ni amor,  
ni súplicas, ni amenazas...!  
¡Tan sólo sirven mis trazas  
para aumentar su valor!

RUGIERO

¡Hola! ¿No le llama él mismo  
valor a lo de su hermano?

RAINALDO

De ti lo aprendí, villano;  
quise decir... fanatismo.

¡Por Cristo, que es cosa rara!  
No hubo pueblo en Lombardía  
que ante la tizona mía  
cerrar sus puertas osara!  
¡Y hoy, con todo mi poder,  
rendir quiero a mi cariño  
el pecho de un débil niño,  
y no lo puedo vencer!  
¡Ah! Dios le dió, y con razón,  
tal fuerza a la voluntad,  
que más pronto una ciudad  
se rinde que un corazón!  
(Pausa.) Pero he de ver, por quien soy,  
tanta altivez domeñada.  
Rugiero, tráeme la espada.

RUGIERO

Corriendo a traerla voy.

(Vase Rugiero, puerta del foro y viene en seguida con la espada. Entretanto Rainaldo abre el cajón de la cómoda, saca una bolsa y vuelve a cerrar.)

RAINALDO

Toma, para que a ayudarme  
la avaricia te espolee.  
(Le arroja la bolsa a los pies.)

RUGIERO

(Recogiéndola.) Lo que mi amo desee...

RAINALDO

Y si logras amansarme  
a mi hermano, te prometo  
darte otra bolsa mayor.

RUGIERO

A su voluntad, señor,  
pronto le tendréis sujeto.  
(Vase Rainaldo, puerta del foro.)

## ESCENA II

Rugiero; luego, Tomás

RUGIERO

*(Abriendo la bolsa.)*

¡Oro!, ¡y de ley! A fe mía  
que el retintín suena bien *(Los cuenta.)*

Una, dos... ochenta, cien...

¡Yo estoy loco de alegría!

Eres, cierto, un Barrabás

*(Como hablando con Rainaldo.)*

y como a perros nos tratas;

pero aún me salen baratas

las palizas que me das.

*(Sale Tomás, puerta izquierda, en traje de dominico.)*

Voy a guardar entretanto...

*(Se guarda la bolsa.)*

Si yo tuviera elocuencia...

*(Al ver a Tomás con aire de distraído.)*

¡Pero si es que en su presencia

me corto! ¡Nada! Es un santo.

TOMÁS

Dime. ¿Dónde está mi hermano?

RUGIERO

Señor, no sé; se vistió

a toda prisa, y salió

esta mañana temprano.

TOMÁS

¿Y mi madre?

RUGIERO

*(Acercándose cariñoso.)*

Está acostada,

está enferma.

TOMÁS

¿Enferma?

RUGIERO

Sí.

Por vos, mi señor.

TOMÁS

¿Por mí?

RUGIERO

La tenéis muy disgustada.  
"Tomás, dice con dolor,  
no me quiere; me desdenea!"

TOMÁS

¿Que no? ¡Si mi alma es pequeña  
para que quepa su amor!  
Sí; te quiero, madre fiel;  
mi pecho en tu amor se inflama,  
pero si Cristo me llama,  
¿no ha de ser primero El?

RUGIERO

El dejarla es un delirio  
¡Venza el amor maternal!

TOMÁS

¡Vete, dragón infernal,  
y no aumentes mi martirio!  
(*Con desprecio y sin mirarle.*)

RUGIERO

¡No veis que si ella se muere...!

## TOMÁS

*(Señalando la puerta del foro.)*

Os he dicho que os vayáis.  
¡Qué bien, qué bien manejáis  
el arma que más me hiera!

*(Rugiero se va por el foro.)*

¡Dios mío!, que el pecho estalla  
y se parte el corazón.

¡No creí que la pasión  
fuese tan fuerte en batalla!

Jesús me tiende sus brazos;  
quiero acudir al momento,  
y de una madre me siento  
prisionero entre los lazos.

¡No!, mi Dios, he de romper  
estas cárnales prisiones;  
que estos fuertes torreones  
más que amor no han de poder.

¡Sí!, sí; deshaz, corazón,  
del mundo los fuertes grillos.

¡Rompa el ave los anillos  
de esta tan dura prisión!

*(Va corriendo a la puerta del foro y retrocede al ver entrar a su hermano; éste se le queda mirando y suelta al fin una carcajada.)*

## ESCENA III

Tomás, Rainaldo

## RAINALDO

*(Con ira mezclada de burla.)*

¡Bravo! ¡Que estás plentero!  
Hijo del conde de Aquino,  
¡tú, en traje de peregrino!  
¡tú, en traje de pordiosero!  
Tú, el doncel más hechicero  
que viste rico cendal;

tú, de una sangre imperial:  
vestido con esos trapos,  
paseando los harapos  
de un miserable sayal.  
¿Quién te trajo ese ropaje?

TOMÁS

Un padre de mi convento.

RAINALDO

Pues quítatelo al momento,  
que reviento de coraje.  
¿No temes hacer ultraje  
a tu estirpe toda?

TOMÁS

(*Con gravedad.*) ¡No!  
Porque jamás humilló  
a la estirpe más real  
vestir el pobre sayal  
que Alberto el Grande vistió.

RAINALDO

Insensato, ya veré  
quién lleva en la lid la palma.

TOMÁS

Invencible está mi alma.

RAINALDO

Pero yo la venceré.  
Bien pronto te arrancaré  
ese pudor que te afea.

TOMÁS

¡Ah! ¿Persistes en la idea  
de poner damas en juego?

Pues mira que aún queda fuego  
para encender otra tea.  
(Señalando al hogar encendido.)

## RAINALDO

(Muda bruscamente de tono y se acerca a Tomás con cariño.)

No, hermano, no es mi intención.  
repetir aquella escena,  
que ahora recuerdo con pena  
y llanto del corazón;  
pero, dime: ¿No es razón  
que antes, Tomás, de marcharte  
a ese claustro, a sepultarte  
tras no sé qué dicha en pos,  
goces los dones que Dios  
ha querido regalarte?  
¿Dios no dió al ave sus alas  
para que, tendiendo el vuelo,  
cruzara serena el cielo,  
libre de flechas y balas?  
No vistió de ricas galas  
a la alegre mariposa  
para que, libre y gozosa,  
soñando sueños de amor,  
volase de flor en flor  
libando esencia en la rosa?

## TOMÁS

¡Ah! Ya te entiendo; tú quieres  
que el corazón a Dios diera  
cuando marchito estuviera  
y ajado con los placeres!  
¡Si tú mismo, hermano, eres  
quien me alienta y da placer!  
¡Que el hombre libre ha de ser!  
¿Y hay más libre corazón  
que el que pone la pasión  
a las plantas del deber?  
Soy el ave que, gozosa,

sus alas al viento agita;  
en mí la vida palpita  
cual alegre mariposa.  
¿Y quieres que vuele ansiosa  
do el lazo la ha de apresar?  
¿Al fuego se ha de acercar  
donde se quemén sus alas?  
¡Perder no quiero mis galas!  
¡Déjame libre volar!

RAINALDO

¿Y vas a dejar, infiel,  
a tu madre abandonada?

TOMÁS

¡Ay, calla! ¡Que una oleada  
me sube de amarga hiel! (*Dudando.*)

RAINALDO

¿Has de matarla, cruel,  
ella que tanto te ama?

TOMÁS

(*Con arranque.*)

¡Dios mío, apaga esta llama!  
Aunque el alma me taladre,  
yo dejaré... hasta una madre  
por ir donde Dios me llama!

RAINALDO

(*Encolerizado.*)

No será, no; basta ya  
de cariño y de ternera.  
¿Quieres que use de entereza  
contigo? Pues se usará;  
¡veremos quién triunfará!  
Mi paciencia ha sido mucha;  
mas si razones no escucha  
tu obstinación, ten por cierto

que prefiero verte muerto  
a verte con la capucha!

*(Se arroja sobre él y le arranca el hábito. Tomás aparece vestido con riquísimo traje al estilo de la época.)*

¡Así te quiero mirar!

*(Arranque de alegría.)*

¡No vestido de harapiento,  
que hasta la vergüenza siento  
mis mejillas sonrojar!

¿Te habías de presentar  
en los bailes y salones  
luciendo aquellos jirones?

¡Lindo traje es a fe mía  
en la sociedad de hoy día  
para ganar corazones!

TOMÁS

Siempre será despreciado  
del mundo el traje de Cristo;  
pero yo con él me visto,  
porque yo soy su soldado.  
Arráncame, despiadado,  
mil veces ese ropón.

¿Qué ganas con esa acción  
mientras no me arranques, di,  
el otro que llevo aquí  
vestido en el corazón?

RAINALDO

¡También te lo arrancaré;  
prepárate, desdichado!

TOMÁS

Espero en él confiado.

RAINALDO

Espera, sí, espera; a fe  
que lazos te tenderé  
do el Santo David cayó;

TOMÁS

Y José los quebrantó;  
y en esa reñida lid,  
¿tendré que ser un David?  
¿José no puedo ser yo?

*(Vase Rainaldo: Tomás queda un rato con los brazos cruzados, mirando a la puerta. Luego baja al proscenio con aire abatido.)*

## ESCENA IV

Tomás solo

Más fuertes luchas del amor nefando  
de mi pudor el lirio ya presente,  
sus pétalos marchitos inclinando,  
que, al peso del dolor, doblan su frente.

¡Oh Reina de las Virgenes, María,  
oh inmaculada y limpia nazarena,  
cobija con tu manto el alma mía,  
porque quieren robarle su azucena!

¡Yo no la quiero ajar, Madre querida;  
si es don que hasta los cielos nos encumbra,  
yo quiero que me adorne en esta vida  
y que crezca después junto a mi tumba!

A ese vergel, que riegas con tu mano,  
la quiero trasplantar, pues sus colores  
de ese mundo falaz el cierzo insano  
robar pretende a las incautas flores

*(Hincándose ante la cruz del muro.)*  
Salve, cruz de mi Dios, luz que el sendero  
del escabroso Gólgota iluminas,

yo a abrazarme contigo subir quiero,  
coronado de oprobios y de espinas.

Y es tan arduo el subir, que voy hollando  
sangre doquier del Redentor divino,  
y entre zarzas y abrojos voy dejando  
a pedazos mi vida en el camino.

Si el Dios no me alentara, que se inmola  
en tus brazos por mí, yo sucumbiera  
cual se dobla marchita la amapola  
del segador a la guadaña fiera.

Pon ya fin al dolor, brille la aurora  
tras esta larga noche de agonía.  
Dame tus brazos ya, Cruz redentora,  
que gime por tu ausencia el alma mía.

*(Dobla los brazos ante el pecho y permanece así durante las dos primeras quintillas de la escena siguiente.)*

## ESCENA V

Tomás y Fray Antonio

*(Fray Antonio entra por la puerta del foro y se detiene allí un rato mirando a Tomás.)*

FRAY ANTONIO

*(Aparte.)* Prisionero ruiseñor,  
a quien cruel cazador  
arrebato sin piedad,  
recobra tu libertad  
y vuelve al nido de amor.  
Paloma que al cielo encanta,  
tu vuelo al punto levanta;  
vuelve al arca sin segundo,

que no hallarás en el mundo  
en donde poses tu planta.

TOMÁS

*(Reparando en él, se levanta.)*

¡Dios mío! ¿No es ilusión?  
¿Vos aquí, padre querido?  
¿Quién hasta aquí os ha traído?

FRAY ANTONIO

Dios, que escuchó tu oración  
y quiere vuelvas al nido

TOMÁS

¿No sabéis que está mi hermano  
en acecho?

FRAY ANTONIO

Será en vano  
cuanto tu hermano disponga.  
¿Qué mortal hay que se oponga,  
si quiere el Dios soberano?  
Nuestra religión, que llora  
tu ausencia, justicia implora,  
y tras destierro prolijo  
el Papa manda que al hijo  
le devuelvan sin demora.

TOMÁS

¿Y mi madre?

FRAY ANTONIO

Ella es cristiana.  
Ya le hablaré yo mañana,  
templando su sentimiento.  
Huye ahora, huye al momento.

TOMÁS

¿Por dónde?

FRAY ANTONIO

Por la ventana.

TOMÁS

¡No entiendo...!

FRAY ANTONIO

*(Sacando una cuerda que trae oculta.)*

Ya lo verás.

Por la cuerda bajarás;  
yo abajo te esperaré;  
mis brazos te tenderé  
y a tu madre volarás.

TOMÁS

*(Como recordando.)*

¡Mi madre!... Sí, decís bien,  
que en aquel dichoso edén  
llora otra Madre por mí.  
¡La madre que dejo aquí...!

FRAY ANTONIO

*(Interrumpiéndole.)*

Esa es tu madre también.  
Dios, por quien se sacrifica  
tu amor filial, santifica  
el cariño que te inflama;  
porque en el claustro esa llama  
no muere, se purifica.

TOMÁS

Traed la cuerda al momento.  
¡Adiós, prisión y tormento!

Sólo me apena este instante  
llevar traje tan galante  
que deshonre a mi convento.

FRAY ANTONIO

¿No más que eso? ¿Por mi vida,  
verás tu dicha cumplida!  
Ceda ese traje tan rico  
al sayal del dominico.  
Ve a ponértelo en seguida.  
(*Saca un hábito que trae oculto.*)

TOMÁS

(*Tomando el hábito.*)

Bendito seas mil veces,  
hábito que me ennobleces  
más que el brocado y el oro,  
que mi destierro y mi lloro  
vienes a pagar con creces.  
Joya que al alma hermosea,  
de Cristo rica librea  
blanca como niveo armiño,  
dejadme que con cariño  
te bese. ¡Bendita sea! (*Besa el hábito.*)

FRAY ANTONIO

Anda pronto, que vendrán  
y arrebatarte podrán  
el traje y la vocación.

TOMÁS

Primero del corazón  
pedazos me arrancarán.  
(*Se va puerta izquierda.*)

## ESCENA VI

Fray Antonio; luego, Rugiero

FRAY ANTONIO

*(Vuelto al lado por donde se fué Tomás.)*

¡Alma, llena de hermosura,  
 que hasta la pasión más pura  
 sabes por tu Dios pisar,  
 como se pisa y tritura  
 el racimo en el lagar!  
 Angel mío, no hayas pena,  
 que tu alma de amor llena  
 hoy tendrá su galardón.  
 ¡Bendita la religión  
 que ha dado tal azucena!

*(Se acerca a la ventana y cuelga la soga.)*

Ya no hay tiempo que perder;  
 que el demonio entorpecer  
 pudiera nuestra jornada;  
 de esta ventana colgada  
 la cuerda voy a poner.

RUGIERO

*(Que ha entrado durante los últimos versos.)*

*(Aparte.)* ¡Un padre en el torreón!  
*(A fray Antonio.)* ¿Quién sois? Decid ¿Qué  
 [queréis?

FRAY ANTONIO

Sacar de aquesta prisión  
 al preso que aquí tenéis.

RUGIERO

*(Aparte.)* Adiós, bolsa; adiós, doblones,  
 si logra sus intenciones.  
*(Gritando.)* A mi amo al punto llamo.  
 ¿Quién os trajo a estas regiones?

FRAY ANTONIO

Quien manda más que tu amo.

RUGIERO

Mi señor me ha dado aviso  
de custodiar a Tomás,  
y obedecerle es preciso.

FRAY ANTONIO

Si el Papa sacarlo quiso,  
¿al Papa resistirá?

RUGIERO

*(Se dirige a la puerta del foro, gritando):*

¡Don Rainaldo; mi señor!  
¡Quieren robar a su hermano!  
¡Traición!

*(Vase puerta del foro y aparece Tomás, puerta izquierda vestido otra vez de dominico.)*

FRAY ANTONIO

Tomás, por favor,  
huye al punto; ten valor  
*(Empujándole suavemente.)*

TOMÁS

Voy al punto...

*(Corre a la ventana y retrocede al ver a Rainaldo, que entra, puerta del foro.)*

¡Ya es en vano!

## ESCENA VII

Tomás, Fray Antonio, Rainaldo, Rugiero

RAINALDO

¿Qué es eso? ¿Vas a escapar,  
huyendo a la lucha?

TOMÁS

(*Muy sereno.*) No.  
Yo nunca temí luchar;  
Dios me ha venido a llamar  
y a su voz acudí yo.

RAINALDO

¿Y otra vez ese ropón  
que excita mi indignación?  
¿En dónde, di, se guardaba?

TOMÁS

¿No dije que lo llevaba  
vestido en el corazón?

RAINALDO

¡Mi paciencia agotarás!  
Quitate al punto, Tomás,  
esos andrajos, o juro...  
que con mis manos...

(*Va a lanzarse sobre Tomás. Fray Antonio se interpone.*)

FRAY ANTONIO

¡Perjuro!  
En nombre del rey. ¡Atrás!

RAINALDO

¿Quién eres que a mi rencor,  
a este río abrumador,  
te opones con osadía?

FRAY ANTONIO

Un delegado que envía  
contra ti el emperador.

RAINALDO

*(Reprimiéndose.)*

¿Y a qué venís?

FRAY ANTONIO

A salvar  
al cordero, que dejar  
no quiere el lobo sangriento,  
y con santo atrevimiento  
tu conducta a reprochar.

RAINALDO

*(Más calmado.)*

Yo os agradezco el reproche,  
que fui siempre buen cristiano;  
pero... ¡dejar a mi hermano...!

FRAY ANTONIO

Tomás esta misma noche  
vendrá al convento.

RAINALDO

*(Contrariado.)* Es en vano.  
¿De qué hazañas la memoria  
pudiera contar la historia  
si en un convento se encierra?  
Conmigo vendrá a la guerra  
para llenarse de gloria.

FRAY ANTONIO

¡Veo que su nombre queréis  
dar a la posteridad!

Bien en esperarlo hacéis;  
 ¡coronado lo veréis  
 de ciencia y de santidad!  
 Ese laurel con que vos  
 queréis coronar su frente  
 se seca pronto: él va en pos  
 de los lauros que da Dios  
 y duran eternamente.

(A Tomás, que ha permanecido con los ojos en el suelo.)

No corras, Tomás, sin tino  
 detrás de un lauro mezquino  
 que sepultes con tu nombre.  
 ¡Vente, y el mundo se asombre  
 ante las glorias de Aquino!

RAINALDO

No cederé en mi porfía.

FRAY ANTONIO

Te lo ordena tu señor.

RAINALDO

Su siervo soy, y a fe mía  
 que ante él obedecería;  
 que venga el emperador.

FRAY ANTONIO

(Con resolución.)

No es preciso. Vano intento  
 luchar con tanto cinismo  
 contra Dios.

RAINALDO

(Llevando la mano a la daga con ira.)

¡Oh! ¡Yo reviento  
 de ira...!

FRAY ANTONIO

(*A Tomás con calma.*)

Tomás, hoy mismo  
dormirás en el convento.

RAINALDO

Lo veremos.

FRAY ANTONIO

Se verá.  
Dios lo quiere, y él vendrá.

RAINALDO

(*Riendo con ironía.*)

¡Qué ha de ir, viejo hechicero,  
juro que antes morirá!

FRAY ANTONIO

(*Desde la puerta del foro.*)

Tomás, abajo te espero. (*Vase.*)  
(*Tomás, que ha estado al lado de la ventana en la escena anterior, sigue en la misma actitud abatida.*)

ESCENA VIII

Dichos, menos Fray Antonio

RAINALDO

(*Con risa sarcástica.*)

¡Mía será la jugada!  
Por esta cruz tan sagrada,  
que no has de ver a mi hermano

mientras pueda con mi mano  
acariciar esta espada. (*Pausa.*)

(*Con más ironía.*)

¡La amenaza es atrevida!

¡Sus! Rugiero, estáte alerta.

(*Desde el foro.*)

Ten la entrada defendida,  
mira que pierdes la vida  
si alguien pisara esta puerta.

#### RUGIERO

Por aquí, pierda cuidado,  
que está el paso bien guardado.

#### RAINALDO

Te va en ello otro bolsillo.

Voy a dar parte al soldado

de la puerta del castillo.

(*Vase Rainaldo, puerta del foro, y detrás Rugiero, cerrando la puerta tras sí.*)

### ESCENA IX

Tomás solo

(*Baja lentamente al proscenio.*)

Parece que el averno en este instante  
por rendir a mi espíritu pelea  
y tomando en la lid fuerzas de atlante  
a mis plantas se agita y forcejea.

(*Pausa.*) ¡Y lucharé! ¡Me siento ya gigante!

(*Se va acercando a la ventana y mira por ella al cielo.*)

Desde ese cielo Dios mi escudo sea. (*Pausa.*)

¡Dios mío! ¡Qué esperanza y qué consuelo  
siente el cautivo cuando mira al cielo!

(*Pausa larga.*)

¿Qué es esto?... ¡Ah, la cuerda está tendida!

¡Allá abajo dos bultos ya diviso!

(*Bajando al proscenio.*)

¡Dios me quiere sacar de muerte a vida

y del infierno al dulce paraíso!

*(Dirigiéndose a la cruz pintada con carbón en el muro.)*

Signo de redención, ¡oh cruz querida,  
tenderme al fin Jesús, tus brazos quiso!  
Quédate en prenda del amor sincero  
de la fe y la lealtad de un prisionero.

*(Dirigiéndose a la puerta izquierda.)*

Madre del corazón, vuelo al reclamo  
del que forma el amor de mis amores;  
mas no dudes, ¡oh no!, de que te amo;  
mis lágrimas, del alma tiernas flores,  
te prueben el cariño en que me inflamo  
al huir de tus brazos bienhechores.  
¡Y en medio de mi pena y mi alegría  
dame tu bendición, oh madre mía!

*(Cae de rodillas y permanece así un breve rato. Se oyen voces de ¡alerta!, muy lejos. Se levanta y desaparece por la ventana. Sigue una pausa en que se oyen gritos de ¡alerta! por varios puntos y los de ¡gente al castillo! Se puede tal vez comenzar una música suave.)*

## ESCENA ULTIMA

Rainaldo, Rugiero

RAINALDO

*(Dentro.)* ¡Traición, Rugiero, traición!

*(Sale con la espada desnuda en la mano, y detrás de él Rugiero.)*

¡Y Tomás? Dime, villano,  
¿por dónde se huyó mi hermano?

RUGIERO

*(Cayendo de rodillas.)*

¡Señor, no lo sé; perdón!

*(Rainaldo lo levanta con furia y lo va empujando hacia la ventana mientras el diálogo.)*

RAINALDO

¿No te he dado a guardar, di,  
esta entrada?

RUGIERO

*(Siempre retrocediendo.)* Sí, lo sé...

RAINALDO

Dime, ¿y por dónde se fué?

RUGIERO

*(Fijándose en la sogá.)*

Señor, señor, por aquí.

RAINALDO

*(Asomándose.)*

¡Por esta cuerda! ¡Allá van!

RUGIERO

*(Aparte.)*

¡Viendo visiones me hallo!

RAINALDO

*(Bajando al proscenio.)*

¡A ellos! ¡Pronto! ¡Mi caballo,  
que aún en mis manos están!  
Lleva el corcel al momento  
a la puerta.

RUGIERO

*(Asustado.)* ¿Para qué?

RAINALDO

Para... Yo mismo no sé;  
para incendiar el convento;  
para hartarme de matanza;

para ahogarlos sin piedad;  
para... ¡temblad, sí, temblad  
al peso de mi venganza!

*(Se lanza a la puerta del foro; se alza el telón y aparece la apoteosis de Santo Tomás de Aquino, que puede hacerse con niños. Santo Tomás puede aparecer de rodillas en la última grada de una escalinata que termina en un trono, donde, sentada la Virgen Santísima, está en actitud de coronarle con una corona de laurel. A los lados, la Fe con la venda en los ojos, la Teología y la Filosofía ponen sus coronas a los pies del Santo. Mucha luz y todo entre gasas y nubes.)*

*(Rainaldo y Rugiero caen de rodillas.)*

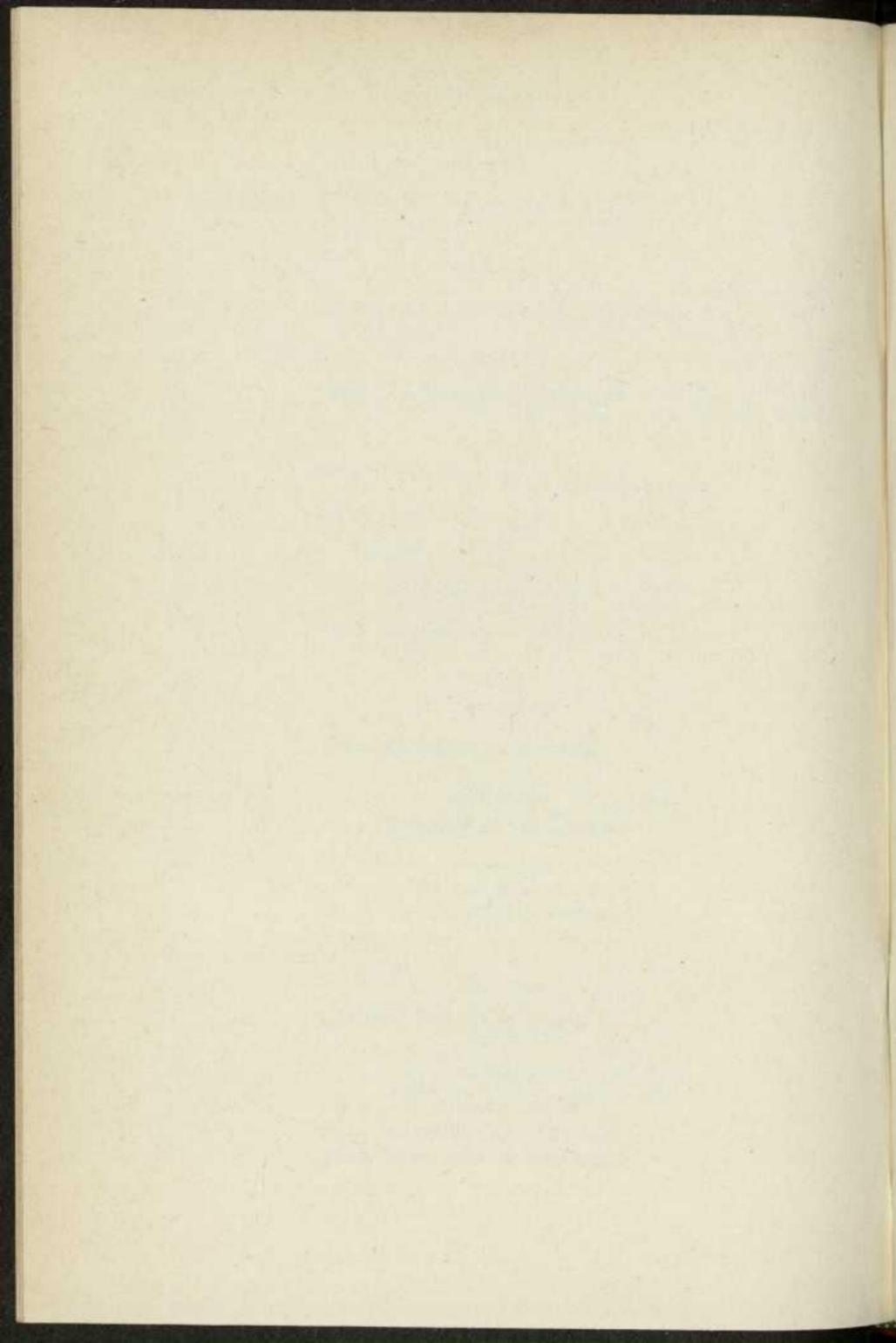
RAINALDO

¿Qué es esto? ¡No es ilusión!  
¡No me engaña mi sentido!  
Perdón, hermano querido,  
no me niegues tu perdón.  
Yo pensé que a tu virtud  
fuera premio suficiente  
poner un lauro en tu frente  
que secara un ataúd.  
Vete a gozar de tu anhelo,  
anhelo tan levantado  
que sólo será colmado  
con lauro eterno del cielo!

TEOLOGÍA

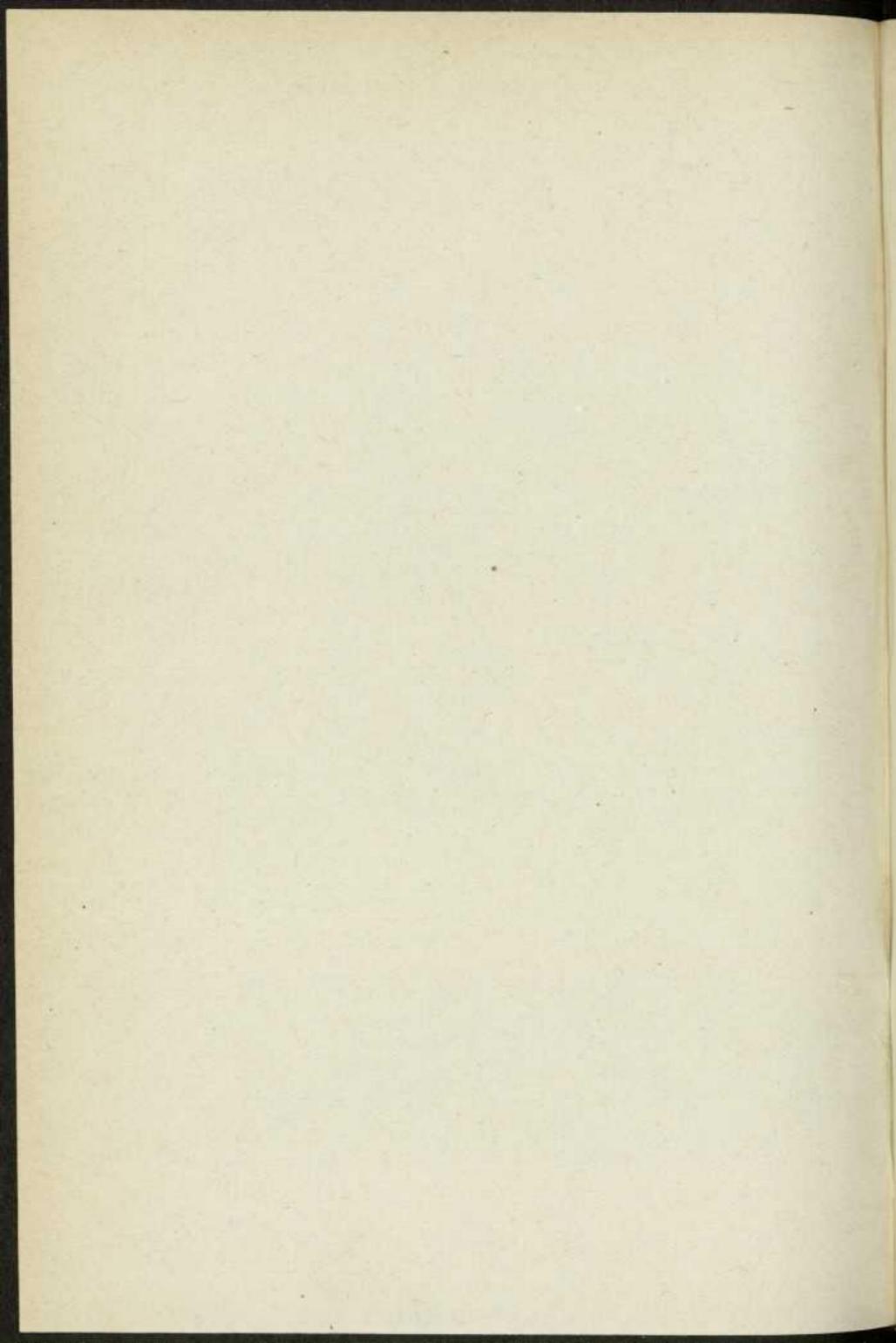
Ven de mis huellas en pos,  
ángel casto e inocente,  
que yo irradiaré en tu frente  
la ciencia infusa de Dios.  
La santa gloria, que anhelas,  
te ofrece la Teología,  
que ha de aclamarte algún día  
"El Angel de sus escuelas".

TELON



¡Quién fuera obispo!

Cuadro cómico para la recepción de algún obispo



---

---

## PERSONAJES

---

ANTÓN  
UN FAMILIAR  
CABALLERO 1.º

CABALLERO 2.º  
D. ROQUE  
UN OBRERO

### CHAPTER IV

Faint text in the upper middle section, possibly a paragraph or a list of items.

Main body of faint text, likely the primary content of the page, possibly a long paragraph or a series of entries.

---

---

## ACTO UNICO

---

La escena representa el cuarto de un seminarista. Una mesa en medio con muchos libros; algunas sillas; puerta al fondo. Es de noche y en la mesa hay una vela o un quinqué.

### ESCENA PRIMERA

Aparece Antón estudiando en un libro.

ANTÓN

*(Repasando de memoria.)*

Nominativo, qui quae, quod vel quid...  
genitivo, cujus... *(cierra el libro)*.  
¡Jesús, Jesús, qué latín!  
¡Qué lengua más endiablada!  
¡Por más que estudio y estudio  
no aprendo ni una palabra!  
*(repasando)* Nominativo... qui... quae... quod...  
*(distráido)* ¡Cuándo seré sacerdote  
para hablar latín, caramba!  
Ya no tendré que estudiar  
ni quedarme hasta las tantas  
para aprender la lección...  
*(dan las once)* ¡Las once! ¡Jesús me valga!  
*(bosteza)* ¡Y tengo un sueño mayúsculo!  
¡y... la lección, ni patata!  
*(pausa larga)* ¿Y cuándo sea ya obispo?  
¡Santa Plácida me valga!  
*(cierra el libro)* Me llamarán su Ilustrísima...

y me darán serenatas...  
 y tendré... palacio... y coche...  
 y... ¡aaa! (bostezo) tendré mucha plata...

(Va inclinando la cabeza)

Nominativo... qui... quae... quod...

¡Pobre lección de mañana...!

¡Qué sueño tan grande tengo...!

Genitivo... nada... nada...

Dios mío... ¡quién... fuera... obispo!

(Se queda dormido. Pausa larga. Aparece un familiar a la puerta del foro.)

## ESCENA SEGUNDA

Antón, Familiar. Luego dos caballeros.

FAMILIAR

(con respeto) ¿Señor Obispo?

ANTÓN

¿Qué quiere?

FAMILIAR

Unos señores aguardan  
 para hablar a su Ilustrísima  
 ¿Les digo que entren?

ANTÓN

(levantándose espantado) ¡Caramba!  
 ¿Yo Ilustrísima? ¿Yo obispo?  
 ¡Oh, qué sorpresa tan grata!  
 Que pasen, que pasen.

FAMILIAR

Bien.

(Se va. Entran dos caballeros.)

CABALLERO 1.º

¡Señor Obispo!

CABALLERO 2.º

¿Cómo anda  
su Ilustrísima?

ANTÓN

(*toma un tono jovial*) Muy bien.  
(*ap.*) ¡Y esto va de veras, cáspita!

CABALLERO 1.º

Venimos...

ANTÓN

Tomen asiento.  
(*ap.*) ¡Y qué respeto me guardan!

CABALLERO 1.º

Como sabrá su Ilustrísima,  
nuestro periódico "El Sátrapa"  
va a publicar un artículo  
contra la moral cristiana;  
también contra su Ilustrísima,  
y contra su clero en masa.

ANTÓN

¿Pero, señores, qué es eso?  
¿Con tal respeto me tratan  
para decir...

CABALLERO 1.º

(*muy meloso*) No se apure.



## ESCENA TERCERA

Antón. Luego D. Roque.

ANTÓN

¡Habránse visto bribones!  
¡Pues, señor, vaya un disgusto!  
¡Y mañana echarán chispas  
en ese periodicucho,  
y lo peor es que luego  
les va a creer todo el mundo!  
Y hablará contra la fe...  
contra su obispo... ¡hum! ¡Presumo  
que estos dos son dos masones!  
¡Ay! ¡Pobre obispo! Esos tunos,  
esos hombres sin conciencia  
te han de matar a disgustos.

FAMILIAR

Ilustrísimo señor...

ANTÓN

¿Qué quiere?

FAMILIAR

Un señor muy pulcro  
desea hablarle.

ANTÓN

Que pase.  
Vendrá a quitarme el disgusto  
de estos otros.

DON ROQUE

(desde la puerta) Si permite...

ANTÓN

Sí, señor, con mucho gusto.  
Entre usted.

DON ROQUE

(desde la puerta con mucha finura)  
Yo soy Don Roque  
Ramos Rodríguez Repulgo.

ANTÓN

Lo celebro. Tome asiento.

DON ROQUE

(sentándose) Vengo a hablarle de un asunto  
de capital importancia.

ANTÓN

Pues, hable, que ya le escucho.

DON ROQUE

Yo soy diputado.

ANTÓN

(tomando aire grave) Bien;  
lo celebro.

DON ROQUE

Y yo presumo,  
que ya sabrá su Ilustrísima  
mi proyecto.

ANTÓN

Don Repulgo,  
¡como usted no me lo diga!

DON ROQUE

Un proyecto cual ninguno (*pausa*).  
Proponer en el Congreso,  
y lo obtendré de seguro,  
el quitarle su palacio  
y hacer un cuartel.

ANTÓN

(*asustado*) ¿Qué escucho?  
¿Quitarme el... palacio a mí?  
Vamos. ¡Este sí que es disgusto!

DON ROQUE

No se enfade su Ilustrísima,  
pues saldrá ganando, y mucho.

ANTÓN

(*serenándose*)  
Me han de indemnizar. ¿Verdad?

DON ROQUE

Es muy lógico, es muy justo.  
¡Un obispo tan benéfico,  
tan sabio... y luego tan... ducho!  
Por eso he de proponer,  
para indemnizarle al punto,  
dejarle de su palacio  
aquel corral que está adjunto,  
y comprarle la cochera  
que tiene Don Restituto.

ANTÓN

¿Y qué haré con la cochera?

DON ROQUE

Poner su coche y sus mulos...  
cuando los tenga.

ANTÓN

(*levantándose*) ¡Gandul!

DON ROQUE

(*levantándose*) ¿Se enoja? Lo siento mucho:  
se quedará sin palacio,

y sin cochera y sin mulos.  
 Abur. Soy de usted, don Roque  
 Ramos Rodríguez Repulgo.  
 (*Sale haciendo muchas cortesías.*)

#### ESCENA CUARTA

Antón, el Familiar. Luego, un obrero.

##### ANTÓN

¡Habrás visto tunante! (*pausa*)  
 Pues, señor, ¿qué es un obispo?  
 ¡Sólo es cabeza de turco  
 donde estos politiquillos  
 ensayen planes y planes  
 para llenar su bolsillo!  
 ¡Cómo me pésala la mitra!  
 ¡Cómo me aprieta el anillo!  
 ¡Qué tiempo aquel tan dichoso  
 cuando era niño, muy niño,  
 y estudiaba el "qui quae, quod"  
 hasta oír las once y pico!  
 ¡Ni soñar podía entonces  
 lo que cuesta ser obispo!

##### FAMILIAR

Señor, hablarle desean  
 con urgencia.

##### ANTÓN

(*ap.*) ¡Ay, Dios mío!  
 De seguro es otra prueba.  
 (*al fam.*) ¿Quién es? ¿Viene bien vestido?

##### FAMILIAR

No, señor, es un obrero.

##### ANTÓN

¡Vamos! Al cabo respiro;

porque la gente sencilla  
no trae asuntos políticos.  
Dile que pase.

OBRERO

*(entra muy respetuoso; es más bien un trabajador del campo)*

Señor,  
dispense que haya venido  
a molestar a vucencia,  
pero en la aldea en que vivo  
hace ya bastantes años  
que sin párroco vivimos.

ANTÓN

¿Sin párroco?

OBRERO

Sí, señor,  
no hay quien haga los bautismos,  
ni quien case a los mozuelos,  
ni quien celebre el domingo.

ANTÓN

Esa sí que es pena grande,  
la mayor para un obispo,  
que por falta de pastores  
se le pierda el rebaño!

OBRERO

¡Un cura, por Dios, un párroco!  
Mire usted, señor Obispo,  
que queremos ser cristianos,  
y confesarnos toditos,  
y cumplir los mandamientos.  
Somos ovejas de Cristo  
y queremos un pastor  
que nós tome el Catecismo,

nos diga nuestros deberes,  
 nos guíe por buen camino;  
 ¡un párroco, por favor!  
*(hincándose de rodillas ante Antón)*  
 ¡por las entrañas de Cristo!  
 que si el pueblo se condena  
 ¿qué cuenta dará su obispo?

ANTÓN

*(emocionado)* Levántate, que me partes  
 el corazón, hijo mío.  
 Dime, Familiar, ¿qué hacemos?

FAMILIAR

Señor Obispo, eso mismo  
 le digo yo a su Ilustrísima.  
 Que su clero es escasisimo,  
 que pide pasto el rebaño,  
 pero... ¿quién va a repartírselo?

ANTÓN

¡Esto es cruel!  
*(se oye un ruido fuera)*  
 ¿Quién se acerca?

FAMILIAR

Me voy a verlo ahora mismo.  
*(Vase el familiar; a poco aparece el coro de pobres.)*

### ESCENA QUINTA

Antón, Familiar, un obrero, un coro de pobres.

OBRERO

¡Señor, un párroco!

ANTÓN

Espera,  
te mandaré uno prontito,  
y si no, para tu pueblo  
marcharé mañana mismo.

*(Entran los pobres en tropel y detrás el Familiar.)*

POBRE 1.º

¡Que nos moriremos de hambre!;  
por piedad, señor Obispo,  
sólo usted es nuestro padre,  
a usted tan sólo acudimos.

TODOS

Pan, señor Obispo, pan.

ANTÓN

Aguardad, hijitos míos.  
*(al Familiar)*  
Dale limosna a estos pobres.

FAMILIAR

¿Y con qué? ¡Por Jesucristo!,  
si apenas le da el Gobierno  
para que viva usted mismo.  
¡Si no repite el milagro  
del desierto, nos lucimos!

POBRE 1.º

Pan, que se muere mi esposa.

POBRE 2.º

Pan, que se mueren mis hijos.

POBRE 3.º

Pan, que se muere mi padre.

TODOS

Pan, pan, que sois nuestro obispo.

ANTÓN

Por Dios, hijos, déjenme,  
*(vanse los pobres)*  
 que estoy más muerto que vivo.  
 ¿Conque esta es la dignidad  
 que goza todo un obispo?  
 ¡Vaya con las dignidades!

FAMILIAR

Señor, la de Jesucristo;  
 una corona de espinas,  
 un calvario y un martirio.

ESCENA SEXTA

Antón, Familiar, un criado.

CRIADO

*(entra precipitadamente)*  
 ¡Huya; huya su Ilustrísima  
 al punto, señor Obispo!

ANTÓN

¿Pero qué pasa?

CRIADO

Friolera,  
 que ha triunfado el anarquismo  
 y van a pegarle fuego  
 a su palacio ahora mismo.  
*(Muy animado todo hasta la escena última.)*

ANTÓN

¡Qué brutos! *(se oyen ¡muertas!)*

FAMILIAR

(con calma) No debe huir.  
Debe arrostrar el martirio  
defendiendo a sus ovejas.

VOCES

(fuera) ¡Abajo el señor Obispo!  
¡Muera! ¡Muera!

ANTÓN

¡Santa Rita!  
¿Por dónde me escapo?

CRIADO

¡Listo!

Por la puerta.

(Va a salir Antón; el Familiar se interpone, cerrándole el paso; el criado se va: las voces arrecian.)

ANTÓN

¡Ya voy!

FAMILIAR

¡Alto!

No salga, señor Obispo;  
es inútil. ¿Ve? ¡Ya llegan  
a asesinarle!

ANTÓN

(Cae como abatido en la silla donde quedó dormido. Se oye un estrépito fuerte en la misma puerta del foro.)

¡Dios mío!

¡Vaya una vida que llevan  
los prelados!

## FAMILIAR

La de Cristo;  
una corona de espinas,  
un calvario y un martirio (*vase*).  
(*Cesa el ruido. Antón despierta.*)

## ESCENA ULTIMA

## ANTÓN

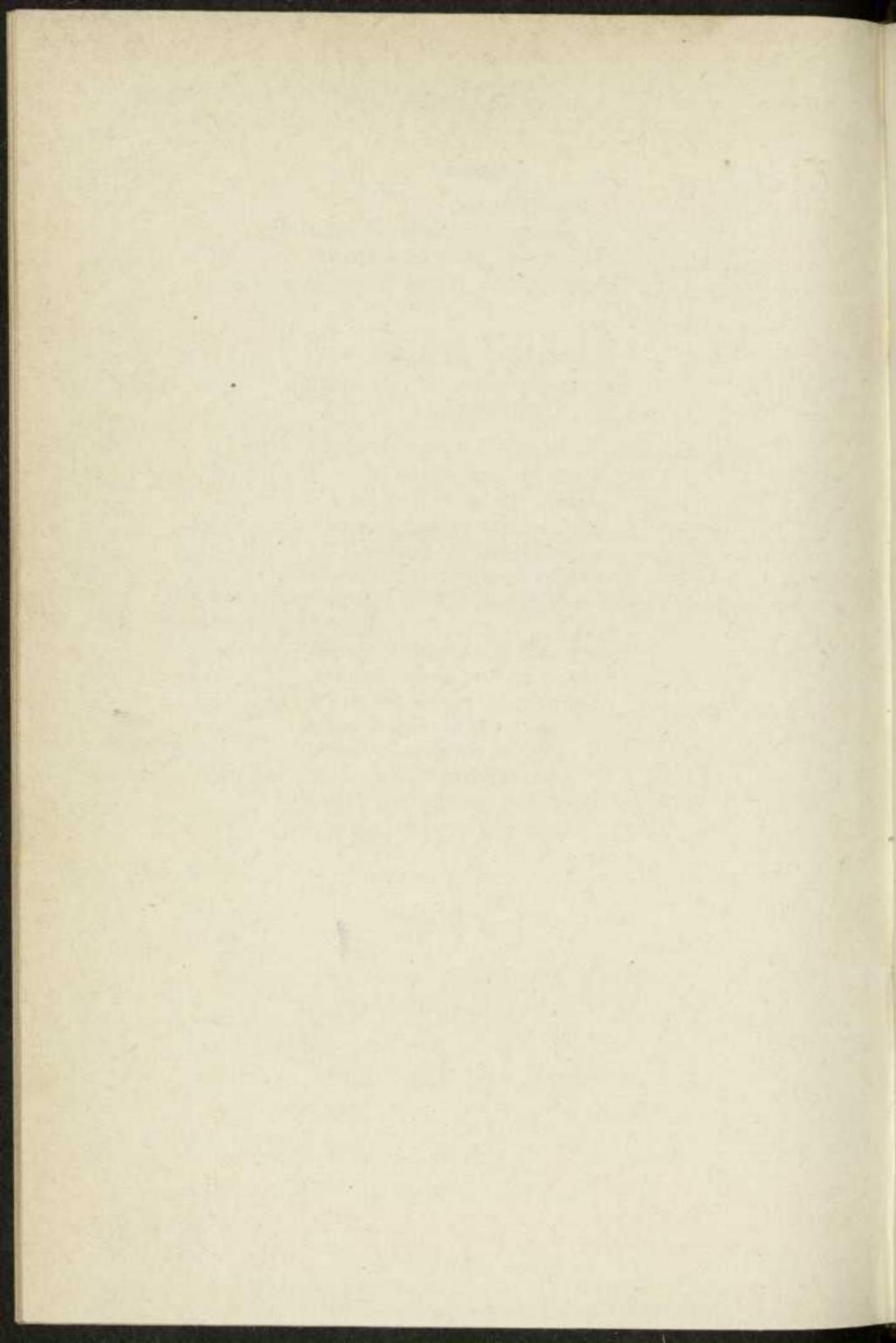
¿Dónde estoy?... ¡Bah! ¡Ha sido un sueño!  
¡Y qué sueño más pesado!  
Ya sé lo que es ser obispo,  
ya sé lo que es ser prelado.  
Una corona de espinas,  
un martirio y un calvario

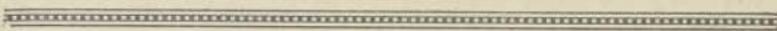
(*Se levanta y se dirige al Prelado que esté presente o simplemente al público.*)

Ahora quisiera ser Papa,  
aunque fuera por un rato.  
¿Sabéis, señor, para qué?  
Para llamar a mi lado  
a los obispos del mundo  
y a todos canonizarlos  
como a mártires de Cristo  
que mueren crucificados.

TELÓN. RAPIDO

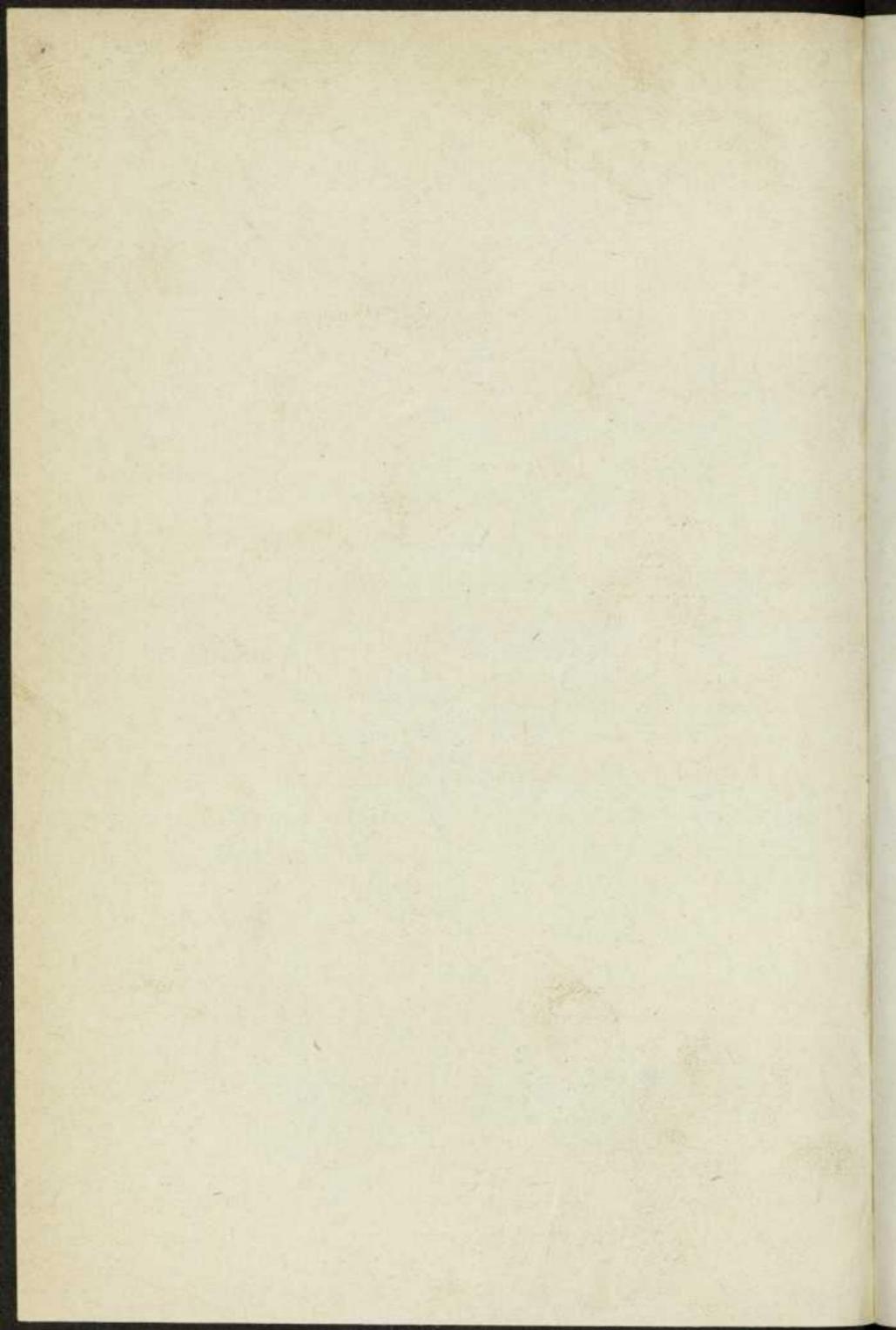
INDICE

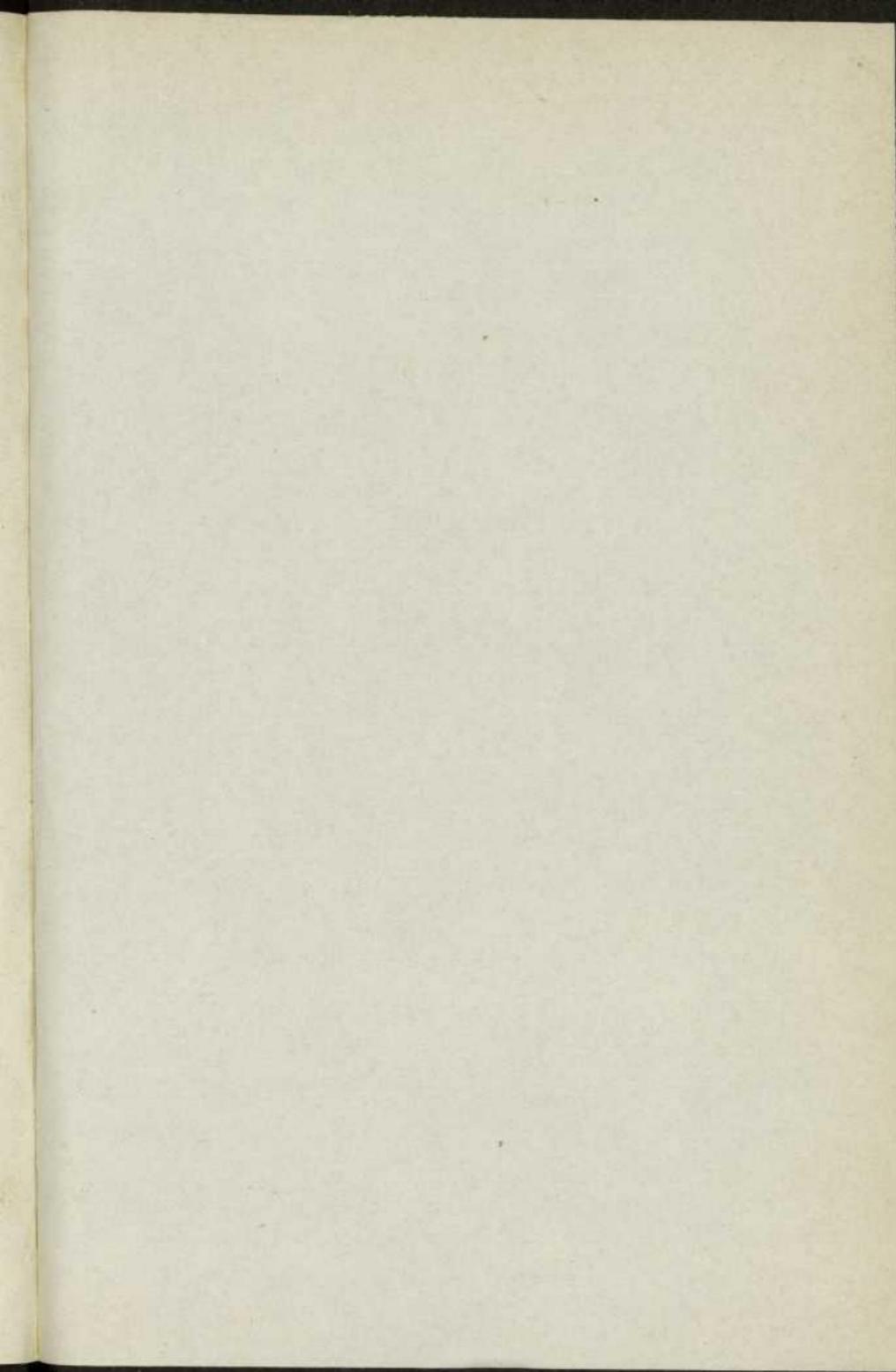


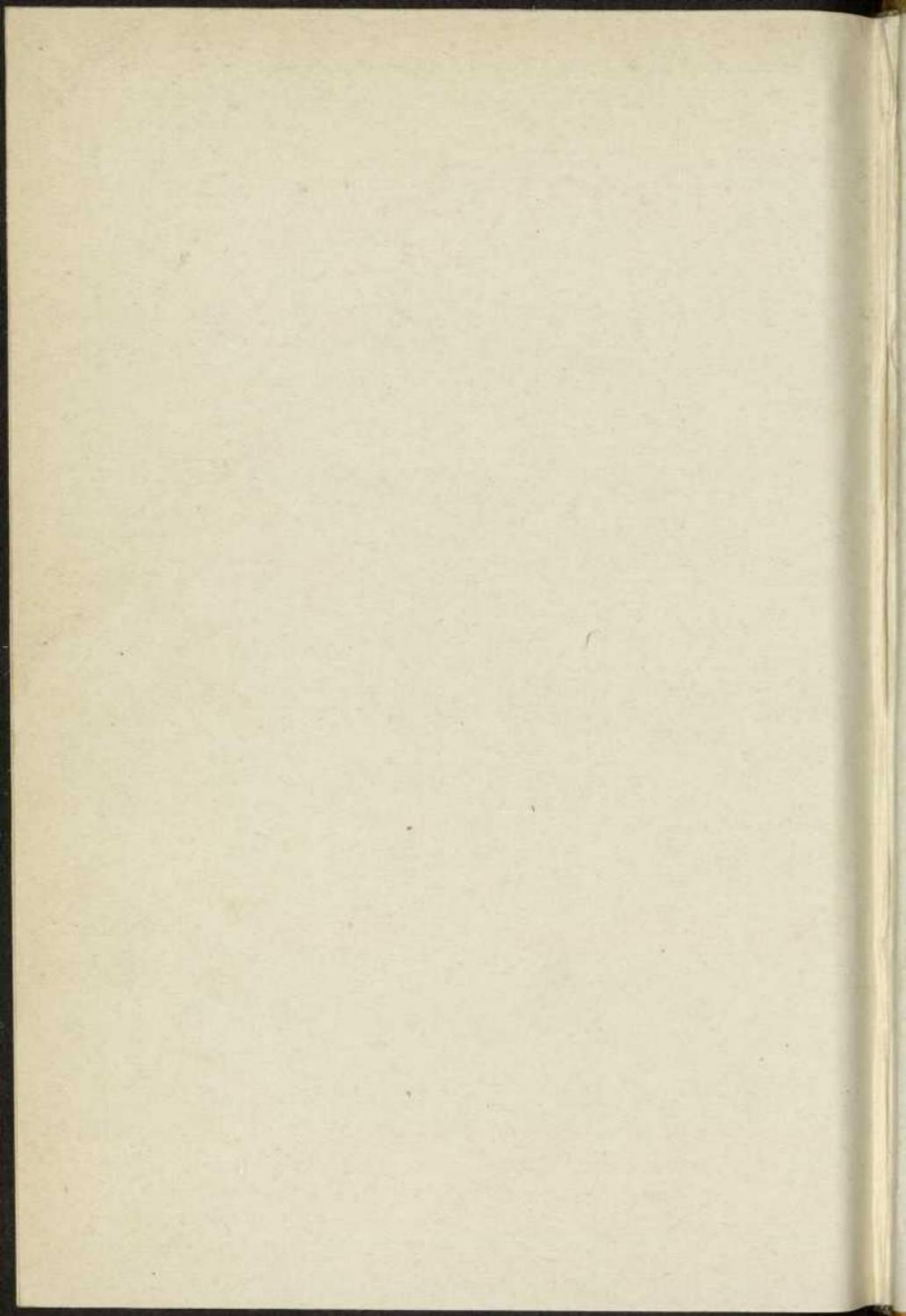


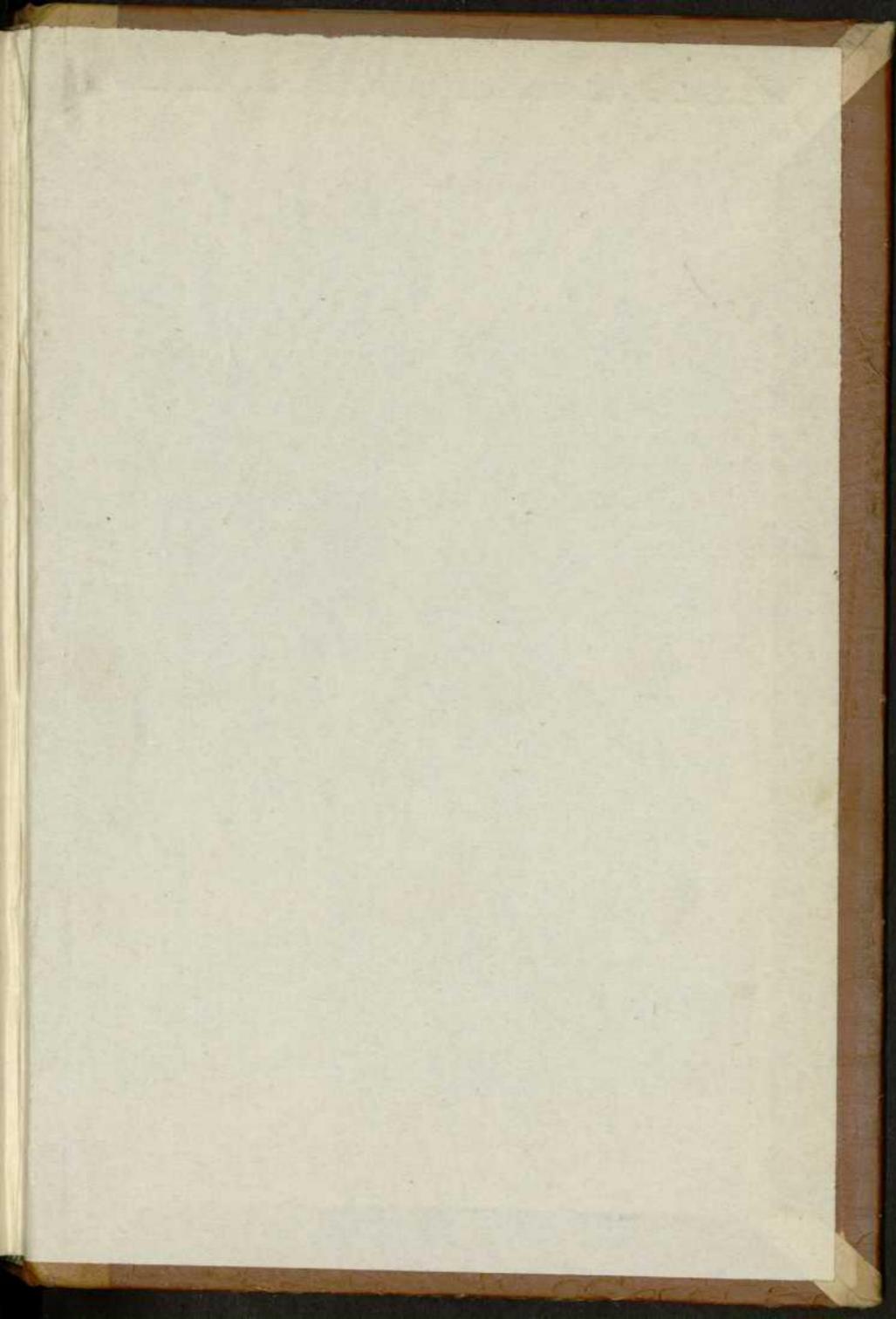
	Págs.
¡COVADONGA POR MARÍA! Ensayo dramático en tres actos y en verso ... ..	7
¡SEVILLA POR MARÍA! Loa de personajes marianos en la Historia de Sevilla ... ..	71
LA FUNDACIÓN DE SALAMANCA. Episodio histórico en dos actos ... ..	119
GENOVEVA DE BRABANTE. Drama en tres actos basado en la novela del mismo nombre ... ..	163
¡PRIMERO, DIOS! Rasgo histórico-dramático en un acto, sobre la vida de Santo Tomás de Aquino ... ..	259
¡QUIÉN FUERA OBISPO! Cuadro cómico para la recepción de algún Obispo ... ..	289

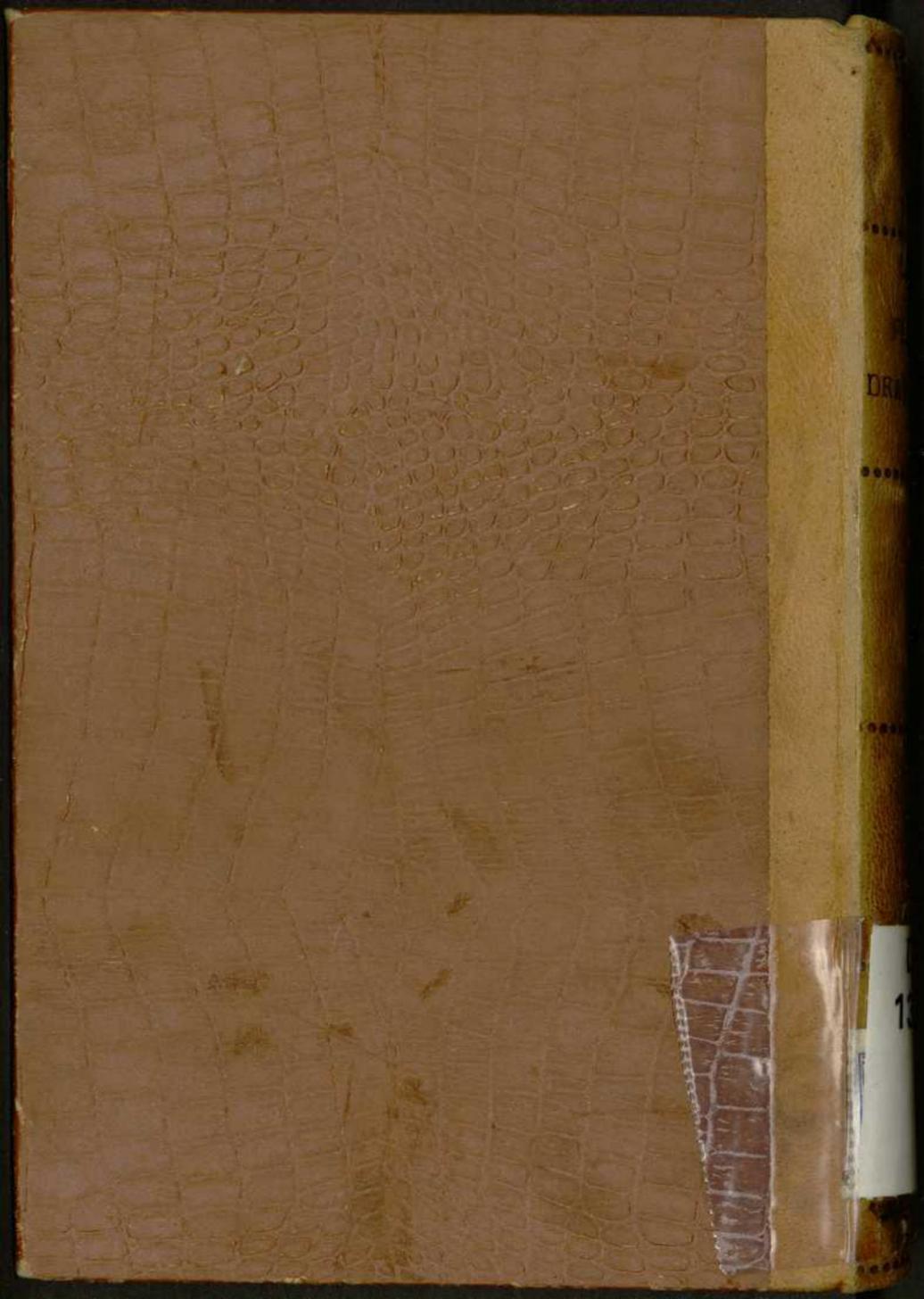












WISCO

FLORIDA

DRAMA GAS

DL  
1303